

UC Riverside

UC Riverside Electronic Theses and Dissertations

Title

The Representation of the Modern Mexican Nation in Contemporary Mexican Chronicles

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/7339x0n5>

Author

Alfaro Porras, Arianna

Publication Date

2011

Peer reviewed|Thesis/dissertation

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

The Representation of the Modern Mexican Nation in Contemporary Mexican Chronicles

A Dissertation submitted in partial satisfaction
of the requirements for the degree of

Doctor of Philosophy in

Spanish

by

Arianna Alfaro Porras

March 2011

Dissertation Committee:

Dr. Martha Hernández-Salván, Co-Chairperson
Dr. Susan Antebi, Co-Chairperson
Dr. Alessandro Fornazzari

Copyright by
Arianna Alfaro Porras
2011

The Dissertation of Arianna Alfaro Porras is approved

Committee Co-Chairperson

Committee Co-Chairperson

University of California, Riverside

Dedicatoria:

Este trabajo va dedicado a mi familia. A mis hermanos y hermanas por hacerme reír siempre, pero sobre todo, a mis padres por su apoyo, su gran ejemplo y por creer en mí. A mis amigas de la escuelita por ponerle humor a los días de mucho trabajo. A Yulder Daza por resistir mis múltiples momentos de estrés y por sus interminables preguntas que siempre me hicieron repensar mis ideas. A Lucero Flores-Paez por toda su ayuda y amistad. Finalmente, a todas las mujeres de mi familia, porque aunque soy la primera, no quiero ser la última.

ABSTRACT OF THE DISSERTATION

The Representation of the Modern Mexican Nation in Contemporary Mexican Chronicle

by

Arianna Alfaro Porras

Doctor of Philosophy, Graduate Program in Spanish
University of California, Riverside, March 2011
Dr. Martha Hernández-Salván, Co-Chairperson
Dr. Susan Antebi, Co-Chairperson

In my dissertation I explore the national project of the government born from the Mexican Revolution of 1910. This national project consisted of the dissemination of an image of prosperity, economic stability, justice and equal rights for all Mexicans. However, during the 20th Century, different groups erupted to confront the Revolution ideology, its government, and to disarticulate the image of México imposed. The decline of this image started in 1968, which is also the moment when the *crónica* (chronicle) emerged as a literary genre that identified with marginal sectors in Mexican society. Also, I study how the *crónica* of México from the second half of the 20th Century, represents these marginal groups in its struggle for the construction of a nation that would include them. Through the theory of Homi Bhabha, who establishes that nation is a territory in dispute, I examine the representations of “el Movimiento Estudiantil” of 1968, the 1985 earthquake, and the presidential elections of 2006. In addition, I study the representation of the nation space in *crónicas* that register the marginal periphery of Mexico City and its struggle for the possession of the urban space. In addition, another

group that has been marginalized within the national official project is women. I explore the limited inclusion of women in this national project through their access to work and their participation in society. Lastly, the indigenous movements have been the clearest events that show the failure of the Revolution and its agrarian reform. Even though there are few guerrillas, I only analyze the representations of the EZLN movement and its leader Subcomandante Insurgente Marcos. The *crónicas* selected are by cronistas like: Carlos Monsivais, Elena Poniatowska, Alma Guillermoprieto, Cristina Pacheco, Magali Tercero, Subcomandante Insurgente Marcos, Juan Villoro, and Guadalupe Loaeza.

TABLE OF CONTENTS

Introduction.....	1
Chapter 1: Reconfigurando la nación a través de movimientos masivos.....	16
Chapter 2: Ciudad de México: la disputa por el espacio de la modernidad.....	62
Chapter 3: La mujer mexicana en la nación del PRI.....	99
Chapter 4: El movimiento zapatista y el gobierno de la Revolución.....	141
Conclusion.....	183
Works Cited	187

Introducción

El género de la crónica en Latinoamérica y particularmente en México ha sido un género marginal dentro del campo de la literatura. Diferentes escritores durante la segunda mitad del siglo XX han encontrado en la crónica el género más adecuado para sus representaciones de la realidad mexicana a través de cronocar momentos históricos, espacios y sujetos. Entiendo la crónica como un género en constante oposición a la oficialidad de la historia y de la literatura. Su carácter marginal ofrece el espacio preciso para registrar la marginalidad en México. En la crónica se hace visible el México que la imagen oficial y desarrollista del país ocultaba a través de medios gubernamentales. Pues en su visión no oficial de México, la crónica “trata de hacer una contra historia y deshacer los mitos oficiales” (Kulhmann 2006). Por eso, para mi estudio sobre la nación mexicana, la crónica funciona adecuadamente porque en ella se puede encontrar la historia de los que han quedado fuera de la nación y los márgenes que se han quedado sin representación en los medios oficiales.

El proyecto de nación que analizo aquí, basaba su poder hegemónico en la ideología de la Revolución de 1910, en la promesa de unidad nacional y de un futuro prometedor de justicia e igualdad. Este proyecto de nación resultó ser una mera imagen que escondía fraudes electorales, represión contra indígenas y campesinos, falta de oportunidades laborales, desigualdad social y pobreza. Además, los eventos de 1968 y las diferentes manifestaciones masivas y las guerrillas rurales y urbanas “expusieron una contradicción entre la meta de incorporar la promesa revolucionaria, política y social contra las realidades de corrupción, autoritarismo y dependencia que produjo la

exclusión” (Long 8) de ciertos grupos de la imagen de la nación oficial. Como consecuencia, se empezó a cuestionar la efectividad del gobierno revolucionario, surgieron diferentes grupos de oposición y a partir de 1968, este sistema político nacido de la Revolución, no pudo mantener su poder y se empezó a gestar un declive de la imagen revolucionaria de la nación mexicana.

El declive y fractura del sistema político y de la nación oficial coincidió con el surgimiento de formas literarias como la crónica contemporánea de compromiso social. Es por esta coincidencia que mi acercamiento a la nación mexicana es desde las crónicas que en sus representaciones de diferentes momentos y situaciones históricas, cuestionan el significado de nación del gobierno de la Revolución y su imagen de supuesta unión nacional donde todos los mexicanos son incorporados a ella. En sus representaciones, los cronistas escogidos aquí critican al gobierno del PRI, sus estrategias corruptas por más de 70 años, la imagen de una nación moderna y en progreso impuesta como oficial y a sus personajes más controversiales. Las crónicas que incluyo fueron escritas después de 1968 y proyectan una realidad escasamente visible en el discurso oficial y poco representada en la literatura nacional. Estas crónicas hablan de movimientos sociales como el Movimiento Estudiantil y el plantón del Zócalo, del espacio marginal como las colonias populares de la periferia urbana, del lugar de la mujer en la nación del PRI como la prostitución, las vendedoras ambulantes indígenas y las costureras y de movimientos guerrilleros como el EZLN y su líder el Subcomandante Insurgente Marcos.

Características y desarrollo histórico de la crónica en México

La marginalidad del género de la crónica dentro del campo de la literatura se ha dado por su relación con el periodismo, mientras que al mismo tiempo es rechazado por éste por su aspecto literario. De ahí que sea denominado como “subgénero”, de “naturaleza híbrida” y que se caracterice por su “indefinición” como dice Aníbal González. A pesar de esto, Carlos Monsiváis lo define estrictamente como literatura y rechaza la idea de que sea periodismo sólo porque aparece en los periódicos (Bielsa 31). Esperanza Bielsa cree que: “la crónica ocupa un espacio de confluencia: el periodístico en el que los textos son informativos y los eventos dependen de la realidad que es externa a ellos y del literario en el que los textos son constituidos como unidades de significado que son independientes de la realidad” (32). También enumera varias características de la crónica como: la inmediatez, la ambigüedad entre ficción y realidad, el narrador en primera persona, el estilo propio del cronista y la presencia de la oralidad (39). Estas características nunca son fijas y por el contrario, la crónica es un género flexible que se pasea entre la literatura y el periodismo sin ser necesariamente uno solo o el otro, pero los dos al mismo tiempo. Es “el producto de un balance cambiante y ajustable de los elementos que la constituyen” (Bielsa 37). Por otro lado, debido a su flexibilidad, la crónica se caracteriza por la capacidad de adaptarse a las funciones sociales según el momento histórico en el que se encuentre. Esta capacidad es determinada por los diferentes proyectos históricos que le acontecen.

El género de la crónica ha subsistido a lo largo de los últimos siglos en México aunque sus funciones sociales y literarias se han transformado obedeciendo a los diferentes momentos históricos en los que se produce. Así como hay ciertos rasgos de la

crónica que no han trascendido y que se han quedado solamente en la producción de una época, existe una continuidad en su aspecto marginal que si no en todos, aparece en varios momentos históricos. Por ejemplo, en las Crónicas de Indias, aunque esta narrativa consolida la victoria de los europeos, vale la pena pensar en Bernal Díaz del Castillo como un sujeto al margen de los beneficios de la conquista. También, José Joaquín Fernández de Lizardi durante la colonia crea un personaje marginal que deambula por los márgenes de la Nueva España exponiendo y criticando todas las fallas del poder virreinal. No se percibe este tipo de crónica hasta la época de la Revolución con las masas de campesinos como personajes centrales de la producción cronista comprometida con la insurrección popular contra el régimen porfirista. Este aspecto del sujeto marginal sigue siendo central en la crónica contemporánea que representa a sectores de la sociedad que no tienen acceso a la escritura o a otros medios de expresión.

Crónica de indias

El género de la crónica empieza en México y en el resto de Latinoamérica con la llegada de los europeos al “nuevo” continente. Este corpus narrativo llamado Crónica de indias tuvo su periodo de existencia entre el siglo XVI y XVII que comprende a las guerras de conquista y el proceso de colonización. Según Walter Mignolo, hay tres tipos de textos que caen bajo esta tradición: las cartas que describen eventos en detalles y son mas comunicación que narración, las relaciones que responden a una demanda de la Corona para proveer información sobre los nuevos territorios y las crónicas que eran un proyecto más estructurado y que eran escritas por hombres de letras (aunque aquí cabe también Bernal Díaz del Castillo) (Bielza 42). Tanto Mignolo en “El metatexto historiográfico y

la historiografía indiana” como Monsiváis en su antología de crónicas *A ustedes les consta*, citan a Alfonso Reyes cuando dice que: “nuestra literatura es hecha en casa. Sus géneros nacientes son la crónica y el teatro misionario o de evangelización” (Mignolo 358, Monsiváis 15). Los tres afirman que la crónica empieza la tradición literaria en el continente. Mignolo argumenta que de esta cita se desprende primero “que la crónica es un género y que además es un género literario” (358). Pues si en sus inicios, las crónicas se leían como historia o documentos históricos, ahora son parte del canon literario latinoamericano. Monsiváis dice al respecto que la Crónica de indias “fue vista como materia prima de la historia nacional, de la historia de las religiones...” (“De la santa” 754). Y además dice que es muy reciente la aceptación de su calidad literaria (754). Se podría pensar que tienen poco que ver con las crónicas posteriores al siglo XIX, pero cabe recordar que en ambas “la realidad y la fantasía son inextricablemente entrelazadas y se caracterizan por su marcada ficcionalización de la realidad...” (Bielsa 42).

Época colonial e Independencia

Para el siglo XVIII, cuando la consolidación de la colonia ya se había llevado a cabo, Juan Ignacio de Castoreña funda la *Gaceta de México* con la que se inicia la prensa mexicana (*A ustedes* 18). Su principal problema, a parte de la censura religiosa y del gobierno, el mismo que enfrentó José Joaquín Fernández de Lizardi a principios del XIX, fue encontrar un público escaso y lo que es peor, semi-analfabeto. Aun así, en este tiempo, el periódico fue el punto concéntrico de la vida social, política y cultural de la colonia. Para este periodo, la figura de Lizardi es muy importante en el desarrollo tanto del periodismo como del género de la novela en México. A pesar de la censura

custodiada por la Inquisición y el gobierno colonial, Lizardi lanzó su “periódico semanal, *El pensador mexicano* donde condena...la política mexicana, la moral y la cultura” (Vogelely 30). Con estas críticas, Lizardi estuvo encarcelado por varios periodos de tiempo; situación que no le impidió seguir sacando su periódico. Con los años y debido a la fuerte censura contra los periódicos, Lizardi “fue forzado a tratar otras formas de escritura que los censores aprobarían y los nuevos círculos de lectores de periódico comprarían” (Vogelely 79). Así fue que en 1816 escribió la primera novela mexicana, *El periquillo sarniento*, que toma la forma de la sátira y en la que combina diferentes discursos como el español y el mexicano, el oficial y el no oficial, lo corrupto y lo moral, lo escrito y lo oral, lo aprendido y lo popular, etc. (Vogelely 72).

Después de la época colonial, durante los años de las guerras de Independencia se fundan varios periódicos, entre ellos, *El despertador americano* de Miguel Hidalgo con rasgos propagandistas y con intención de enseñar las ideologías del pensamiento de la época. Ya lograda la tan añorada independencia de España, en México, como en Latinoamérica, los años que sucedieron a las guerras de independencia fueron de pensar y construir la nación. Para esto, como no se tenía un nacionalismo definido o por así decirlo, no estaban estrictamente codificados los aspectos que identificarían a México como nación, se empezó por describir el espacio, las costumbres y las tradiciones. El surgimiento del periódico con la separación de la imprenta de España, fue uno de los medios por los cuales se llevó a cabo el proyecto de construir la nación. Benedict Anderson en su libro *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, cree que los “Estados Criollos” fueron los primeros en desarrollar los

conceptos de nación. Empezó a surgir una identidad criolla que durante el periodo colonial, se mantuvo en conflicto con los españoles peninsulares en el poder. Este conflicto se agravó cuando a finales del siglo XVIII la Corona española implementó mayores regulaciones sobre las colonias; por ejemplo, el control español se volvió más estricto, incrementó el poder en la administración de los virreinos y se impusieron impuestos así como se efectuaron monopolios comerciales (50). Sin embargo, Anderson asegura que la llegada de la imprenta y con ella del periódico, fue lo más definitivo para el surgimiento y desarrollo de una idea de nación. Dice que: “los periódicos hispanoamericanos que se desarrollaron al final de siglo XVIII fueron escritos en completa conciencia de la existencia de provincias paralelas a las suyas propias. Los lectores de periódico en México, Buenos Aires y Bogotá a pesar de no leer los periódicos de otros países, tenían completa conciencia de sus existencias” (62). Mediante la lectura de eventos locales y de alrededor del mundo, se desarrolló, además de esta conciencia, un sentido de “nosotros” versus “ellos” (62-3). Según Anderson, fue así como se creó el marco para la nueva conciencia nacional.

El estado liberal

En Latinoamérica así como en México, la crónica “fue un dispositivo pedagógico fundamental para la formación de la ciudadanía” (Ramos 93). Grandes cronistas de la época como Guillermo Prieto, Francisco Zarco e Ignacio Manuel Altamirano, afirman la nacionalidad describiendo lo cotidiano de la realidad mexicana: lugares, paisajes, hábitos, comportamientos y la manera de ser mexicano. Mediante las crónicas periodísticas, se produjo la imagen de la nacionalidad y “un público en el cual se basaban las imágenes de

la nación emergente” (Ramos 99). De esta manera, se crea una identidad y por lo tanto un sujeto nacional también.

Transición al siglo XX, La crónica modernista

La euforia por redactar la nación fue decayendo a finales del siglo XIX. Se estableció la dicotomía entre civilización y barbarie, siendo Europa representante del primero y América Latina del segundo. El afán por imitar los modelos europeos de nación se concentraban en “la modernidad” de estos países que Susana Rotker en *The American Chronicles of José Martí* define como: “ferrocarriles, maquinas de vapor, fábricas, telégrafos, periódicos diarios, teléfonos, descubrimientos científicos y centros urbanos” (1). En México, la “la barbarie”, “la muchedumbre”, “lo indígena” y “la maloliente Ciudad de México” no cabían dentro de la modernidad europea. Para este tiempo, Francia es el centro de la modernidad y los cronistas adoptan sus tendencias en la cultura y la escritura; por ejemplo, los temas más populares de las crónicas de este tiempo son “la moda, las buenas maneras, el culto al lenguaje refinado y a las formas retóricas” (Kuhlmann 203). En su estudio sobre la crónica modernista, Aníbal González establece como valor fundamental de ésta que “sirvió como ‘tejido conectivo’ que fomentó al modernismo como movimiento” (63) pues en ella “se incubaba la prosa artística ‘modernista’” (63) Además, dice que los principales cronistas de esta época fueron una serie de figuras “fundadoras de la literatura y del pensamiento moderno en Hispanoamérica y España” (76). En México el más reconocido cronista modernista es Manuel Gutiérrez Nájera en quien se observa los primeros quiebres entre literatura y periodismo, alejándose del último y acercándose más al primero.

La Revolución

Todo esto cambia durante la Revolución Mexicana a principios del siglo XX. La crónica de la revolución, se inclina más hacia el compromiso social y la denuncia tratando de proyectar una visión desde las clases populares. Aunque la prensa estaba controlada por la dictadura, la circulación de la noticia de los eventos era oral: “cuentan el rumor, los hechos de guerra que al día siguiente son leyendas, la toma de ciudades, el desmoronamiento del ejército federal” (*A ustedes* 62). Los ejemplos más notorios de crónicas de la revolución son *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán. En la primera se deja proyectada la complejidad de este evento histórico narrando las luchas civiles y sus héroes y el segundo analiza el periodo post revolucionario y su crisis política.

Primera mitad del siglo XX

Con la institucionalización de la Revolución en la creación del partido político PRI (Partido Revolucionario Institucional) y su permanencia en el poder, se desarrolló un gobierno autoritario. Éste implementó estrategias de censura contra el periodismo y ejercía control sobre él mediante la regulación del papel periódico y otros métodos más efectivos. Siendo que el artículo sexto y séptimo de la Constitución establecen la libertad de expresión, ésta estaba regulada por el gobierno y sólo se permitía hablar de eventos sociales y farándula mientras que cualquier intento por publicar algún tema político o social de carácter crítico era estrictamente reprimido, perseguido y castigado.

Las crónicas que abarcan el periodo comprendido entre 1940 y 1968 narran, si no es la modernización del espacio o la vida urbana, una nostalgia por el pasado y sus

tradiciones. Monsiváis afirma que “el México que se conocía desaparece; el México que se ignora está a la vista, ni siquiera los mejores cronistas: Novo, Renato Leduc o José Alvarado, se evaden por entero de la nostalgia embellecedora y las insistencias comparativas entre el Ayer Diáfano y el Hoy Angustioso” (*A ustedes* 77). El mejor ejemplo de crónicas de este periodo es *Nueva grandeza mexicana: ensayo sobre la Ciudad de México y sus alrededores* de Salvador Novo. Aquí, el cronista registra las transformaciones que experimenta la ciudad en su nacimiento y desarrollo de la modernidad, los “nuevos sujetos” que fueron apareciendo por la necesidad que implicaban las nuevas prácticas diarias, la imposición de nuevos lugares a los viejos, la arquitectura porfirista y el intento de abarcar en su registro, toda la modernidad que experimenta la ciudad.

1968, La crónica contemporánea

Es así que se llega a la segunda mitad del siglo XX y a la crónica contemporánea. En ella se pueden ver dos vertientes: la crónica de la cultura de masas y la crónica de compromiso social. La primera trata de lograr una descripción e interpretación de la vida moderna y cultural de la gran urbe mexicana. El más importante exponente de esta vertiente es Carlos Monsiváis quien analiza diferentes formas y representaciones de la cultura de masas incluyendo en sus crónicas la apropiación de tradiciones culturales por la televisión. Entre sus colecciones de crónicas destacan *Amor perdido*, *Escenas de pudor y liviandad* y *Los rituales del caos*. La otra vertiente de la crónica contemporánea tiene sus lazos de conexión con el año de 1968. Este año es crucial para la crónica por dos razones: en primer lugar, la recepción de la influencia estadounidense con su movimiento

llamado *New Journalism* iniciado en ese país en 1965 por Tom Wolfe quien combina técnicas narrativas con información periodística. En segundo lugar, los varios movimientos sociales que culminaron en el '68 le dan a la crónica un carácter político. Tanto Monsiváis como Kuhlmann coinciden en que la crónica contemporánea se caracteriza por darle voz a los sectores de la población escasamente representados en los medios de expresión y difusión, quienes otorgan la versión oficial de los eventos políticos y sociales. Además, Kuhlmann asegura que “si en la crónica de la independencia y del estado liberal tratan de forjar una nacionalidad o bien una identidad nacional, la crónica contemporánea la tenemos que situar al lado de los vencidos” (Kuhlmann 200). “Los vencidos” a los que se refiere Kuhlmann, son las clases bajas y marginales, los que no tienen voz, las mujeres, los desempleados, los estudiantes oprimidos y los damnificados de las catástrofes naturales. Muchos cronistas, entre ellos Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska, en los últimos treinta años del siglo XX y primeros del XXI se han dado a la tarea de narrar el momento histórico desde la perspectiva de los márgenes. Desde este punto de vista y en este momento de la crónica, se le puede relacionar con el género del Testimonio. John Beverly en *Testimonio on the Politics of Truth*, afirma que “una variedad de tipos de textos pueden caber dentro del testimonio: por ejemplo, la historia oral, las memorias, las autobiografías, las crónicas, las confesiones, los diarios, las entrevistas, los reportes de testigos, etc...(31). Entre las características que ofrece para definir al Testimonio, dice que “es una narración de urgencia que incluye un problema de represión, pobreza, subalternidad, explotación o sobrevivencia” (32). Estos problemas son los que delinean y establecen el carácter político de la crónica de esta época.

El presente estudio intenta ubicar a la crónica como el método más eficaz para la representación de la nación mexicana desde los márgenes por su carácter político y social. Incluyo cuatro capítulos que analizan momentos decisivos de la historia de México y sujetos y espacios sociales que abarcan el periodo comprendido entre 1968 y 2006. Creo importante conocer el marco histórico que analiza cada capítulo; por eso, al principio de cada uno, añado una parte histórica sobre el momento o la situación que se representa en las crónicas seleccionadas. En el proceso de lectura y selección de crónicas para este proyecto, traté de incluir a cronistas consagrados como Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska y Cristina Pacheco y también a cronistas no tan reconocidos, pero que tienen ya una trayectoria dentro del campo de la crónica como Juan Villoro, Magali Tercero, Guadalupe Loaeza, Alma Guillermoprieto y el Subcomandante Insurgente Marcos. Esta selección ayudó a elaborar un análisis desde diferentes prácticas de la crónica y a presentar un marco cronístico-literario diverso y útil a la hora de definir las representaciones de la nación mexicana.

En el capítulo 1 se explora la nación a través de masivos movimientos populares en diferentes momentos históricos de México como el Movimiento Estudiantil de 1968, el Terremoto de 1985 y las elecciones presidenciales de 2006. Durante todo el siglo XX, el gobierno de la revolución se afanó en construir una imagen de nación donde los principios revolucionarios, la estabilidad social y el progreso hacia la modernidad eran los principales constituyentes. Dentro de esta imagen oficial de la nación, se reprimían las acciones que cuestionaran la efectividad y veracidad de dicha nación. Los eventos señalados antes, muestran una nación que no es homogénea, que está compuesta por

diferentes discursos que confrontan la idea oficial de nación. Para Homi Bhabha, la nación es un “territorio en disputa” en el que se contraponen el discurso oficial, el poder de la cultura nacionalista del PRI (la temporalidad pedagógica) y la gente, el pueblo que no cabe dentro de la imagen oficialista de la nación (la temporalidad performativa). En las crónicas seleccionadas para este capítulo, se pueden observar tales confrontaciones por la nación, pero también, hay momentos en que ambas temporalidades se fusionan para participar una de la otra, como es el caso que muestra la influencia de los medios de comunicación, en este caso el fútbol que a pesar de ser un evento hecho para las masas, se dirige a toda las demás clases sociales.

El capítulo dos examina el espacio de la nación a través de su distribución de acuerdo al sector social. A partir de los años cincuenta, con la migración masiva a la capital muchos sectores de la población se quedan desprotegidos y son orillados a abandonar el país o a buscar mejores oportunidades de vida en la Ciudad de México. Sin embargo, la ciudad que los necesita como fuerza de trabajo, también los expulsa hacia la periferia creando “colonias populares,” barrios marginales” o “cinturones miseria”. Así, se replantean nuevos sujetos sociales como “los colonos” o “paracaidistas” (habitantes de estas colonias) que crean espacios complejos que vienen a ser la representación física del fracaso del proyecto de nación del discurso oficial. Las crónicas para este capítulo se centran en los espacios y sujetos excluidos de este proyecto de nación y muestran que detrás de la imagen oficial del espacio mexicano como un espacio moderno donde imperan la justicia social y el desarrollo económico, existen sectores poblacionales que

ocupan espacios marginales y que su mera existencia la cuestiona mientras que la defensa de esos espacios se traduce como un intento de ampliar el concepto de nación.

En el capítulo tres se explora la relación entre la nación mexicana durante el siglo XX, la Revolución y la mujer desde la producción cronística de mujeres escritoras. Durante la segunda mitad del siglo, las escritoras han creado un discurso feminista que cuestiona el papel que la mujer ha tenido en la nación revolucionaria; y en el género de la crónica, se acercan a la mujer como grupo marginal que ha quedado segregada del supuesto progreso nacional. En las crónicas estudiadas aquí, se estudia la participación de la mujer mexicana en el campo laboral que el gobierno del PRI le ha permitido, ligándolas siempre a actividades “propias de su sexo”. Las cronistas demuestran la lucha de la mujer por insertarse en la historia de México y en la construcción de la nación mexicana al mismo tiempo que luchan contra el abandono del gobierno que les ofrece pocas o ninguna posibilidad de entrar a la “imagen progresista” que divulgaba.

El último capítulo analiza crónicas que representaron momentos cumbres del movimiento zapatista en los que el México indígena se evidencia en la imagen del país. Más que una lucha armada, el EZLN mostraba una rebeldía contra la imagen oficial de México en la que la modernidad imperaba y la miseria indígena se excluía. Los cronistas seleccionados para este capítulo, registran al movimiento zapatista y su relación con la sociedad civil. Marcos rompe con la imagen turística de Chiapas al poner frente a los ojos del lector, la pobreza, el racismo y la injusticia que padecen los indígenas chiapanecos y que esconde el gobierno tras la propaganda turística. Además, su crónica más que una invitación es un reto a cuestionar la imagen oficial de otros estados del país para

descubrir que sucede la misma situación que en Chiapas. Por otro lado, la imagen de Marcos fue el gancho más efectivo que atrajo la atención nacional hacia el movimiento zapatista. Cronistas como Loaeza, Villoro y Monsiváis cronican la relación entre Marcos y la gente. Marcos puede ser un “galán” que atrae al sector femenino hacia la concientización de la verdadera situación del país, pero también puede ser un agente aglutinador de una identidad colectiva que lo aclama al grito de “todos somos Marcos” o un símbolo del México pobre, del México de abajo. Al final, el capítulo muestra “la centralidad de los márgenes”, frase utilizada por Monsiváis para describir el momento que se vivió cuando los 1,111 delegados zapatistas marcharon desde Chiapas hasta el Zócalo de la Ciudad y convocaron a miles de mexicanos apoyando la causa zapatista.

En esta introducción explique el género de la crónica desde sus inicios en el continente americano y cómo en su trayectoria conserva ciertas características que han sido inmutables hasta la crónica de hoy día. Consideré importante señalar cómo otros académicos estudiosos del género de la crónica o los mismos cronistas, entienden este género y desde qué perspectivas se acercan a él. También, al tratar de exponer mi proyecto de estudio, entraron en juego mi manera de entender la crónica contemporánea, la fractura de la nación oficial del PRI y los márgenes de esta nación representados en las crónicas seleccionadas aquí.

Capítulo 1

Reconfigurando la nación a través de movimientos masivos

A partir de los acontecimientos de 1968, el siglo XX en México se puede dividir en dos partes. En la primera se reconoce un autoritarismo gubernamental y un orden social creado bajo la ideología de la Revolución. Con el gobierno de Manuel Ávila Camacho, se implantó la campaña “Unidad Nacional” que imponía una “comunidad imaginada” a la manera de Benedict Anderson, en la que desaparecía la lucha de clases, mientras que ricos y pobres coexistían armónicamente; lo que venía a ser el requisito principal, junto con la justicia social y la democracia, para llevar a la nación al progreso. Sin embargo, las numerosas confrontaciones entre los sectores populares y el gobierno reflejaban una inconformidad por parte de los primeros en aceptar su pobreza y una nación que fallaba en cumplir las promesas revolucionarias. Aunque el gobierno se encargaba de silenciar estas confrontaciones promoviendo una imagen de estabilidad y orden social, cada vez se evidenciaban más diferentes grupos que cuestionaban el accionar del gobierno. Así, el Movimiento Estudiantil de 1968 inicia el declive de la nación revolucionaria; primero, al poner en evidencia la corrupción del gobierno y la Revolución; segundo, al demostrar que la nación seguía siendo selectiva en quienes eran integrados al proyecto nacional del país.

Es así que la nación queda definida por la tensión existente entre el proyecto de nación del poder (la Revolución, el PRI) y entre las diferentes causas y momentos que cuestionan esta nación deslegitimándola construyendo otra nación desde abajo, desde los

márgenes. Este capítulo explora la representación de masivos movimientos populares como el Movimiento Estudiantil de 1968, el Terremoto de 1985 y el Plantón de 2006 en la crónica escrita después de 1968. Estas crónicas fijan su mirada en el espacio de confrontación entre hegemonía y subalternidad; pero además, en el espacio de negociación entre ambas donde se sirven una de la otra recíprocamente. Con esto, la nación que delinean las crónicas estudiadas aquí, se debate entre la ideología nacionalizante del poder y la resistencia que muestran diferentes grupos populares. Esto se puede ver claro en cómo la televisión en México dirige el uso del tiempo libre. Es decir, desde que aparece la televisión en el país, los usos del tiempo libre de la gente dependen de la programación televisiva. Es aquí donde la televisora se posiciona al lado de los poderosos para funcionar como un aparato más de dominación.

Los cronistas de este estudio, Monsiváis y Poniatowska, cronican eventos nacionales donde además de representar la nación como un territorio en constante confrontación, también responden a la influencia de la televisión en la gente. Mientras que Monsiváis critica la coexistencia entre dominantes y dominados a partir de cómo el fútbol es apropiado y utilizado por parte del gobierno y Televisa, para Poniatowska esa misma programación televisiva es resignificada y convertida en arma de resistencia por la gente.

Es mi propósito analizar algunas de las crónicas que se escribieron durante los momentos históricos mencionados antes. Aquí se incluyen, *Días de Guardar* de Carlos Monsiváis donde el cronista hace hincapié en el 2 de octubre y el mundial de fútbol de 1970 televisado en todo el país. Además, *Entrada libre: crónica de una sociedad que se*

organiza también de Monsiváis que se concentra en varias catástrofes que suceden en la Ciudad de México y de la que sólo se tomarán para el análisis las referentes al Terremoto de 1985 y al Mundial de fútbol de 1986. Por último, *Amanecer en el Zócalo: los cincuenta días que confrontaron a México* de Elena Poniatowska quien crónica el accionar de la gente que se conglomeró en este espacio representando la resistencia de un grupo de gente contra el resultado de las elecciones presidenciales y apoyando al candidato Andrés Manuel López Obrador. Se demostrará que en las tres crónicas aparecen dos tipos de nación: la “comunidad imaginada” que la misma gente crea y la comunidad imaginada que el gobierno junto con la televisión crean e imponen sobre la población. Ambas aparecen en tensión, la primera lucha por construir una nación en la que haya un espacio de participación para ella y la segunda por excluir a la primera de la nación permaneciendo en el poder y ejercerlo. Además, se analizarán los momentos en que ambas coexisten y bajo qué condiciones y con qué propósitos lo hacen. Para entender estas pugnas, se tomarán como base el concepto de comunidad imaginada de Benedict Anderson para denominar a los grupos sociales de estas crónicas, el concepto de nación de Homi Bhabha y en cuanto al poder, a Michel Foucault.

La nación y el discurso nacionalizante

Para mi estudio tomo la definición de Benedict Anderson desarrollada en su libro *Imagined Communities: Reflections on the Origen and Spread of Nationalism*. Aquí, Anderson hace un estudio profundo sobre la nación durante el siglo XIX a la que define como una comunidad socialmente construida que comienza a nacer cuando la importancia de la comunidad religiosa, la dinastía de los reinos y la concepción del

tiempo disminuyen; a esto se suma la emergencia del capitalismo y el desarrollo de la imprenta. Es así como se comienza a buscar nuevos lazos de unión entre lo fraternal, el poder y el tiempo. Con esto en mente, Anderson propone la nación como una comunidad política imaginada que es imaginada inherentemente limitada y soberana. Es así, imaginada, porque aún cuando sus miembros no se conocen, hay lazos de comunión entre ellos. Además, Anderson añade que es imaginada como comunidad porque la nación es concebida como una camaradería profunda y horizontal (6-7). Aunque esta nación se funde en el siglo XIX, para este estudio, la “comunidad imaginada” sirve como base para describir y denominar a los grupos sociales estudiados aquí. Es decir, tanto en los estudiantes del 68, en “la sociedad civil” que se formó con el terremoto del 85 como con los seguidores de López Obrador, se observan “los lazos de unión entre ellos” aún “cuando sus miembros no se conocen”. A finales del siglo XX, esta descripción de lo que fue la nación todavía se puede utilizar como acercamiento al estudio de grupos específicos. Néstor García Canclini en *Consumidores y ciudadanos* afirma que: “la historia reciente de América Latina sugiere que, si existe aún algo así como el deseo de comunidad, se deposita cada vez menos en entidades macrosociales como la nación o la clase, y en cambio se dirige a grupos religiosos, conglomerados deportivos, solidaridades generacionales...” (212). Así es que, en este estudio, se implementará el concepto de “comunidad imaginada” para referirse a los grupos sociales mencionados antes.

En su estudio sobre la nación, Homi K. Bhabha en “DissemiNation: time, narrative, and the margins of the modern nation” cuestiona la totalización de la cultura nacional. Por eso propone que: una nación al narrarse se encuentra entre dos

temporalidades, la pedagógica y la performativa. Es decir, la primera es la mítica del tradicionalismo, cuya lógica es de acumulación y continuidad que carga el peso de la historia; por ejemplo, en México la enseñanza de la historia en los libros de texto gratuitos, los símbolos y héroes patrios que se multiplican con la incursión de la televisión y sus campañas patrióticas sobre el paisaje mexicano y el orgullo de las tradiciones. La segunda es la de la vida en continuo acto presente, recurrente y repetitiva; lo performativo en proceso; por ejemplo, la construcción de los ideales que organizan un grupo bajo los mismos intereses como los indígenas, las huelgas, las mujeres, etc. en el momento de protestar y tomar la calle. Estas dos vertientes obligan a observar que se necesita de una temporalidad que pueda explicar la nación pues lo individual no alcanza a representar a la colectividad. Es decir, Bhabha expone que, debido a esto, se deconstruye el mito de “la multiplicidad como unidad” o de “los muchos como uno” (299) con lo que se representaba a la nación. Pues, afirma Bhabha que el pueblo, “no es homogéneo y no es individual, sino que está compuesto por varios discursos liminales” (299) y extiende diciendo que: “la nación diseminada se debate entre el ser un objeto histórico, objeto pedagógico y ser una multitud de sujetos en proceso presente que pulsan el signo nacional y se construyen en el acto de narrarse” (299). En otras palabras, el concepto de nación se quiebra entre la nación construida históricamente por su pasado y la que se construye a sí mismo en el diario vivir. Es decir, “es un territorio en disputa” donde por un lado, hay un intento por homogeneizar al pueblo; por otro lado, irrumpen los discursos minoritarios que confrontan el discurso dominante para negociar esos espacios de la nación. Se podría pensar que entre ambas temporalidades existe una relación vertical (de

arriba abajo) porque si bien las dos temporalidades de Bhabha se pueden plantear como dos comunidades imaginadas, una imaginada desde arriba (la pedagógica) desde el poder y la otra desde abajo (la performativa) desde la gente, las relaciones de poder entre ellas pueden ejercerse en direcciones múltiples dejando de lado la horizontalidad de Anderson y complicando las temporalidades de Bhabha. Para entender mejor esta idea, podemos tomar el planteamiento de Michel Foucault en cuanto a las relaciones de poder en *Vigilar y castigar*.

A través del modelo de prisión “el panóptico” que utiliza el concepto de vigilancia, Foucault define las relaciones de poder en la vida cotidiana de la sociedad. La vigilancia toma una importancia crucial pues funciona como el vehículo por el cual se ejerce el poder. A esto, Foucault dice que la vigilancia “se organiza como un poder múltiple, automático y anónimo; porque si es cierto que la vigilancia reposa sobre individuos, su funcionamiento es el de un sistema de relaciones de arriba abajo, pero también hasta cierto punto de abajo arriba y lateralmente” (182). En otras palabras, es un mecanismo de “vigilantes perpetuamente vigilados” (182) en el que la sociedad funciona de acuerdo a él y sus integrantes son dominados por los efectos de poder que ellos mismos prolongan hacia los demás y así mismos. Dice Foucault que si es cierto que la organización piramidal (sistema) le da un eje, es el aparato entero el que produce poder y distribuye a los individuos en ese campo permanente y continuo. Pues el poder, en lugar de salir de este eje hacia afuera, emerge de todos lados (182). Esta visión múltiple del poder propone un acercamiento más complejo a las temporalidades de Bhabha. Se puede entender que éstas no son completamente separadas o divididas una de la otra, sino que

existen ciertos puntos donde se enlazan y fusionan para dejar ver un modelo de nación más ambiguo. Es así, bajo este racionamiento que se pueden entender los espacios de negociación entre las dos temporalidades, espacio que constituye también a la nación en México.

La vertiente de la temporalidad pedagógica de la que habla Bhabha se puede aplicar a la cultura nacionalista que ejerce el poder político sobre el país mexicano. Los fundamentos para la construcción de la nación en México vienen del partido político PRI (Partido Revolucionario Institucional) pues es el partido que nació con la Revolución Mexicana y creó las bases del “nuevo” México de aquellos primeros años del siglo XX. Si uno observa los puntos de constitución que arman el corpus ideológico de este partido, se puede encontrar el ímpetu por nacionalizar al país. Quiero decir que el partido en su gobierno promueve la idea de la nación y el Estado como uno solo. En el manifiesto político del PRI, Cipriano Flores expone que la nación se nutre del patriotismo y que éste a su vez, implica lealtad a las instituciones (18). Además, el manifiesto explica los medios por los cuales se puede llegar a la gente. Dice que “cuanto más se informa a la escuela, al periódico, la conferencia, etc. sobre los sins de la nación, tanto más se aviva el sentimiento nacional de amplias masas...” (Flores 28). Es decir, bajo un patriotismo difundido por la enseñanza y los medios de comunicación, el gobierno implementa el ejercicio del poder nacionalista sobre las masas. Con esta ideología es como se constituye el poder político y es la que se impone a las masas; en otras palabras, es la que conforma la comunidad imaginada del poder.

¿Y cómo se lleva a las masas en torno a este proyecto nacional del Estado? En el siglo XX, México sólo ha conocido el concepto de nación que el Estado le ha inculcado. La educación ha servido como instrumento para configurar el pensamiento del país con el fin de fomentar la lealtad al Estado. Esta educación se articula mediante el culto a los símbolos patrios, a los héroes de la patria y la enseñanza de la historia del país. Josefina Vázquez asegura que la manera en que está codificada la enseñanza de la historia de México la convierte “en un método nacionalizador” (11) y “en el instrumento para formar ciudadanos” (285). Vázquez pone como ejemplo para su argumento los libros de texto gratuitos y obligatorios, pues dice que estos: “tenían que cumplir con el propósito de servir de vehículo unificador y de desarrollar las mejores virtudes de los ciudadanos” (292). Todo un país recibiendo la misma educación iba a responder de la misma manera. En otras palabras, “recibir una misma versión acerca de México” (Vázquez 292), produciría una uniformidad de pensamientos y homogeneizaría a toda la población. De esta manera, no se crearían conflictos entre la gente y el Estado pues la gente estaría educada a serle leal a su gobierno que es su nación.

La imposición de una comunidad imaginada sobre otra se realiza mediante estrategias de control por parte del Estado sobre sus habitantes. Estas a su vez, se realizan a partir de la “creación del discurso nacionalista que se introduce en la conciencia de las masas y produce sujetos políticos” (Montalvo, 15), más bien, interlocutores que aceptan el discurso nacionalista sin discusión. Todo esto se adscribe a la temporalidad pedagógica pues a través de la historia, el Estado ha intentado inculcar en su gente la devoción por la patria. Sin embargo, queda preguntar qué tan exitoso resulta este proyecto nacional, hasta

qué punto la “educación” del Estado logra su propósito o cómo se transmite y cómo se recibe la comunidad imaginada impuesta.

Ya se demostró que la educación y la enseñanza de la historia tienen un papel central en la transmisión del pensamiento nacionalista en la ciudadanía, pero en una era regida por los medios masivos de comunicación, la televisión se vuelve el medio más eficiente y rápido para lograr el proyecto nacional del Estado. Enrique León Martínez en su libro *Los medios de comunicación en el proceso político de México*, afirma que “la utilización de medios electrónicos de comunicación es sumamente importante para el desarrollo político y económico de un país, ya que la televisión y la radio representan medios masivos de información poseedores de un fuerte impacto-potencial, sobre la conducta y la conciencia políticas de sus receptores” (57). Aquí se reconoce el impacto que ejercen los medios de comunicación en la gente y es precisamente lo que el gobierno reconoce en ellos para su utilización.

De la nación al telespectador

Hasta aquí se ha visto la construcción de una comunidad imaginada por parte del gobierno que se impone a la población como única y verdadera. Es importante hasta este punto, indagar la construcción de las masas a partir de la televisión. Raymond Williams en *Culture and Society*, dice que las masas son “construcciones analíticas” y cree que los espectadores de los medios de comunicación masivos son entendidos como intelectualmente pasivos y fácilmente manipulados (318). Bajo estas ideas sobre la población se construye al televidente con afán de ejercer control sobre él. De ahí el tipo de programación de que está llena la televisión que a su vez se crea de acuerdo a lo que

se cree que es el espectador. Quiero decir que el “televidente es imaginado por las instituciones más importantes de poder en la modernidad” (Hartley, 60). Entre ellas está el gobierno quien a partir de esto, “determina su relación con la ciudadanía” (Hartley, 60). En otras palabras, la población pasó de ser masa a ser audiencia o televidentes y es construida de acuerdo con lo que el gobierno y la televisión les transmite y éste cree que reciben: el pensamiento nacionalista del poder estatal.

El papel que el grupo Televisa ejerce en la construcción de la “comunidad imaginada” nacionalista se ve en su relación estrecha con el gobierno. Francisco Gonzales Lomeli y Guillermo Orozco en su libro *Televisión en México, un recuento histórico*, hacen un estudio analítico de esta relación. Ellos exponen que tanto Juan José Miro, Florence Toussaint como el mismo Guillermo Orozco creen que el gobierno y la televisión comercial “han sido dos caras de la misma moneda” (15). Esta simbiosis, de la que habla después Toussaint, queda enmarcada entre la capacidad de difusión de Televisa necesaria para el gobierno y los beneficios que éste puede aportar a incrementar el poder de Televisa. Los lazos creados entre ambos elementos se observan en el favoritismo que Televisa dispone sobre ciertos candidatos durante las campañas electorales para la presidencia. Podemos recordar las elecciones de 1988 donde más del 80% de la cobertura electoral de Televisa fue para el PRI y dentro de los noticieros, la campaña del candidato priista ocupó el 91% del tiempo dedicado a las cuestiones electorales (Fernández 319). Aunque en un principio, el director de Televisa Emilio Azcarraga Milmo informó a un periodista que: “nosotros somos del PRI, siempre hemos sido del PRI; no creemos en ninguna otra fórmula. Y como miembros de nuestro partido haremos todo lo posible

porque nuestro candidato triunfe” (Fernández 321), cuando el gobierno cambió de partido, también lo hizo Televisa pues detrás de ese apoyo, habían intereses económicos como conseguir préstamos, concesiones para una cuarta cadena nacional y lo que posteriormente terminó como la Ley Televisa. Con esta ley, el gobierno concedió a Televisa el control casi completo de todo lo referente a los medios de comunicación a cambio de proteger la imagen de la presidencia, incluyendo al presidente como se vio en el caso Fox. Así, Televisa ayudó a mantener en el poder al PRI por muchos años y trató de crear una relación favorable entre gobierno y pueblo.

Es cierto que cada vez menos “las identidades se organizan en torno de los símbolos histórico-territoriales, los de la memoria patria y pasan a formarse a partir de lo que proponen Hollywood, Televisa y MTV” (Canclini 15). Sin embargo, tomando como unidad de enfoque Televisa, ¿Qué es lo que ésta propone?, ¿de verdad se aleja de los símbolos patrios? Después de los eventos históricos como el Movimiento Estudiantil del 68 y el Terremoto del 85, el gobierno mexicano opta por forzar a la población a olvidar lo acontecido. Esto lo logra mediante el futbol y su difusión massmediática. En referencia al futbol y su uso por parte del gobierno y en este caso por la televisión, Enrique José Blanco dice que: “el futbol es una droga que obnubila las mentes y hace esfumar la realidad en relación a otros problemas esenciales para los pueblos” (93); además, “el efecto buscado por la aplicación de la droga ha sido el adormecimiento y la canalización de inquietudes hacia un proceso secundario” (93). Este es el uso preciso que el futbol tuvo durante estos momentos históricos pues se aprovechó que el futbol es el elemento cultural que concierne a más mexicanos para distraer a la ciudadanía y para obtener

múltiples beneficios y beneficiarios. Es decir, “la fusión de nacionalismo y futbol en la industria massmediática, que tiene su reducto mas importante en las copas mundiales de futbol, permite que los medios aumenten su audiencia, los patrocinadores incrementen sus ventas y los políticos capitalicen la ficción de la participación que embarga a todo ‘jugador número 12’...” (Villena 259-260). La televisión se usó para revivir el amor, el orgullo y la fe en la nación. Quiero decir que, después del Movimiento Estudiantil y del Terremoto, el gobierno había perdido credibilidad ante la población. Por eso, transmitiendo por televisión los símbolos patrios, la belleza del paisaje mexicano, su historia y su cultura, el gobierno intentó apaciguar a la gente, concentrándola en el futbol y en lo orgulloso de ser mexicano. La televisión no mostraba la realidad mexicana de cada evento histórico, parecía haberlo olvidado y pretendía hacerlo olvidar a la gente también. Después, en el 2006 durante las campañas electorales de los candidatos a la presidencia, se efectuó una guerra en los medios de comunicación. Se trataba de desacreditar a Andrés Manuel López Obrador y se llevó a cabo una campaña para la destrucción de su imagen a través de la televisión. Además, esta misma táctica se utilizó para acabar con el plantón del Zócalo hablando mal de su permanencia, del tráfico que causaba, de la basura y otros aspectos parecidos. Entonces todavía “los símbolos histórico-territoriales y los de la patria” tienen fuerza reactante entre la gente, todavía son capaces de mover a la población “hacia el proyecto de la nación” y son utilizados por Televisa.

La otra vertiente de la que habla Bhabha al referirse a la nación es la temporalidad performativa que relaciono con la comunidad imaginada que se construye desde abajo,

desde la gente. Ésta se crea con los problemas del diario vivir que se forman bajo la idea de “sociedad civil” que es un término que utiliza Canclini para hablar de “manifestaciones de grupos, organismos, empresas, etc. que acusan al gobierno de sus males, pero como cada una entiende algo distinto por ‘sociedad civil’, este grupo aparece como una típica ‘comunidad imaginada’ al modo que Benedict Anderson concibió la nación” (45). Es decir, la comunidad imaginada, según este crítico, está dividida en grupos sociales como mujeres, homosexuales, indígenas, campesinos, etc. que luchan cada uno por sus intereses. Sin embargo, también, Canclini observa que en una ciudad como la Ciudad de México, que se desintegra, “sólo movimientos extraordinarios como los surgidos del sismo, los ecológicos, y recientemente algunos partidos políticos, manifiestan una visión integradora de la metrópoli” (83). Estos movimientos son los que interesan a este análisis porque es ahí donde se rompen las divisiones mencionadas antes, se experimenta la solidaridad y se revelan las contradicciones, desigualdades y conflictos de la práctica diaria de la comunidad.

Como se dijo antes, la acción de cronicar la ciudad cambió a partir de 1968. Cronicar adquirió una labor social al colocarse al lado de las masas y sus conflictos en el diario vivir. Los eventos históricos extraordinarios surgieron de una lucha entre la gente y sus gobernantes. Tal lucha es registrada por los cronistas que exponen en sus narraciones que la nación no es una “camaradería horizontal” sino que existe un conflicto entre la comunidad imaginada que nace desde la gente y la imposición de la comunidad imaginada producto del discurso nacionalista del poder. Esta última con un proyecto nacional de desarticular a la primera e inculcar la lealtad al gobierno. La primera tal vez

sin un proyecto nacional, pero con el afán de reclamar derechos civiles y humanos. La televisión como medio masivo de comunicación por excelencia, se convierte en el método más eficaz para desarticular estas comunidades imaginadas pues se pone al servicio del gobierno creando programaciones donde se muestra todo ese discurso nacionalista. Por su parte, la crónica de este estudio, se sitúa desde la comunidad imaginada de la gente y aunque a veces difícil de señalar, critica el discurso nacionalista del gobierno, pero también a las masas que se dejan dominar por él. Ante los eventos futboleros, del 70 y del 86, Monsiváis reta a la gente a no olvidar la experiencia vivida. México no debe dar borrón a sus problemas al dejarse dominar por la televisión. Por su parte, Poniatowska trata de rescatar la imagen de López Obrador, su forma casi de héroe popular capaz de mover a las masas para luchar contra el sistema político en el poder. Además, alza la voz ante el fraude electoral y le da a sus crónicas la función de protesta.

Movimiento Estudiantil 1968/Mundial de Futbol México 1970: “México se perdió así mismo”

La década de los sesenta se caracteriza como una época de conflictos sociales en todo el mundo. Lo que acontecía en cierto país, influía en otros; siempre transmitiéndose la necesidad de cambio en el armazón y pensamiento social. La revolución cubana, la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos y la guerra de Vietnam fueron focos que provocaron grandes manifestaciones a favor de la democracia en el mundo. La oposición a esta guerra creció en las universidades estadounidenses convirtiendo al sector joven en protagonista de la década. Su influencia llegó a toda Europa, específicamente a Francia donde se celebraron las “seis horas con Vietnam” y lo que más tarde se llamó “Mayo

francés”. Durante este mes se desarrollaron múltiples enfrentamientos entre la policía y obreros unidos a los estudiantes universitarios que reclamaban libertad, democracia y condenaban el autoritarismo del gobierno en turno.

Todas estas ideas llegaban a México influenciando principalmente a los jóvenes. Sin embargo, no cabían dentro de la consigna de “orden y libertad” bajo la que se regía a toda la población. En el gobierno, existía un afán por crear una imagen progresista y de modernidad de México ante el mundo: se empezaron las construcciones del metro, más de 100 presas de agua y la planta siderúrgica. Mientras que se creaba una imagen de tranquilidad económica y prosperidad, varios sectores de la sociedad vivían inconformes y hubo numerosas manifestaciones en muchas partes del país. Desde años anteriores al 68, se venían dando protestas desde los ferrocarrileros y maestros en 1958 y 1959, los estudiantes de Michoacán y Sonora en 1965 y los doctores en 1967. Todas ellas reprimidas a la fuerza por el gobierno autoritario. Por este motivo es que fue creciendo la inconformidad contra el régimen y los jóvenes en México fueron también protagonistas de las luchas de 1968 que culminaron con muchos muertos y heridos.

Algunos críticos analistas del Movimiento Estudiantil del 68, concuerdan que el Movimiento llegó a tales magnitudes porque el gobierno no supo responder a un simple pleito de escuelas. En este pleito aparecieron los policías y el cuerpo de granaderos (policía antidisturbios) que golpearon a los estudiantes dejando a muchos gravemente heridos. Como respuesta, el 26 de julio, el Comité de Huelga formuló peticiones para ser entregadas al presidente después de una manifestación que iba de la Ciudadela hasta el Zócalo. Aquí, los granaderos ya estaban esperándolos a golpes y gases lacrimógenos y la

manifestación se dispersó. La reacción del gobierno fue la toma de Ciudad Universitaria destruyendo con un tiro de bazuca la puerta de la Preparatoria de San Ildefonso dejando 400 heridos y más de mil detenidos. Por su parte, las escuelas se reunieron y organizaron paros y manifestaciones y decidieron apoyar las peticiones del Consejo Nacional de Huelga. El 31 de Julio se hizo la manifestación encabezada por el Rector de la universidad y por profesores de distintas facultades. Posteriormente se realizó la manifestación del silencio que limpió la imagen de los estudiantes ante el país al mostrar un carácter responsable y comprometido. Días después, el 24 de septiembre, los padres de familia se unieron a las protestas mientras el presidente Díaz Ordaz seguía sin abrirse al dialogo con los manifestantes y respondía con más fuerza contra ellos. Es así como se llega al 2 de octubre con una manifestación que culmina en La Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco en un mitin formado por una multitud de estudiantes de distintas escuelas, maestros, obreros, periodista y padres de familia. El plan para desarticular el mitin y posteriormente el Movimiento Estudiantil, fue exitoso pues se abrió un tiroteo prolongado que dejó muchísimos muertos y heridos. El ejército se hizo cargo de los cuerpos, se ocultó la información al país y se concentraron todos los ánimos en los juegos olímpicos de México 68.

Aun si los estudiantes no consiguieron que el gobierno tomara acción ante sus peticiones y mucho menos ante lo acontecido, sí lograron que se tumbara la cortina que escondía la realidad mexicana. Este evento terminó con la impuesta imagen progresista y optimista de México, sobre todo, inició el cuestionamiento de las practicas y formas de gobierno y “se afirm[ó] la inexistencia de la democracia en la sociedad” (Kuhlmann

205). En el ámbito de la producción literaria, se experimenta una inclinación hacia la problemática social y política pues lo acontecido, demanda una manera más comprometida de aproximarse a la realidad. Ignacio Corona Gutiérrez dice que después del 68, “resurge en México una literatura altamente concentrada en los temas sociales y políticos” (41). Además, asegura que “con la publicación de *La noche de Tlatelolco* de Poniatowska, *Los días y los años* de Gonzales de Alba y *Días de guardar* de Monsiváis, se renueva una corriente documentalista de crónicas y testimonios” (41). El aspecto social que se observa en estas obras, tiene el papel importante de comunicar el momento histórico expresando una participación social por parte del cronista.

Por su lado, Monsiváis, en su obra *Días de guardar* mencionada antes, contextualiza el Movimiento Estudiantil en la vida cultural, política y social de México. Los temas van entre un concierto de Raphael, la exhibición de José Luis Cuevas en la Zona Rosa, el Mundial de Fútbol, El Movimiento Estudiantil, la toma de posesión de gobierno de Luis Echeverría, las celebraciones de la Revolución Mexicana y los festejos a la Virgen de Guadalupe. Esta recopilación de sus crónicas entre 1968 y 1970 no tiene un orden cronológico en cuanto a los años en que aparecen, pero cada mes del año tiene su evento cronicado. Linda Egan en su amplio estudio sobre las crónicas de Monsiváis titulado *Carlos Monsiváis culture and chronicle in contemporary México*, relaciona la organización de *Días de Guardar* de acuerdo al tiempo mexicana de esta manera: “las dieciocho crónicas fechadas son ‘imágenes vividas’ de un calendario azteca de dieciocho meses listo para el sacrificio y las cinco crónicas que no están fechadas son practicas patriarcales o tradiciones que son injuriosas para el México moderno, llamadas días

perdidos fuera del tiempo” (159). Estos días son de “mala suerte, pérdida, muerte y caos” (Egan 136), que es en como terminan estas crónicas y como dejan al país: “caos económico, despilfarro administrativo, corrupción, miseria campesina, irrisión electoral, sindicalismo blanco, desempleo masivo, asesinatos impunes y presos políticos” (*Días* 18-19). Las crónicas referentes al Movimiento Estudiantil tienen una ubicación céntrica en relación a las demás. Esta idea céntrica sugiere, como bien dice Egan, que el Movimiento Estudiantil es la columna vertebral del libro (143) por ser uno de los momentos que marcó el rumbo de la historia del país.

En estas crónicas se pueden observar las dos temporalidades de Bhabha en lucha entre sí. Por un lado, la comunidad imaginada creada por el gobierno y por otro la que se formó por los estudiantes y las clases trabajadoras. La primera de estas crónicas “Primero de agosto de 1968/La manifestación del Rector” redacta la construcción del Movimiento Estudiantil, entendido ahora como una comunidad imaginada. La construcción está planteada por el cronista desde mucho antes de empezado el Movimiento. Esto se logra por las técnicas narrativas que se utilizan; por ejemplo, la intercalación del pasado y el presente. Por toda esta crónica aparecen secciones tituladas “Pasado Inmediato” y “Relación de los hechos” La primera se concentra en dar una narración rápida, coherente y al punto de los hechos del Movimiento Estudiantil hasta esta fecha; y la segunda, cuenta la situación político-social que se venía dando en el país en los años de esa década. Las dos secciones van narrándose e intercalándose hasta llegar las dos a la misma fecha que es la de la manifestación del Rector. Por medio de esto, el cronista expone que el Movimiento Estudiantil no nació de un pleito entre escuelas como siempre se ha dicho,

sino que fue una lucha que surgió desde los levantamientos ferrocarrileros y se fue haciendo más grande con toda la inconformidad ante los gobiernos mexicanos.

Además, otra sección de esta crónica, “Imágenes del mártir”, trata sobre el asesinato de Rubén Jaramillo, un líder campesino. Al incluir esta historia dentro de la crónica, queda claro que la figura de este líder es tomada por el Movimiento como una manera de reconocimiento de las injusticias contra campesinos en un intento de unir las diferentes causas sociales. Ernest Gellner, citado por Enrique Florescano dice que: “un grupo humano se constituye como nación cuando sus miembros ‘se reconocen mutua y firmemente ciertos deberes y derechos en virtud de su común calidad de miembros. Es ese reconocimiento del prójimo como individuo de su clase lo que los convierte en nación [...] no los atributos comunes, cualesquiera que puedan ser’” (17). De esta cita se advierte que en la nación o la comunidad imaginada, por nombrarla de otra manera, existe el reconocimiento del prójimo y sus luchas por un bien común. Es precisamente este reconocimiento lo que se desprende de esta crónica pues muy diferente a lo que dice Canclini al hablar de las manifestaciones de grupos (que estos lo único que tienen en común es culpar al gobierno de sus males pues cada una tiene intereses diferentes), los diferentes sectores encontraron en el Movimiento representación por lo que se unieron, convirtiéndolo en un Movimiento de gran cobertura. Al incluir esta crónica en “Relación de los hechos” las manifestaciones que tuvieron lugar durante esta época y su represión por parte del gobierno, la crónica enmarca al Movimiento históricamente, pero además, da señales de la construcción de una comunidad imaginada, creada por la indignación de todo un pueblo en defensa de sus derechos atropellados por el gobierno.

En la crónica “13 de septiembre de 1968/La manifestación del silencio”, se ejemplifica la fraternidad de la comunidad imaginada creada con el Movimiento. En esta crónica, toma importancia el sujeto que aparece como cronista y como participante pues al mismo tiempo que narra lo que observa, participa en los eventos. En el transcurso de la narración, lo vemos incluirse y desprenderse alternativamente de los hechos que narra, siempre indagando la significación del silencio. Y en esta tarea de descifrar el silencio, este sujeto elabora una descripción del sentimiento de unidad y comunidad que unía a la gente. Para esto dice: “el silencio existe como una llamada de atención: nuestra marcha es un discurso. El silencio existe como un castigo: denunciarnos y liquidamos décadas de verbalismo inepto” (*Días*, 270). Así, el silencio viene a ser el lazo de unión, la denuncia contra la injusticia social que unía a toda la gente. Éste se queda ilustrado mediante algo muy simple que identificaba al Movimiento: la “V” con los dedos de Venceremos. El sujeto-cronista, ya en un papel más distanciado de los hechos, explica que: “la V se extendió simplemente, abarcó todas las manos, las elevo, les concedió el impulso de manifestar, de manifestarse a través de la esperanza” (*Días*, 272). La V funciona como el signo que representaba no sólo al Movimiento, sino también a la vida dentro del movimiento, a la fraternidad entre la gente; en otras palabras a la comunidad imaginada.

Ya eran tan fuertes los lazos de unión del Movimiento, que era preciso deshacerlos con la misma intensidad de fuerza. Desde el principio, tanto el cuerpo de granaderos como la policía y el ejército eran usados para acabar con el Movimiento. A través de la fuerza (golpes, disparos, encarcelamiento) se trataba de apartar al Movimiento de sus objetivos. En efecto, el 2 de octubre de 1968 el Movimiento tuvo fin

en una masacre al mitin en Tlatelolco. La última crónica sobre este momento histórico es “2 de octubre-2 de noviembre/Día de muertos, y era nuestra herencia una red de agujeros” se sitúa un mes después de la masacre, el día de muertos. En esta crónica se emplea la táctica del “eterno retorno” pues el mismo espacio es sede de matanza y sangre en dos diferentes tiempos. Esto se relaciona también con la idea de recordar; es decir, de no olvidar, de mantener el pasado en el presente. El uso de la memoria queda enfatizado a través de la aparición del cronista como personaje (más evidente ahora que en la crónica anterior) que va a Tlatelolco el 2 de noviembre y recuerda, en una especie de flashbacks, lo acontecido el 2 de octubre. Con esto, Monsiváis afirma a “Tlatelolco [como] el lugar del eterno retorno” (Días, 300), el lugar de “no olvidar”. Es evidente que el cronista se esfuerza por enfatizar el no olvidar y se sujeta de la fecha para recalcar que el 2 de octubre es el día de muertos y así, convertirlo en una fecha que se repita año con año en la memoria de la gente. ¿Pero por qué Monsiváis insiste en recordar si México ya había abierto los ojos? ¿Contra qué o contra quién debe México seguir recordando?

Definitivamente la masacre de Tlatelolco terminó con la comunidad imaginada que la gente había creado. Se desarticuló el Movimiento Estudiantil después de la tregua que los estudiantes dieron por los Juegos Olímpicos, el encarcelamiento de sus líderes como presos políticos y el asesinato de muchos en la Plaza de las Tres Culturas. Con esto se pretendía borrar lo acontecido y reconstruir la imagen de México ante el mismo país y ante el mundo. Para esto, “el gobierno trató de ocultar la verdad y los diarios de la capital y de provincia presentaron gráficas sin importancia, el relato de los hechos fue falseado” (Hernández 79). Todo con la intención de minimizar los hechos y de preparar el campo

para iniciar el proyecto de olvido. Sobre este proyecto se erigió la otra comunidad imaginada, la que el gobierno impuso sobre la gente basándose en un aspecto cultural que mueve a muchos: el fútbol. La alianza entre Estado y Televisión fue la táctica perfecta para llegar a las multitudes.

La función de la televisión en *Días de Guardar* queda narrada en las crónicas “Imágenes del tiempo libre” que tratan sobre los usos del tiempo libre en la sociedad mexicana. Monsiváis abre estas crónicas con la pregunta: “¿Qué es el tiempo libre en México y cómo se manifiesta? Sin embargo, la pregunta que parece contestar a través de las crónicas es ¿Quién controla el tiempo libre y con qué fin se crea en México? Afirma que la falta de proyecto en la sociedad mexicana abre espacios para el tiempo libre que se convierte en entretenimiento y para la época, la televisión ya era toda una industria (*Días*, 150). Además, su crítica a los usos del tiempo libre se basa en que toda la capacidad de razón de los mexicanos queda enmarcada dentro de lo que ofrece la televisión. Referente a esto, Monsiváis dice que en “una sociedad como la nuestra el tiempo libre es tiempo enajenado, tiempo cedido a la incapacidad de transformar la sociedad, la decisión de continuar sin modificaciones, (la televisión se dedica a una empresa singular, envilecer la inventiva, degradar el mito” (*Días*, 156). En otras palabras, no es tanto la televisión sino la función absorbente y controladora que ejerce ésta sobre la población.

Para ampliar esta función, en 1970 la televisión mexicana o Telesistemas mexicanos (como se llamaba en aquel tiempo), recurre al Campeonato Mundial de Fútbol, entiende la importancia de este deporte en la cultura mexicana y lo apropia. Dice Monsiváis: “los medios masivos de comunicación lograron el milagro: al darle al fútbol

los beneficios de la atención de millones, lo volvieron el gran tema comunal, el lazo de unión, la posibilidad de cercanía con los desconocidos” (*Días*, 154). Esta descripción se acerca a la que ofrece Anderson sobre la comunidad imaginada: “aún cuando sus miembros no se conocen, hay lazos de unión entre ellos” (6). Si es así, se puede afirmar que la televisión logra formar comunidades imaginadas con los televidentes con determinada programación, pero ninguna tan fuerte como el fútbol más cuando se vive en el país el máximo evento futbolero. Tal es el caso que cuando se habla de fútbol, no sólo se habla del deporte, sino que se está hablando de honor nacional, de identidad defendida en una cancha, de una representación de la nación por un grupo de once jugadores tras un balón.

Como ya se dijo antes, la gran capacidad de la televisión de llegar a las masas y la apropiación del fútbol fueron el último paso del proyecto de olvido que utilizó el gobierno para borrar el 2 de octubre y el Movimiento Estudiantil. Dentro de las crónicas “Imágenes del tiempo libre” están las crónicas del Mundial de Fútbol de 1970 que subtitula “México, amigos, se encontró a sí mismo”. Esto sugiere que antes del Mundial y como consecuencia de Tlatelolco, México estaba perdido y el ideal nacional estaba apagado. Entonces, era el momento ideal de crear una nación que reviviera el carácter nacional; en otras palabras, que se sintiera orgullosa de las señas de identidad que la constituían y que olvidara la falsa modernidad y la falta de democracia en que vivía. Por otro lado, esta crónica critica la manera tan fácil que tiene la gente al dejarse manejar por la televisión y su pasión por el deporte. Un ejemplo de esto es cuando Monsiváis dice: “se estableció que dos victorias deportivas recapturaron nuestra identidad perdida...”

(159). Aquí se reconoce la influencia del futbol en la gente y como la televisión la promueve: “la televisión le devuelve a México el ser nacional, el reencuentro de México con México y la invención del pueblo mexicano” (161). La comunidad imaginada ya no era la multitud reclamando justicia y democracia en la plaza cívica de la Ciudad de México, sino que estaba constituida por lo que la gente ve en la televisión, en palabras de Monsiváis: “pueblo es la mirada colectiva sobre un aparato de televisión” (161). Se logró el proyecto del gobierno: unir a toda la gente, constituirla en pueblo, tenerla bajo control y que volviera a creer en la patria; se logró la comunidad imaginada y se impuso. Esto queda comprobado cuando Monsiváis dice que “toda la vida ajena al futbol desapareció” (163). Ya no había injusticia social ni ánimo de creer en ella, declara que si se juzga por las afirmaciones y los escritos de los especialistas, de los cronistas de futbol, nunca antes los capitalinos se habían constituido tan alegre y respetuosamente en pueblo” (161).

La representación de la nación hasta este punto en las crónicas, se muestra con determinada verticalidad, donde la temporalidad pedagógica ejerce su poder (desde arriba) hacia la performativa (abajo). Sin embargo, de acuerdo a Foucault, el poder es más complejo que una relación de arriba abajo, pues éste puede internalizarse en los “vigilados” o se emite desde diferentes puntos. Para ejemplificar esta idea, basta nombrar una de las frases que los estudiantes lanzaban durante sus manifestaciones: “soldado, tú también eres pueblo” (261). El soldado es en este caso el representante del poder del Estado, es el vínculo por el cual se ejerció el poder contra los estudiantes; pero es también parte de ese pueblo que es objeto de la represión que ejerce. Un momento cronicado donde se ve esta fusión más claramente es al terminar la Manifestación del

Rector, misma que fue el comienzo del Movimiento Estudiantil. Dice Monsiváis que mientras el Rector ondeaba la bandera y en presencia de los granaderos, se cantó el Himno Nacional en memoria de los mártires del 26 de julio (252-3). La bandera y el Himno Nacional son símbolos patrios que siempre ha utilizado el gobierno como parte de la educación nacionalista implantada a todo el país. En este ejemplo, podemos observar que los estudiantes aún estando contra esta nación que se les impuso, no reconocían su internalización de estos símbolos que siguen teniendo el efecto que el Estado les dio pues: “unía a los presentes” (252).

Se podría creer que la utilización de estos símbolos por la televisión, en una masificación de estas imágenes, tuvo tanto poder en la gente que se logró hacer olvidar los acontecimientos del 2 de octubre. Es decir, la identidad reforzada en los símbolos, estaba internamente en la gente pues observando el papel de la televisión, se puede notar que la temporalidad pedagógica de Bhabha es re-usada y difundida a la gente. Es decir, todos esos aspectos, como símbolos patrios, pirámides, mariachis, etc., fueron tomados por la televisión durante los comerciales sobre el fútbol y la promoción de la selección mexicana de fútbol, para atraer el sentimentalismo nacional de la gente y revivir lo que el gobierno mediante la escuela ya había inculcado en sus habitantes. El poder de difusión masiva y de comunicación que tiene la televisión y goza el gobierno, fue lo que le hizo falta al Movimiento Estudiantil para ganar fuerza y existencia por más tiempo. Monsiváis dice que por esta razón: “México, sentenci[ó] el locutor, se perdió así mismo” (161), lo opuesto a lo que afirma el título de esta crónica “México se encontró a sí mismo”. Se ve clara la imposición de una comunidad imaginada sobre la otra. Cuando habla del tiempo

libre, Monsiváis critica precisamente esta reacción de “dejarse llevar” por la televisión y convertir al tiempo libre en el acto de aceptación de lo que le imponga el gobierno y lo que le imponga frente de sí la televisión.

Terremoto 1985/Campeonato Mundial de Futbol 1986: El terremoto “no había sido nada”

Una de las crisis económicas más severas de México se vivió durante la década de los ochenta. De la previa década, durante la presidencia de José López Portillo, la economía del país venía abajo. Este presidente había multiplicado la deuda externa a base de malos manejos y peores decisiones financieras. Cuando Miguel de la Madrid tomó la presidencia en 1982 el declive económico siguió su curso hasta lograr una enorme inflación, la devaluación del peso y la baja en la producción de industrias gubernamentales. Uno de los eventos más trascendentales de esta época fue el Terremoto de 1985. Por éste, De la Madrid se ganó malas críticas por su accionar tan lento e inadecuado ante la catástrofe en la que murieron miles de personas.

El sismo fue el 19 de septiembre de 1985 a las 7:19 am, con un epicentro en las costas de Guerrero y Michoacán, afectando además, los estados de Jalisco, Colima, el Distrito Federal y otros estados de la República. Su duración fue de dos minutos y fue de 8.1 grados en la escala de Richter. El gobierno reportó entre seis y siete mil muertos aunque otras fuentes calculan más de 35 mil. Los daños materiales fueron muchísimo, más de 30 mil estructuras quedaron destruidas y más de un millón de personas se quedaron sin servicios de electricidad, había escasez de agua, afectaciones en el drenaje y

en el metro en 32 estaciones, también se paralizó la comunicación por teléfono al exterior por varios meses.

La respuesta de los dirigentes del gobierno no fue efectiva ni coordinada. Tuvieron que pasar dos días para que el presidente diera la cara y lo hizo sólo para decir que todo estaba bajo control mientras rechazaba ayuda del extranjero y decía que México era autosuficiente para salir de la situación. Después, cuando asumió la inmensidad del desastre, pidió ayuda a organismos sociales privados y nacionales e internacionales; el problema otra vez, fue su incapacidad de organizar la ayuda y distribuirla entre los damnificados. Ante la torpeza de las instancias gubernamentales, hubo gran movilización social en las tareas de rescate y organización de las diferentes actividades que enfrentaba la ciudad.

Mucho se criticó en los diarios al gobierno y se resaltó la participación de toda la sociedad. Monsiváis recopila sus crónicas sobre el Terremoto en *Entrada Libre: crónicas de la sociedad que se organiza*. Este libro contiene solamente siete crónicas, que a diferencia de crónicas previas de Monsiváis, como lo nota Egan, “se enfocan en el proceso emocional, intelectual y pragmático de la auto-gobernación” (Egan 197). Es decir, se enfocan en eventos que afectaron a muchos y en los que la gente salió a la calle a organizarse para ayudar a los perjudicados como sucedió en San Juanico, Juchitlán, el movimiento Urbano Popular, entre otros casos. Dentro de este marco de eventos que movieron a la gente, aparecen las crónicas al mundial de futbol en las que la efímera unidad de la gente en torno al futbol, contrasta con la unidad o fraternidad creada a partir del movimiento social. Así es que el título encierra la libre admisión al espectáculo de la

sociedad civil; pero también, al espacio en el que “los protagonistas parecen imbuidos de la noción de Scott Fitzgerald: ‘la verdadera prueba de una inteligencia superior es poder conservar simultáneamente en la cabeza dos ideas opuestas, y seguir funcionando.

Admitir por ejemplo que las cosas no tienen remedio y mantenerse sin embargo decidido a cambiarlas” (*Entrada*, 15). Con esta cita termina la introducción a estas crónicas y levanta el telón al espectáculo de “la sociedad que se organiza”.

Si en *Días de guardar* la lucha entre la comunidad imaginada de la gente y la del poder era contra el autoritarismo del gobierno y su falta de atención social, en *Entrada Libre*, la lucha se da contra un gobierno inepto e ineficiente, falto de carácter para enfrentar la magnitud de problemas que dejó el terremoto. De esto surge una relación diferente de la gente con el gobierno: la desobediencia y la autosuficiencia de las masas para organizar a la sociedad. En *No sin nosotros*, Monsiváis dice que esto se logra debido al “miedo, el terror por lo acontecido a los seres queridos y las propiedades, la pérdida de familias y amigos, los rumores, la desinformación y los sentimientos de impotencia, todo –al parecer de manera súbita –da paso a la mentalidad que hace creíble (compartible) una idea hasta ese momento distante o desconocida: la sociedad civil, que encabeza, convoca, distribuye la solidaridad” (9). Esto que se forma a partir del terremoto, que Monsiváis llama “sociedad civil”, describe lo que es la comunidad imaginada de la gente, que en la acción de organizarse para ayudar, hace acto presente a modo de lo que Bhabha denomina como la temporalidad *performativa*. Es decir, el grupo de gente que al constituirse como tal y confrontar al gobierno, evocan el sentido nacional. Sin embargo, mientras ésta se va formando, hay un interés del gobierno por desarmarla, por evitar

tenerlas como elementos apartados del gobierno. De la Madrid ante la solidaridad de la gente, les dice: “La sociedad civil es parte del Estado. Pueden irse a sus casas” (*No sin nosotros*, 10). Nadie responde a su pedido, el poder de su gobierno ha perdido validez, queda anulado, fuera de orden en el nuevo orden donde reina el poder de las masas desprotegidas.

Las crónicas del terremoto, como el mismo subtítulo lo dice, son un collage de voces (testimonios), de artículos de periódico y de noticieros de televisión. Se pretende presentar la zona de desastre como el espacio independiente del gobierno; en otras palabras, presenta la sociedad civil haciendo toma del poder. Casi al inicio, el cronista dice: “el 19, y en respuesta ante las víctimas, la Ciudad de México conoció una toma de poderes, de las más nobles de su historia, que trascendió con mucho los límites de la mera solidaridad, fue la conversión de un pueblo en gobierno y del desorden oficial en orden civil” (*Entrada*, 20). El cambio de poder se lleva a cabo y es en esta “desobediencia civil” (34) en que se funda el sentimiento de fraternidad, de deber para con el prójimo. Es como si estar contra el gobierno, fuera el lazo común entre la gente y el ánimo de ayudarse entre sí, “el motor de la acción” (34) y su principal derecho.

Una vez en el poder, la sociedad civil logra el reordenamiento social. “Los vecinos acordonan los sitios en ruinas y las amas de casa preparan comida, pero son los jóvenes quienes llevan el peso de la acción, obreros y jóvenes de la UNAM, aprendices y estudiantes de la Universidad Anáhuac, desempleados y preparatorianos, chavos-banda y adolescentes de los Colegios de Ciencias y Humanidades...ellos dirigen el tránsito, aprovechan las instalaciones del CREA, improvisan refugios y albergues, toman medidas

contra los saqueos, consiguen víveres en donde pueden, aguardan en el aeropuerto la ayuda del exterior, crean redes de búsqueda de los desaparecidos” (34). No necesitaron recibir órdenes del gobierno para saber qué hacer y entender donde eran necesarios y cuándo recibieron órdenes, no las acataron. El gobierno había perdido la credibilidad ante los ojos de la ciudadanía.

Este liderazgo de la gente generó la preocupación del gobierno de que la población saliera de su control, que se formara otro movimiento civil como el del 68. Por eso, después de cierto tiempo se trató de minimizar la catástrofe y se hizo un llamado a la normalización. El gobierno emitió que en esta normalización, “dejaban de ser gratuitos los servicios públicos” y se mandó a sus “casas” a los voluntarios diciendo que “causaban gran confusión, ya no eran necesarios, solo estorbaban a los auténticos cuerpos de rescate” (41). Esto indicaba que sería “normal” no tener agua, comida, medicinas ni donde vivir; además, se trataba de desarmar este fraternalismo de ayuda al prójimo por miedo a las exigencias que por ser muchos los demandantes de servicios públicos, representaban un peligro para el país, un peligro de organización contra el gobierno. Así, la normalización representaba “el regreso a las formulas de obediencia incondicional...” (41). Sin embargo, la gente en vez de hacer lo mandado, se organizó en protestas frente a la casa presidencial exigiendo los servicios básicos y que se continuara la búsqueda y rescate de cuerpos.

Debido a que el primer intento de desarticular la “comunidad imaginada” llamada por Monsiváis sociedad civil, no funcionó, se recurrió al poder de la televisión para lograr lo acometido. Se necesitaba hacer más que mandar a la gente a su casa, para volver a la

normalidad. Por eso, se transmitieron mensajes de calma haciendo creer a todo el país que el terremoto “no había sido nada”. En lo referente, el cronista dice que, “en la televisión la reacción es útil y sermonera. Se minimiza con entusiasmo el desastre, se miente, se adula a los funcionarios...” (89). Esta idea se ejemplifica más adelante cuando, en la crónica se menciona a Raúl Velazco, un presentador muy famoso y seguido por la gente, al hablar del terremoto. Éste expresa que: “no exageremos, no fue para tanto...” (90). Y el cronista continúa “el locutor compone debidamente el rostro para hipnotizar a las amas de casa, y señala en el mapa de la ciudad la porción afectada. “ ‘¿ya ven? Es un pedacito’ ” (90). Se puede observar con estos ejemplos que se trata de desarmar “la comunidad imaginada” a través de minimizar el evento ante los ojos de los televidentes, para desarticular la sociedad civil del resto del país. Al mismo tiempo, desde 1983, se preparaba el decimo tercer campeonato mundial de futbol que tendría sede en México a ocho meses del sismo.

Tal evento es, de acuerdo a Antonio Zarur en su libro *El Estado y el modelo de televisión*, “la expresión más acabada de la relación que ha prevalecido entre la TV privada y el gobierno de México” (125). De acuerdo a él, Televisa ha prosperado gracias al amparo del gobierno y el Mundial de Futbol es el gran ejemplo. Pues en su estudio, asegura que México estaba sin los fondos suficientes para organizar un evento así; por lo tanto, el Mundial de Futbol fue un evento total y enteramente de Televisa. El país solo aportaría el espacio y los estadios como lo dijo el presidente De la Madrid: ““el país no deberá hacer gastos porque ya tiene todas las instalaciones”” (Zarur 126). Además, el Comité Organizador no fue encabezado por el presidente de la Federación de Futbol sino

por ejecutivos de Televisa. De esta manera se entiende que el gobierno solamente apoyó a Televisa en la empresa del Mundial de Fútbol; porque a su vez, el gobierno tendría el apoyo en su proyecto de borrar en la conciencia de la gente las consecuencias del sismo y tener el control otra vez.

En las crónicas “¡Gol! ¡Somos un desmadre!”, que aparecen dentro de *Entrada Libre*, se puede ver como el gobierno ayudado por Televisa fue capaz de controlar a la gente y desaparecer cualquier indicio de que un sismo había tocado al país. Se instaló todo el fervor de la patria en la selección mexicana de fútbol y el gran ídolo del fútbol mexicano fue gancho clave para esto. En las crónicas, Monsiváis lo cita diciendo que, “¡pueblo, escucha! El niño de oro Hugo Sánchez declara: ‘yo quisiera ser un escape muy grande para que los mexicanos viertan en mí sus amarguras’” (203). Más adelante aparece este futbolista para decir: “vamos a dejar toda nuestra vida en la cancha para dar felicidad a todos los mexicanos” (218). La declaración de Hugo Sánchez es un mensaje de que el pueblo debe refugiarse en el fútbol y dicho por un personaje tan importante, puede entenderse que fue de impacto y efecto en la gente.

Tener al pueblo unido y controlado era la meta en ese tiempo de inconformidad social. La televisión masificó el evento, enalteció los símbolos patrios y creó espacios de celebración y *performación* de la nacionalidad y la ciudadanía fue convocada a ser parte del “nuevo” nacionalismo. El cronista dice que “en esta hora, uno no nada más recupera la nación, también se olvida del rencor social” (218). En otras palabras, el fútbol masificado fue la herramienta perfecta para acabar con la comunidad imaginada que nació con el terremoto y esto se ve claro cuando Monsiváis narra la inauguración del

Mundial diciendo que tanto el presidente de la FIFA (Federación Internacional de Fútbol Asociación) y el presidente de México fueron abucheados por la gente en el estadio, pero dice: “dentro de cinco minutos un árbitro someterá a este público tan antiautoritario” (207). Toda inconformidad, reclamo por justicia, todos los damnificados del sismo, se apagaron cuando inició el partido de fútbol. Allí se quedó la memoria del terremoto y ahora sí, el terremoto “no había sido nada”. El país olvidó los daños que esto dejó, de este modo, la comunidad imaginada (la temporalidad pedagógica) pudo imponerse ante la sociedad civil que terminó por desarticularse y volverse individual.

En estas crónicas la temporalidad pedagógica queda representada por la alianza entre el gobierno y la televisión mientras que la performativa se representa con la sociedad civil que se logra con el terremoto. Hay momentos en que ambas se cruzan y señalan que la nación no está dividida enteramente por estas temporalidades sino que hay puntos de fusión entre ellas. En las crónicas al Mundial de Fútbol del 86, se pueden observar varios momentos en que las dos temporalidades están mezcladas por una especie de contagio. Armar este evento fue tarea tanto del gobierno como de Televisa y otros importantes funcionarios de la época. Se presumía de un evento para las masas, para restablecerlas como tal y relocalizarlas en el lugar que les pertenecía después del liderazgo que cobraron durante los días después del terremoto. Sin embargo, a través de estas crónicas, se percibe que estos mismos funcionarios se convierten en público de su mismo evento. Monsiváis narra que el día de la inauguración del evento, estaban entre el público “el licenciado Eduardo Pesqueira, secretario de Agricultura, el licenciado Manuel Camacho, secretario de Desarrollo Urbano y Ecología y el licenciado Carlos Salinas de

Gortari, secretario de Programación y Presupuesto” (202) haciendo olas y levantando los brazos unidos al mismo grito de Me-xi-co (202-3). Más adelante, cita al alcalde de Monterrey, Luis M. Farías cuando dice que: ““Por unas horas dejaré de ser el alcalde de Monterrey para convertirme en un aficionado más que apoya a su equipo favorito, porque ahí todos somos iguales”” (225). Aquí es clara la mezcla o el contagio de una temporalidad sobre la otra. En este caso, el alcalde se siente igual a todos los aficionados unidos no sólo por el fútbol sino por la masificación de la cultura nacionalista del poder por la televisión. Aunque después del partido, volverá a su lugar en el estrato social que le corresponde donde no es igual a todos.

El Plantón/ López Obrador: “un peligro para México”

Las elecciones para la presidencia de México del 2006 fueron de gran importancia para el partido de la izquierda (Partido de la Revolución Democrática) y para la población mexicana. Con previa experiencia en la forma de gobierno de cada partido (PRI y PAN), un gran sector de la población concentró su voto en el PRD y por esta razón, este partido estuvo muy cerca de alcanzar la presidencia del país. El PRI que surgió en 1929 con principios ideológicos revolucionarios y con profundas raíces populares (Villoro 35), gobernó el país por 70 años y durante el transcurso, su gobierno se inclinó hacia el autoritarismo, la corrupción, asesinatos políticos, fraudes electorales, matanzas de campesinos, pobreza y represión. Por su parte, el PAN (Partido Acción Nacional) apareció en 1939 y se convirtió en el principal partido de oposición con una doctrina ultra conservadora. Este partido, muy lentamente fue ganando terreno en el país y colocando líderes en importantes gubernaturas de estados de la República y en otras funciones

políticas gubernamentales. La izquierda, por su lado, nunca fue tan fuerte como lo estuvo al mando de Cuauhtémoc Cárdenas con el FDN (Frente Democrático Nacional quien en 1988 ganó la presidencia, pero un evidente fraude electoral, sacó como triunfador y presidente de México a Carlos Salinas de Gortari (PRI) (*A ustedes* 116).

México, cansado de este tipo de corrupción junto con las devaluaciones constantes del peso, la falta de oportunidades y la violencia permanente, para las elecciones del 2000, cifra toda su esperanza en el “gobierno del cambio” (PAN) representado por Vicente Fox Quesada. Para su gobierno “del cambio” prometió mejorar la economía, terminar con la corrupción y el narcotráfico y arreglar la situación indígena en Chiapas y con el EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional), entre otras cosas. Sin embargo, durante su periodo presidencial se mostró como un ser manejable, abúlico y falto de capacidad para gobernar y después de concluido su periodo presidencial, “demostró que el PAN es tan corrupto como el PRI, que no tiene proyecto de nación ni hombres de gobierno...prefirió estar del lado de Estados Unidos que de América Latina” (Zamora 10).

Por su lado, Andrés Manuel López Obrador, candidato del PRD, partido que representa la izquierda mexicana, se perfilaba como el candidato favorito de las masas. López Obrador empezó su carrera política en Tabasco, México donde corrió para gobernador del estado demostrando liderazgo y amplias aptitudes para mover a las masas; además, tras perder las elecciones de este estado, encabezó una marcha al Distrito Federal en protesta por fraude en esas elecciones. Después “se hizo presidente del PRD de 1996-1999 y de aquí fue postulado para la candidatura del gobierno del Distrito Federal en el

2000” (Rodríguez 90). Durante su gubernatura, llevó a cabo un plan que pensionaba a personas de la tercera edad, madres solteras y ayuda en las regiones más desprotegidas y marginales de la ciudad. Así, se fue ganando enemigos, pero también millones de simpatizantes que lo convirtieron en el candidato representante de los derechos de los pobres del país y del verdadero “cambio”.

Sin embargo, sus enemigos trataron por todos los medios de obstaculizar su candidatura; primero, mediante el escándalo de unos videos con la intención de manchar su imagen, y después mediante un desafuero que lo haría sujeto a un proceso legal y que como consecuencia, le impediría lanzarse como candidato a la presidencia. Los videos implican a personas cercanas a la administración de López Obrador en acciones corruptas. El primer video hecho público fue sobre Gustavo Ponce, secretario de finanzas, captado en Las Vegas a donde ya había ido por 37 veces y en donde se había gastado tres millones de dólares de fondos de la ciudad. En el otro video se grabó a René Bejarano, secretario particular de López Obrador, realizando transacciones corruptas y recibir 45,000 dólares de Carlos Ahumada.

Por otro lado, en el juicio por el desafuero, se le acusó a López Obrador de desacato a una orden judicial y de abuso de poder pues se llevó a cabo la construcción de una calle de acceso al hospital en el terreno El Encino que había sido suspendida por la corte (Rodríguez 91-2). Aunque nunca se comprobó si López Obrador dio la orden de continuar la obra de construcción, se le llevó a juicio para desaforarlo, pero mientras se ponía en marcha el plan, López Obrador organizó a sus seguidores y el 24 de abril del 2005, la marcha del silencio reunió a más de un millón de personas en la plaza del Zócalo

y dio como establecida la campaña de “resistencia civil”. Así, el intento de perjudicarlo, sólo logró apegarlo más a las masas. Este acercamiento con la gente era temible por sus enemigos pues lo hacían el hombre perfecto para la candidatura de la presidencia. Pues en palabras de López Obrador, “para ganar la elección para presidente de la República se necesita más que la militancia de un partido. Se necesita de un candidato que conmueva a los mexicanos” (Rodríguez 97). Así lo entendía él y estar al lado de las masas populares fue la táctica en su campaña y el 8 de enero del 2006 se registró ante el IFE como candidato.

Después de un periodo largo de campañas electorales, se dieron las elecciones presidenciales y los resultados favorecieron a Felipe Calderón del PAN. Octavio Rodríguez Araujo que en su libro *México en vilo, 2006: partidos, candidatos, campanas y elecciones* hace un análisis minucioso del resultado de las elecciones y demuestra que el proceso con que se conocieron los resultados de las elecciones denotaba fraude. El primer indicio que abrió sospechas fue la manera en que se dieron a conocer los resultados en la televisión: “el IFE (Instituto Federal Electoral) que en teoría es autónomo, y el gobierno de Fox con la complicidad de TV-Azteca y de Televisa, impidieron que se conocieran las encuestas de salida (exit polls) el domingo 2 de julio a las 8 y 11 de la noche...” (135). Rodríguez Araujo, asegura que hubo alteración en el método de conteo cibernético que se utilizó, que se modificaron actas, que aparecieron cajas con votos abiertas o tiradas a la basura (136). En todo el país reinaba la duda y en un intento de comprobar el fraude, un grupo de académicos especialistas de la UNAM

publicaron en internet un reporte en el que se comprueba la manipulación cibernética de los votos.

Ante tal evidencia de fraude, López Obrador convocó a la población en el Zócalo de la ciudad en defensa de la democracia y del respeto al voto y acudieron a tal evento más de millón y medio de personas.

Elena Poniatowska en *Amanecer en el Zócalo* crónica día a día lo que pasaba en el plantón liderado por López Obrador que se organizó en respuesta al fraude electoral. Estas crónicas, narradas en primera persona, tienen un carácter testimonial. Están divididas en tres partes que siguen un orden cronológico de los 50 días que duró el plantón desde el 29 de julio. También, contienen opiniones de la autora sobre temas específicos, artículos de periódico, cita textualmente a diferentes personalidades de la política mexicana y a intelectuales como Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis y Juan Villoro que opinan sobre el fraude electoral y el plantón. Por último, inserta el discurso diario de López Obrador a la gente reunida a las 7:00 pm.

Dentro de la narración, Poniatowska se pregunta “¿Por qué estoy aquí?” y “¿Por qué escribo?”. Estas preguntas son una constante que mueven y le dan sentido a su función como escritora y a lo que escribe. Al respecto dice: “la realidad me jala, mi país me toma por la garganta y me ahorca. En Europa, en Estados Unidos cada quien puede sentarse en su casa a escribir sobre lo que se le da la gana, aquí en México, la realidad se mete a tu casa por las ventanas y te avasalla y te saca a la calle” (229). Como ciudadana, igual que el resto de los participantes del plantón, siente un deber de salir a la calle y protestar, pero además, su deber como escritora la ha orillado en varios momentos

históricos a escribir: “me quedé en la calle cuatro meses después del terremoto de 1985 escuchando a damnificados. En 1968, a raíz de la masacre estudiantil del 2 de octubre, fui a Lecumberri, la cárcel preventiva, durante un año casi todos los domingos para entrevistar a los estudiantes...Ahora estoy en plantón en el Zócalo al lado de muchos otros mexicanos que no aceptamos el fraude...” (210). Enmarcadas en estas respuestas, las crónicas revelan la comunidad imaginada que se creó en el plantón entre toda la gente y “la guerra sucia” que se efectuó contra López Obrador, el plantón y la misma autora.

Delinear la comunidad imaginada que nació a partir del fraude electoral, resulta insuficiente sin explicar la influencia de López Obrador con la gente, y su relación con ella. Nadie se imaginó que a su llamado al Zócalo en defensa del voto, asistieran miles de personas y mucho menos que al llamado de: “les propongo que nos quedemos aquí, en Asamblea permanente, hasta que resuelva el tribunal” (28), aceptaran gustosos, eufóricos y resistieran por tanto tiempo la lluvia, el frío, la incomodidad y los ataques de los medios de comunicación. De acuerdo a estas crónicas, López Obrador logra esto por la imagen que proyecta de sí mismo hacia la gente necesitada. Poniatowska asegura que representa a la gente humilde al situarse como uno de ellos porque su imagen está dentro del marco de los marginados, “fuera del sistema de poder” y que pide el cambio de gobierno como todos ellos. Por eso, la cronista dice que: “la gente pobre lo ve como el remedio a todos sus males” (23) y que más que querer creerle, “necesitamos creerle” (45).

Su relación con la gente va mas allá de una mera afiliación política, pues la cronista se esfuerza por enseñar una relación entrañable con la gente, una relación reciproca entre el supuesto líder y su gente. Poniatowska dice: “AMLO abraza a cada

uno como si fuera su tesoro. Tiene razón, el Zócalo es su tesoro” (23), en otra ocasión, “por más que abrace o levante un niño en brazos, no hay nada demagógico en él, no es para la foto, le sale de adentro y eso todos lo perciben” (68). Con estos ejemplos, se establece una imagen casi de mesías de López Obrador que se concreta en lo que la gente siente por él: “lo quiero más que al Papa Juan Pablo” (23) cita la cronista a dona Luchita, miembro del plantón. Además, esta relación va de igual a igual, como una ecuación: López Obrador = gente del plantón, que se simboliza cuando a los viejitos (que reciben su pensión mensual gracias a él) se hacen llamar “pejeviejitos” y los niños “pejejitos” y en el grito de que “todos somos López”.

Plantarse en el Zócalo fue un acto reaccionario contra instituciones importantes como el IFE, pero toda esta gente, “de las capas populares”, organizada políticamente (demasiado rápido), según Lorenzo Meyer del diario Reforma citado por Poniatowska: “se resiste a volver a las márgenes del sistema del poder...” (122). Se ha construido a sí misma en una comunidad imaginada y a ésta, en el “plantón de la esperanza” (31). La cronista lo revela con la siguiente descripción de los gritos de la multitud:

Ondean banderas, las voces de “¡voto por voto!” se enardecen, el grito resuena en el Zócalo y los automovilistas tocan la bocina: “Me-xi-co, Me-xi-co”. “¡Llueve, llueve, el pueblo no se mueve, llueve, llueve, el pueblo no se mueve!” (123)

“¡fraude, fraude!” “Voto por voto, casilla por casilla” “¡Felipe, entiende, el pueblo no te quiere!” (123)

Hubo muchos intentos de crear una imagen mala del plantón mediante los medios de comunicación. Uno de los puntos más usados contra el plantón fue sobre cómo se sostuvo por tanto tiempo. El Partido (PRD) costó la mayoría de los gastos, pero lo más

importante que resalta la cronista es la ayuda que se ofrecía recíprocamente entre la gente dentro y fuera del plantón. La gente que trabaja en Reforma, escribe la cronista, “antes de entrar a sus oficinas llegan con cobijas y despensas” (75), pero a estos se les pide que mejor se las entreguen a los compañeros de los estados, porque están lejos de sus casas y en malas condiciones” (75). Después, narra que “llegan con cazuelas de mole, arroz, chicharrón guisado y varios platillos, así como ollas de café. Esas muestras de apoyo nos hacen más llevadera la resistencia y nos animan” (75). Ante estas afirmaciones, resulta evidente que Poniatowska quiere clarificar como se sostuvo el plantón, como se mantuvo su fraternidad, que según estas citas, fue a base de donaciones y al espíritu de ayuda de la gente. Pero además, con respecto a las condiciones climáticas de esos días, pregunta, “¿Cómo le harán los miles de hombres, mujeres, niños que aguantan el agua y el frío en el Zócalo y en el Paseo de la Reforma? ¿Estar juntos es lo que los sostiene? ¿AMLO los sostiene?” (200) Esta última pregunta es la que se contesta a través de las crónicas pues López Obrador y la fe que se tiene en él, quedan como el lazo de unión entre toda la multitud y es la imagen donde se concreta la esperanza y la fraternidad. Esto se muestra en la vida que se lleva en el Zócalo, lo han convertido en un espectáculo cultural entre lucha libre, bailes folclóricos, imitaciones de cantantes famosos, talleres de pintura, poesía, máscaras, muestra de películas históricas y para los niños: “pinta tu pejejito” (75-76). Lo definen como “un pueblo” (271), una comunidad imaginada que Poniatowska expone así: “aquí los términos oprimidos y opresores, la idea de clases, desaparece ante la gran necesidad de resolver problemas inmediatos...Aquí la irresponsabilidad, la

estupidez, la corrupción no tienen cabida. El poder social se construye entre todos y mientras éste crece, el individuo desaparece” (38).

López Obrador se convirtió en un sujeto temido para el PAN por ser tan popular entre la gente y por todo lo que representaba para ella. Por eso, se trató de evitar su candidatura a la presidencia y después mientras era candidato, se hizo lo posible por difamarlo. En su libro *La mafia nos robó la presidencia*, López Obrador afirma y comprueba que entre Vicente Fox, Felipe Calderón y Televisa, se organizó una guerra sucia contra su persona. Declara que “toda esta guerra sucia se dio cuando se aprobó (el día 31 de marzo de 2006) en el senado de la República y se publicó (por decisión de Fox, el 11 de abril de 2006) la nueva Ley de Radio y Televisión... A partir de entonces Televisa prácticamente se hizo cargo de la estrategia publicitaria del PAN y transmitió sin límites todos los mensajes negativos en contra de nosotros, con el emblema de ese partido,”... (207). En este libro, López Obrador enumera los ataques que recibió por parte de la televisión, era: “‘un peligro para México’, iba a ‘endeudar al país’, a ‘expropiar bienes de las clases medias’, a ‘limitar que sólo se tuviera un departamento, un carro y dos hijos por familia’ y... hasta estudios psicológicos donde aparecía como desquiciado” (211).

La guerra sucia aparece también en las crónicas de Poniatowska, pero aquí se utiliza para engrandecer la unidad de los manifestantes y sus propios ideales. Es decir, la cronista destaca que muy a pesar del “terrorismo verbal” del que fueron objeto, mucha gente de toda la República no daba crédito a los medios de comunicación masivos y seguía apoyando al plantón. Dice, por ejemplo, “los que se fueron están reforzando las

organizaciones distritales en Sinaloa para venir al DF a apoyar, a pesar del bombardeo mediático que desacredita el movimiento” (54). Diferentes comentarios que van desde que el plantón “ensuciaba el centro”, hasta que sólo causaba caos vial se añadían a “malos perdedores”, “belicosos”, “indios” y “nacos”. Así, la guerra sucia se extendió no sólo contra la gente del plantón sino también contra sus simpatizantes como la misma Elena Poniatowska, quien fue objeto de calumnias y amenazas. Poniatowska hace un spot donde trata de limpiar la imagen de López Obrador, pero como respuesta, el PAN se encargó de desprestigiarla mediáticamente a través de otros spots donde queda expuesta como una persona ignorante de la corrupción del PRD y de López Obrador (*Amanecer* 144-5).

La función de la televisión en el plantón fue muy importante y fue la respuesta que se dio cuando se preguntaron cómo entretener a la gente que se plantó en el Zocalo. Poniatowska asegura que allí, “los aparatos de televisión únicamente son utilizados como medios de difusión y diversión” (178). En esta utilización es donde podemos analizar que las temporalidades de Bhabha, la pedagógica y la performativa, se mezclan y complican la comunidad imaginada del plantón. Es decir, había una conciencia por no mirar la programación de Televisa, excepto por los noticieros nocturnos, pero a través de las crónicas, se puede ver a la gente contagiada por los programas de moda precisamente de esta cadena de televisión. Por ejemplo, se hizo un concurso de baile imitando a “Bailando por la boda de mis sueños” y Poniatowska cita a una mujer que comentó sobre una pareja que bailaba “que deberían de inscribirse en ese concurso” (48). Se puede ver que no hay una división clara entre la fuerza del poder pedagógico y el performativo pues por

momentos están en conexión entre ambos presentando una casi imposibilidad de separación.

Muy a pesar de esto, Poniatowska deja muy firme su posición y en estas crónicas se percibe el intento por limpiar la imagen de López Obrador, del plantón y de ella misma. Su lucha va desde antes de las campañas electorales contra los video tapes que habían desprestigiado al partido PRD y contra la guerra mediática que se desató posteriormente. Y para esto, se valió del plantón; es decir, ese nacionalismo que Poniatowska percibía en la fraternidad que los miembros del plantón mostraban, fue tomado por ella para crear un ideal de “pueblo”. En *Amanecer en el Zócalo* lo que se proyecta es el ideal de nación que nace desde las clases bajas y que pone resistencia ante la comunidad imaginada del sector en el poder que quería seguir dominándolas. Es muy clara esta distinción al observar al plantón como el sitio donde reina la fraternidad y las ganas de luchar a diferencia del sector en el poder que sólo pretende mantenerse en el poder a costa de todo, a costa de “50 días que confrontaron a México”. Esta última parte del título de las crónicas, bien describen la atmósfera de confrontación que Poniatowska resalta en su texto y que fue la realidad de esos días posteriores al anuncio del presidente electo.

En las tres crónicas estudiadas aquí, las comunidades imaginadas creadas entre la gente, ejercieron su derecho a protestar contra las imposiciones del sector en el poder. En esta protesta había un intento por hacerse visibles ante quienes los ignoraban; y esta visibilidad, se convirtió en la creación de un nacionalismo, que los unía mediante sus mismos ideales. La unión entre ellos fue la fuerza para enfrentar al poder, que en los dos

primeros ejemplos presentados, terminaron por imponerse y desarticular estas comunidades imaginadas. En el último ejemplo, no hubo una extinción como en las otras, pero igual se esfumó. En *Días de guardar*, el Movimiento Estudiantil logró abarcar a miles de personas inconformes con el gobierno autoritario, pero resultó disuelto mediante el uso de la fuerza y sobre todo mediante el uso de la televisión y del fútbol. Monsiváis se encarga de criticar la comunidad imaginada creada por el fútbol a la que considera “fugaz”; pero además, su crítica se extiende a la imposición de los usos del tiempo libre sobre la gente y la falta de conciencia de ésta para darse cuenta. *Entrada libre* expone el nacionalismo que surgió entre los damnificados del Terremoto que reclamaban por los servicios básicos y que quedó olvidada por medio también en esta ocasión, del fútbol. La televisión convirtió al evento en un mercado del deporte transmitiendo los partidos de fútbol y obteniendo los beneficios económicos que esto podría crear. De esta manera, volcó la atención de la gente en la selección mexicana de fútbol que pronto olvidó a los cientos de damnificados y los múltiples daños que el Terremoto dejó. Por último, *Amanecer en el Zócalo* presenta la más grande aglomeración de gente que el centro de la ciudad había podido sostener. Todos reclamando la corrupción de las elecciones electorales que los condenaban a otros 6 años de abandono. Esta corrupción fue denunciada como un complot contra el líder Andrés Manuel López Obrador y después como una mafia integrada por Televisa, el PAN y el IFE. En los tres ejemplos, se demostró que la relación entre la temporalidad pedagógica y performativa no es enteramente vertical (del Estado hacia el pueblo), sino que hay puntos de encuentro en los que ambas participan una de la otra. Sin embargo, la temporalidad performativa

quedo aplastada por la imponente pedagógica y la gente volvió a su posición de “vigilados”.

Capítulo 2

Ciudad de México: la disputa por el espacio de la modernidad

En 1946, Salvador Novo publica *Nueva grandeza mexicana* donde deja registrada la vida moderna de la Ciudad de México, la valoración del influjo modernizador y capitalista y las transformaciones que este espacio sufrió en el proceso de urbanización después de la Revolución. En su edición de 1967, Novo narra en el capítulo añadido, la dificultad que enfrentó en las ediciones posteriores de los años 1956 y 1967 al tratar de actualizar el retrato de la ciudad mediante notas al pie de páginas. Sin embargo, fue un esfuerzo imposible pues Novo cuenta que: “Ninguna copia de ‘notas’ sería capaz de registrar tamañas variantes; y aun cuando yo intentara lograrlo en ellas, la validez de esos retoques volvería a caducar en corto tiempo...” (135). Posteriormente, simplemente se valió de las fotografías de Héctor García para dar cuenta de los cambios acontecidos en el transcurso de 10 años, “son esas fotos...lo que con el lenguaje ultra elocuente de las imágenes, describe a los dos Méxicos...mejor y más directamente que mis palabras...” (136). Esta relación que Novo hace entre la modernidad y el lenguaje muestra la deficiencia de éste último por representar todas las transformaciones de la ciudad, pues como dice el cronista, la ciudad “siguió creciendo, desbordándose, modificándose sin límites” (135). Y esta fue precisamente la imagen oficial que se deseaba difundir de México; una de progreso, cambio y modernidad. De hecho, esta crónica fue premiada como el libro representativo de la Ciudad de México, que se regalaría a los delegados, en

el VII Congreso Mundial del Petróleo, hasta se tradujo al inglés con ese afán de promover y divulgar por todo el mundo la modernidad, gracias al petróleo, de la nación mexicana.

Este ejemplo expuesto de Novo, muestra el incontenible crecimiento del espacio de la Ciudad de México. Se podría pensar que la ciudad en su larga historia, ha experimentado un largo proceso de transformación. No obstante, el periodo de mayor crecimiento se efectúa hasta el siglo XX, después de estabilizado el gobierno de la Revolución. Marco Antonio Michel en su artículo “El proceso habitacional de la Ciudad de México”, divide este crecimiento y las transformaciones de la ciudad como espacio social en cuatro etapas. La primera fue de lenta urbanización que comprende el periodo entre 1920 y 1930. Mientras se consolidaba la estabilidad social, política y económica del país, su población aumentaba a más de un millón de habitantes. En la segunda etapa, entre 1930 y 1950, se nacionalizaron muchos de los recursos del país, se modernizaron las bases de producción y se inició la industrialización. Además, empiezan a aparecer colonias y barrios en la periferia y la población total es de 3.1 millones de habitantes. La tercera etapa que va desde 1950 a 1970 se caracteriza por una urbanización extremadamente rápida, por el crecimiento acelerado y por la rápida industrialización. También, a este periodo corresponde la expansión del área urbana hasta los contornos de otros estados del país y la población de la zona metropolitana es de 9.4 millones. La última etapa, de explosión urbana, es de 1970 hasta el final del siglo, presenta un modelo económico deficiente y complejamente contextualizado internacionalmente. Su crecimiento poblacional alcanza los 17 millones de habitantes.

En esta trayectoria de la modernidad y urbanización de la ciudad, el espacio descrito y registrado por Novo no alcanza para contener a todos sus habitantes. Las diferencias en los usos del suelo se vuelven muy definitorias al delinear las marcadas clases sociales. La misma ciudad que atraía a millones de inmigrantes, es incapaz de proveer viviendas y empleos para ellos y los expulsa a sus contornos. Así, son orillados a construir y habitar, en condiciones indignantes, colonias marginales que en su mayoría, carecen de los servicios públicos básicos. La distribución y ocupación del espacio capitalino se convirtió en una lucha constante por la posesión del suelo. De esta manera se crearon dos bandos en la sociedad mexicana, situación que describe José Luis Romero en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, cuando dice que con el flujo de migraciones a los centros capitalinos se creó “una sociedad escindida”, que por un lado están los sectores tradicionales (la sociedad normalizada) y por el otro, la masa urbana (la sociedad anómica) (331). Ambas sociedades coexisten en el mismo espacio y ambas en constante confrontación ya que la última representaba un cuestionamiento a las normas del sistema social al que no era incorporada.

La crónica que nos compete aquí, se centra en estos espacios marginales para registrarlos y exponer esta lucha por su inclusión en la nación. Siendo que la crónica originalmente se enfocaba en cronicar el espacio de la modernidad –como el ejemplo de Novo lo narra –nos concentraremos en la crónica que sale de este espacio para mostrar los “efectos secundarios” de la modernidad; es decir, para mostrar a los que no resultan beneficiados de ésta que son los excluidos de la imagen oficial. En otras palabras, esta crónica al registrar el espacio marginal, muestra las fallas y el fracaso de la nación

promulgada por el gobierno del PRI. El enfoque de este estudio es un acercamiento al proyecto de nación del discurso oficial desde las representaciones del espacio de la Ciudad de México en este tipo de crónicas. Con esto en mente, se desea demostrar cómo la lucha por el espacio es también una lucha por la incorporación a la modernidad y por lo tanto, es una lucha por ampliar el concepto de nación. Las crónicas que se analizarán son: “La basura” de Alma Guillermoprieto que aparece en *Al pie de un volcán te escribo*, “San Juanico: los hechos, las interpretaciones, las mitologías” de Carlos Monsiváis en *Entrada libre: crónicas de la sociedad que se organiza* y por último, “La colonia Rubén Jaramillo” de Elena Poniatowska en *Fuerte es el silencio*.

El espacio de la nación

Para definir el “espacio de la nación”, se toma el concepto de Henri Lefebvre en *The Production of Space*. De acuerdo a este crítico, el espacio es una producción social o una compleja construcción social que se basa en ciertos valores y en significados producidos socialmente que afectan las prácticas espaciales. Además, propone que esta producción social del espacio es comandada por una clase hegemónica como una herramienta para reproducir su dominio pues el espacio, “sirve como herramienta de pensamiento y acción y además de ser un modo de producción, también es un modo de control y por lo tanto de dominación y de poder” (26). También, afirma que el espacio producido socialmente encarna propiedades que sólo pueden ser imputadas a la ocupación del espacio que necesita ser entendida de acuerdo a las operaciones productivas envueltas (171). Es decir, a las acciones que se llevan a cabo en el espacio ocupado. Ya que en esa definición del espacio, éste queda establecido en términos de relaciones de dominación, conviene añadir

las relaciones de poder de Foucault en cuanto a la subversión al poder. Foucault, con respecto al espacio piensa que “el espacio es fundamental en cualquier forma de vida comunal; el espacio es fundamental en cualquier ejercicio de poder” [Mi traducción] (252). Y para Foucault, el poder también está entendido a través de las relaciones de dominación; aunque se podría ahondar en cómo Foucault entiende el poder, para este trabajo nos incumbe el aspecto de “la resistencia”. Foucault afirma que “no hay relaciones de poder sin resistencia... [...] la resistencia al poder no tiene que venir de donde sea para ser real... [...] Existe por estar en el mismo lugar que el poder; por eso, como el poder, la resistencia es múltiple...” [Mi traducción] (*Power/knowledge*, 142). Además, especifica que “no importa que tan terrífico sea un determinado sistema, siempre quedará la posibilidad de la resistencia, la desobediencia y de los grupos opositores” [Mi traducción] (*The Foucault Reader*, 245).

En las crónicas seleccionadas para este estudio, la Ciudad de México, tomada como el espacio de la nación, es presentada como un espacio de resistencia. La lucha se da entre clases sociales y divisiones espaciales donde la clase hegemónica fuerza a los menos privilegiados a ocupar el suelo menos apto para ser usado y habitado. Este acto encarna la situación de las masas populares frente al concepto de nación oficial, que igual que en la distribución espacial, no son incluidas en éste. La “modernidad” a la que el gobierno del PRI llevó al país, deja fuera de ésta, del espacio y de la nación, a los habitantes de las colonias marginales. En el hecho de ser dueños de un pedazo de tierra, los colonos encuentran la resistencia a no permanecer en este estado marginal al que han sido orillados y luchan contra las herramientas de dominación de las clases en el poder.

La participación del gobierno, que ha mostrado una regresión al estado dictatorial, ha favorecido al sector privado en cuanto a la posesión del suelo y ha desamparado a los pobres de la ciudad. Esta relación, entre el PRI y el espacio marginal, se estudia a continuación para entender la exclusión de estos en la modernidad de la nación. Como lo expone Romero, los colonos “constituyen un mundo dos veces marginal: porque habitan en los bordes urbanos y porque no participan en la sociedad normalizada ni en sus formas de vida” (343).

PRI: el gobierno de la Revolución

En México, el gobierno nacional y el partido político oficial han sido uno solo desde terminada la Revolución Mexicana por el año 1917. Ambos se inclinaron por el establecimiento de un gobierno socialista que llevara como principal objetivo las necesidades de los sectores pobres de la población. Sin embargo, la realidad es que lejos de que se cumplieran estos objetivos, en los 70 años del “gobierno de la revolución”, los pobres no han tenido representatividad en la nación que se formó durante este tiempo. Hay quienes como Mario Toledo Olascoaga, que piensan que México “ha sido una de las pocas naciones de América Latina que ha mantenido una estabilidad política, económica y social que le ha permitido la permanencia de sus instituciones políticas” (35). Esta supuesta estabilidad que otros llaman “dictadura perfecta”, se logró por medios cuestionables como la corrupción, la fuerza represiva y el autoritarismo gubernamental; pero sobre todo, por el uso del término “Revolución” para manipular a la población y mantenerse en el poder. El PNR (Partido Nacional Revolucionario), como se llamaba en sus inicios, “al presentarse como revolucionario, se convertía en el legítimo heredero de

la lucha armada...[...] al utilizar en su denominación la palabra ‘nacional’ y al identificarse con los colores nacionales, pretendía ser el aglutinador de todo el pueblo...[...] encarnando la voluntad de las mayorías” (Toledo 18). Con esto, acaparaba la atención y voto de la mayoría de la gente evitando así, la formación de otros partidos políticos, reduciéndolos a contrarrevolucionarios y declarándolos ilegales. Así, el PRN se consolidó como el único y legítimo partido político en México que le valió su permanencia por tanto tiempo.

El mismo Toledo Olascoaga, asegura que México es una nación que “intentó combinar la búsqueda de la justicia social y la de desarrollo, y consiguió la continuidad de su instituciones con paz social” (11). Aquí cabe cuestionar hasta qué punto se llevó a cabo esta búsqueda pues todavía se está en el subdesarrollo y la justicia social promulgada por el poder deja mucho que pensar ya que la “paz social” nunca ha sido el método. Para demostrar esto, basta dar un breve recuento de la relación tanto del partido como del gobierno con los pobres.

A partir del mandato de Lázaro Cárdenas del Río en 1938, los organismos de las masas se convirtieron en el principal instrumento del partido, que para entonces había cambiado a Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Cárdenas unifica las fuerzas políticas y de las masas mediante una alianza entre ambos elementos. Es decir, “concedió beneficios a los líderes, dio prestaciones sociales para la clase trabajadora y tierras y crédito para los campesinos a cambio de una fidelidad absoluta al poder” (Toledo 21). Posteriormente, en 1946, después del gobierno de Manuel Ávila Camacho, el PRM se transformó en el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Éste nace con el propósito

de “canalizar la nueva política económica desarrollista del gobierno” (Toledo 22). Como Jorge Montano lo expone, “a pesar de la retórica acerca de los propósitos revolucionarios, el nuevo modelo capitalista significó el sacrificio de tales objetivos en beneficio de una economía de expansión” (77). Además, debido a la urbanización social y al crecimiento de la clase obrera, el campesino dejó de ser el sustento del partido para concentrarse en la clase obrera y seguir teniendo el apoyo de las masas. Sin embargo, muy a pesar de sus supuestas raíces socialistas, “se estableció el capitalismo como el modo dominante de producción... [...] actuando primordialmente en los intereses del capital y no meramente porque se preocupara por la acumulación del capital” (Eckestein 13). Según Antonio Azuela en “Evolución de las políticas de regularización”, “en el proyecto ‘modernizador’ no entraban las necesidades de suelo de los sectores populares de la ciudad y se suponía que el crecimiento económico permitiría la satisfacción de las necesidades sociales a través del mercado” (223). Al enfocarse en intereses capitalistas, se descuidó y desprotegió tanto a los sectores más pobres de la población como a las clases medias que no encontraban su inclusión en la nación del PRI. La inconformidad se dejó ver con las innumerables protestas que surgieron durante los años 1960 que llegaron a su cumbre en el Movimiento Estudiantil de 1968 donde tanto el gobierno de la presidencia como el mismo partido, dejaron ver su autoritarismo, represión y la falta de tolerancia y “paz social” con el asesinato de cientos de estudiantes. Con esto, empieza una larga decadencia del sistema político que falla en contener y representar las demandas de diversos sectores sociales y los habitantes de las colonias periféricas de la Ciudad de México son ejemplo de estos sectores.

El espacio marginal: las colonias pobres

La división espacial en la Ciudad de México históricamente ha sido un factor que indica la clase social a la que pertenece cada individuo. Quiero decir que el suelo de la ciudad está dividido entre las clases sociales en relación a la facilidad de éste de ser habitado. Por ejemplo, el suelo de piedra al sur resultado de la erupción del Xitle es mayormente habitado y usado por grupos sociales de ingresos altos y medios; mientras que las tierras que corresponden al antiguo lago de Texcoco al suroeste son habitadas por los grupos sociales pobres al igual que las tierras encaladas y arenosas. Dentro del centro capitalino, han existido barrios pobres legendarios como Tepito; sin embargo, las grandes olas de migración del campo a la ciudad han redefinido este espacio. Aunque los migrantes que llegan a la ciudad son de diferentes puntos del país, la gran mayoría de migrantes son de origen indígena. Esto se debe, de acuerdo a Sergio Yáñez Reyes en *Industria y pobreza en la Ciudad de México*, a la “ausencia de políticas eficaces para apuntalar el desarrollo del campo, a una creciente desocupación en el sector agropecuario y a la incapacidad de los modelos implantados para responder a las necesidades de la mayoritaria población campesina” (35). Además de este abandono del campo, la ciudad se vuelve un foco de atracción para la población rural con la implantación de la industria manufacturera en el centro pues se necesitaba “asentar a una mano de obra para la industria” (27). Todo esto conllevó a un crecimiento apresurado de la ciudad que no pudo contener a los migrantes pues además de la falta de empleos, servicios públicos y una adecuada calidad de vida, el espacio de la ciudad era insuficiente para dar habitación a tantos pobladores. A esto se añade “el crecimiento de la mancha urbana, su metropolitización, la urgente necesidad de

suelos y viviendas muy baratas y a la organización y embates por tierra y servicios” (27). Por estos motivos, la población migrante y los anteriores pobladores pobres de la ciudad, se empiezan a desplazar hacia las afueras de la ciudad ocupando terrenos baldíos no usados e inhabitables. Por ejemplo, cañadas profundas, minas de arena, mantos de lava y algunas tierras ejidales. Así, los nuevos migrantes, después de una temporada ubicados en el viejo centro urbano, se trasladan a la periferia donde encuentran terrenos que apropian “ilegalmente” en lugares como Tlalnepantla, Naucalpan y Netzahualcóyotl (Yáñez 40). El acto de tomar posesión de lotes inocupados fue llamado “paracaidismo”. De acuerdo a Wayne A. Cornelius en su famoso estudio de campo *Los inmigrantes pobres de la Ciudad de México*, “las colonias paracaidistas se forman por la ocupación ilegal de terrenos públicos o de propiedades privadas, que no han sido habitados debido a una topografía muy irregular o a condiciones inestables del subsuelo... [las ocupaciones] a veces son rápidas y organizadas y otras veces son espontaneas y graduales” (42). Debido a que sus habitantes no tenían la seguridad de poder poseer sus lotes, sus casas eran construidas de cartón, de plástico, de papel, de piedra, de lámina y de desechos industriales (Yáñez 15). El “paracaidismo” o, según Yáñez Reyes, “la lucha por el suelo” (139), “es un conflicto social urbano que involucra a varios agentes: propietarios del suelo, instituciones del Estado, líderes y partidos políticos y migrantes pobres” (139).

Este conflicto social, por los años 60 y 70, fue tomado por el partido del PRI, el gobierno y otros líderes para obtener prestigio, representatividad y otras ganancias; que han sido logradas, como lo presenta Cornelius, porque los mexicanos tenían “una orientación muy positiva hacia la presidencia y el partido oficial (PRI), en especial en las

medidas en que esas instituciones se asocian a los símbolos y objetivos de la Revolución Mexicana” (59). Así, los “paracaidistas” se sentían protegidos por el partido al invadir los terrenos y creían que no serían expulsados mientras que el PRI mantenía el control de las elecciones. Sin embargo, esto no fue así en cada caso: según los intereses del partido y el poder que ejercieran los dueños de estos terrenos, era la respuesta del gobierno. Es decir, si el asentamiento se originaba durante momentos de elecciones, el partido se involucraba abasteciendo de servicios a estas colonias asegurando de este modo el voto masivo. Pues como lo señala Susan Eckstein, durante el periodo electoral “se distribuyen beneficios que incrementan la lealtad popular a la administración y moviliza el apoyo público al régimen”. Por su lado, el gobierno compra los predios a los propietarios y “los colonos” deben pagar por su lote al gobierno. Por otra parte, si el partido no tiene intereses que arriesgar, los colonos son forzados a desalojar sus precarias viviendas mediante la fuerza pública (policías y granaderos) y son sacados a golpes, detenidos y torturados y sus líderes encarcelados. Ha habido asesinatos, desaparecidos como en la colonia Rubén Jaramillo y hasta han incendiado colonias enteras con el afán de desocupar los terrenos como pasó en la Colonia Nueva. “Entre 1976 y 1982 hubo 25 desalojos masivos” que dieron lugar a 48 zonas de reacomodo. El reacomodo es otra situación difícil pues los pocos reacomodados lo eran en zonas como por ejemplo, “un hoyo a un lado de la barranca, que por estar sumamente inclinado el terreno, acarrea derrumbes durante las lluvias...” (Yáñez 141). Además, existe otro problema para los reacomodados: “el despojo vía impuestos” (Aguilar 28). Es decir, los prediales que esta gente debe pagar por su nueva vivienda queda fuera de su alcance económico y terminan por dejarla y por

volver a comenzar las invasiones de terrenos en otros puntos de la ciudad. Bajo este ciclo, la población de colonias proletarias incrementó de un 14 por ciento en 1952 a un 50 por ciento en 1970. Estas colonias cubrían el 21 por ciento de la superficie del Distrito Federal en 1940 y un 40 por ciento en 1970 (Eckstein 54). Con estos datos, podemos comprender que no solamente las colonias marginales son la manifestación aberrante del crecimiento urbano y la modernidad, sino que son la traducción de relaciones de dominación entre clases sociales en relación al espacio de la ciudad. Resultando la expulsión de las clases pobres hacia las periferias, ocupando los peores suelos para habitar.

La basura

Lefebvre nos dice que el espacio es una construcción social y una herramienta de reproducción del poder. En el caso de la Ciudad de México, la construcción del espacio refleja el orden jerárquico de las clases sociales. En su diseño, arquitectura y distribución de la población, se deja ver el sistema de poder de la nación mexicana. En esta parte del capítulo se analiza la crónica “La basura” de Alma Guillermoprieto en la que “la basura” y la estructura del basurero Bordo de Xochiaca vienen a representar, por un lado, al sistema político mexicano que dirige al país y por otro a la estructura de poder y dominación que conforma a la nación.

En 1945, al este de la ciudad y orillas del aeropuerto internacional Benito Juárez, en las tierras que dejó libres la desecación del lago de Texcoco, se construyó el Bordo de Xochiaca, uno de los basureros municipales más grandes del país y de Latinoamérica. Miles de personas llegaron a habitarlo y a formar las primeras colonias. No es hasta casi

20 años después, el 23 de abril de 1963 que el Congreso reconoce a esta población como municipio y le da el nombre de Netzahualcóyotl (Ferrás 13). Poco a poco se fueron agrupando habitantes que fueron, de alguna manera, expulsados del centro viejo de la ciudad o del campo rural donde la “Reforma agraria” no les favoreció o nunca les llegó. De este modo, en el censo de 1960 se cuentan 60,000 habitantes, en el de 1970 hay 580,000 y en 1974 entre 1.1 y 1.2 millones (Ferrás 13). Podemos concluir entonces que en el caso de Netzahualcóyotl, no “se trata sólo de una transferencia de campesinos, sino de capas miserables de la población arrojadas hacia los suburbios lejanos” (Ferrás 31). En estas lejanías, no había electricidad ni agua ni mucho menos conexión con la urbe y la basura se concentraba por todas partes.

En la antigüedad, Xochiaca era parte del lago de Texcoco y uno de los cuatro barrios antiguos del señorío de Chimalhuacán. Era además, rico en diversidad animal y vegetal, refugio de la vida silvestre por lo que su nombre en náhuatl significa “lugar de las flores en el lago”. Resulta difícil de creer que este lugar se haya convertido en un basurero de tamañas dimensiones. Cada día se generan 12 mil toneladas de basura en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) y un 85% son depositadas en el Bordo de Xochiaca. En el Bordo se tiran 9000 toneladas de basura, 2000 se quedan en las plantas de separación y el resto le da trabajo y sustento a cientos de pepenadores.

La modernidad de la que se asombra Novo iba a tener otro lado que se queda inexplorado por él, pero que años más tarde Alma Guillermoprieto registra en esta crónica. Aquí, la cronista narra cómo en 1945, un año antes de la primera publicación de Nueva Grandeza Mexicana, se funda el basurero Bordo de Xochiaca como resultado del

consumismo y desperdicios de la modernidad. Aunque este espacio es marginal, construido fuera del centro y de la modernidad; constantemente nos lleva al afuera, al espacio total de la ciudad, de la nación. Guillermoprieto, al escribir una crónica sobre “la basura”, logra criticar el sistema político que ha construido la nación por todo el siglo XX donde, específicamente aquí, los habitantes de la basura se resisten a aceptar el espacio que se les asignó en la nación.

De acuerdo a las ideas de Foucault, el espacio es necesario para la ejecución del poder y en la creación del Bordo de Xochiaca, se puede observar que este es el último escalón en el que se vislumbra el poder del PRI. El Bordo es entonces, un espacio que en su ordenamiento, nos dirige hacia el entendimiento de las reproducciones del poder en cuanto a la nación del PRI. Es decir, la basura se vuelve un problema que a medida que crece, se centraliza, deja de ser marginal para colocarse en el centro donde está también el poder y llegar a todas partes. La crónica, al representar la ciudad como un basurero, compara la omnipresencia del poder político del PRI con la basura. Al principio de la crónica, Guillermoprieto narra varios de los relatos que los habitantes de la ciudad divulgan en México sobre la basura: sobre unos basureros que se incendiaron espontáneamente, de un cacique que controlaba a miles de pepenadores, les pedía favores sexuales a las hijas de estos y se los llevaba a todos de vacaciones a Acapulco y sobre una “rata mutante gigante” (323). Todas estas historias podrían parecer fantásticas y ficticias; sin embargo, lo importante aquí es que se vuelven creíbles dentro del imaginario de la ciudad que convive con la basura a diario. Por otro lado, en un aspecto más físico, la basura llega a todas partes como el poder del PRI. En la crónica, la ciudad es como un

gran basurero, donde el aire contaminado la abarca toda: “por lo menos catorce toneladas de desperdicios, incluyendo plomo, monóxido de carbono y los residuos de lo que ahora se conoce eufemísticamente como “fecalización al aire libre”, flotan en lo que la ciudad respira cada día” (324).

La metáfora de la basura se ejemplifica más cuando la cronista compara la acción de pepenar con la manera en que el PRI funciona. Primero, relata el momento en que un hombre “trabaja” la basura en Xochiaca: “... [...] este par de pantalones está bueno, porque se le pueden quitar los botones y el cierre y venderlos. Si fueran de fibra natural, como algodón, se podría vender la tela para trapo” (328). Con esta descripción, se puede ver que lo que puede ser basura para unos, resulta usable para otros. Esto es lo que el PRI ha logrado hacer con los sectores pobres de la población como con la colonia de este basurero. La cronista afirma que, “A lo largo de estos años [los que llevaba el PRI en el poder en este tiempo] el PRI ha demostrado un talento digno de un pepenador para no desperdiciar nada ni a nadie...” (330). Los habitantes de Xochiaca son usables y lo pepenador del PRI es más que nada su habilidad de aprovecharse de sectores como este para obtener apoyo electoral o “...siempre que hacía falta una manifestación de apoyo al regente de la capital, al presidente o a un jefe de estado del extranjero... [...] el ‘líder’ se encargaba de que esta gente estuviera allí agitando banderitas de papel verde, blanco y rojo” (332).

Aun más impresionante en la relación de la basura con el PRI está la sociedad piramidal que este sistema político ha creado en México y que la estructura del sistema de la basura ejemplifica en la crónica. A través del estudio del sociólogo Hector Castillo,

que ha investigado la comunidad del basurero, la cronista explica esta relación por medio de las concesiones de arriba hacia abajo en la basura.

La concesión de recolección de basura se le otorga al departamento de limpieza del Distrito Federal. A partir de ahí, hay que decidir las concesiones secundarias: a qué camiones les va a tocar recoger la mejor basura –la de las colonias residenciales, que trae colchones y botellas de vino y ropa usada –y luego hay que ver quién va a manejar esos camiones, porque obviamente en los camiones se pepeña lo más valioso mucho antes de que llegue al tiradero. A cada paso del proceso donde exista la posibilidad de hacer dinero se da una concesión, y al final de todo están los caciques de la basura, que tienen bien amarrado el sistema y declaran que la basura está en su lugar, que la ciudad está limpia y que sus políticos están más limpios todavía. (333)

Hace falta notar que tanto en la estructura del sistema de la basura como en la del PRI, quienes aparecen hasta el final en el orden jerárquico son los pepenadores. Xochiaca es entonces, el espacio donde convergen los dos sistemas, pero además, “el primer y el tercer mundo de México” (326). Es decir, la nación que Novo se afanaba en presentar en sus crónicas y la otra que nace paralelamente con esta (la del desecho de la primera) tienen como punto más bajo a los pepenadores.

Si el poder se manifiesta en este caso en un orden jerárquico de arriba hacia abajo, ¿podemos pensar en una resistencia contra este poder desde el espacio del basurero y desde los pepenadores? Para Foucault, es claro que si existe el poder, también existe la resistencia desde cualquier punto. En la crónica aparecen los líderes de los basureros como organizadores de grupos opositores contra el desempleo de los pepenadores. Es decir, la modernización de la recolección de basura eliminaría a los pepenadores, pero estos líderes, manejando el sistema político que bien conocen, han perpetuado la implementación de las nuevas técnicas de control de la basura y han conseguido “...beneficios con lo que ni siquiera sueñan” (339). Por ejemplo, Guillermprieto cuenta

que se creó “una colonia residencial, para unos quinientos pepenadores y sus familias, frente al basurero. Cuenta con kínder, escuela, mercado y casas con electricidad y agua corriente,...” (339). Todo esto gracias a los líderes y a su “manejo magistral de la vieja política del PRI” (339).

En esta descripción de la nueva colonia residencial es donde el tono en que narra la cronista, que hasta aquí era uno serio y crítico, cambia a uno más irónico para dar cuenta de que la construcción de esta colonia no va más allá de ser un método de dominación y control por parte del gobierno del PRI. Cuando la cronista habla con uno de los funcionarios del Distrito Federal sobre el problema de la basura, en referencia a los líderes, este le dice: “hay que encontrar la forma de reemplazarlos, o habrá que vérselas con gentes que se matan por preservar su pequeña concesión de basura”(338). Y luego Guillermprieto comenta: “Tal vez, en un futuro no muy distante, si mejora la economía mexicana, si dejan de brotar comunidades desesperadas de pepenadores en las afueras de las ciudades del país, si el PRI deja el poder....” (338). Con esto, en tono irónico, la cronista se burla de la manera tan superficial con que pretenden resolver el problema de la basura y más aun de los pepenadores. Después, entrevista a María de la Luz, madre de familia de una de las quinientas familias seleccionadas y al describir las nuevas condiciones en que viven dice: “...la vi señalar con orgullo su cocina, su cuarto de baño y su comedor, con su juego de muebles y su piso de concreto duro y seco. Sus dos niños veían la televisión apaciblemente...su marido ganaba lo suficiente...” (340). Es prácticamente el retrato de un estándar de vida perfecto del que se burla la cronista cuando dice: “esta flamante colonia representa lo mejor del sistema mexicano, y lo mas

típicamente ineficiente del viejo sistema patrimonial” (340). Además, cuenta que el esposo de esta mujer es uno de los que han subido de posición, ahora ya no es pepenador, ahora maneja un camión de basura; en otras palabras, sigue estando en la basura.

Así, aunque se puede ver una cierta resistencia, el PRI mantiene la marginalidad del espacio pues aun siendo una nueva colonia residencial, siguen en el área del basurero. Espacio que sigue existiendo como el punto más bajo en la estructura del PRI y de la ciudad. Sin embargo, en este espacio donde cae el peso de este poder político, la resistencia de este grupo marginal se vuelve un concepto que tiene que ver más con la subsistencia; es decir, que la resistencia es la que hace que los pepenadores subsistan en un orden social que intrínsecamente está queriendo borrarlos de la imagen de la nación, pero que los mantiene muy abajo en este orden.

San Juan Ixhuatepec: “rezongo alegórico”

En *Entrada Libre: crónicas de la sociedad que se organiza*, Carlos Monsiváis examina diferentes episodios de la historia mexicana de los años 80, de los que se desprende la organización de la sociedad civil ante momentos de gran tensión y tragedia para el país. Y es en el espacio de la Ciudad de México donde se lleva a cabo la confrontación entre la nación de la modernidad y la nación de los dejados de o de los usados por ésta. En la crónica “San Juanico: los hechos, las interpretaciones, las mitologías”, Monsiváis registra la explosión de la planta petrolera en esta colonia en relación al espacio, sus personajes los damnificados o los culpables y la respuesta de la ciudadanía movida o no por la televisión y cómo gracias a ésta, una colonia marginal cobra centralidad. Siguiendo las ideas del espacio como una construcción de las clases hegemónicas para ejercer su poder

y de la posibilidad de resistencia a este poder, de Lefebvre y Foucault respectivamente, en esta crónica se estudia el espacio de la nación a través de 3 términos que utiliza el cronista para representar el evento y sus reactantes: modernidad, corrupción y solidaridad. Así, en esta crónica, la nación queda entrecruzada por PEMEX, el gobierno, Televisa y los esfuerzos de la sociedad civil por no desaparecer, por no volver al margen.

El municipio de Tlalnepantla se ubica en el Estado de México y forma parte de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México. Este municipio está constituido por dos zonas no contiguas (la poniente y la oriente) interrumpidas por el Distrito Federal. En la zona oriente, donde solo aparece el pueblo de Ixhuatepec (que en náhuatl quiere decir “en el centro de las hojas de elote”), emerge el barrio de San Juanico que fue el sitio de uno de los desastres más grandes de México.

Desde 1948 empieza el desarrollo de la industria en este municipio creando una de las áreas de mayor desarrollo económico del país. Actualmente existen 2700 industrias en Tlalnepantla que junto con Naucalpan y Monterrey son los municipios más industrializados. Una de estas industrias es PEMEX (Petróleos Mexicanos) que en 1961 instaló en San Juanico una planta almacenadora y distribuidora de Gas Licuado de Petróleo (GLP). Esta planta atrajo a miles de personas en busca de empleo que se asentaron legal o “ilegalmente” en esta área. Así fue que “a la vez que se construía y desarrollaban las instalaciones, iba creciendo el número de viviendas en las proximidades”. Sin embargo, cabe aclarar que el barrio de San Juanico ya estaba poblado antes de que se instalara PEMEX. Tal aclaración es importante para empezar a enmarcar las causas del desastre. PEMEX no siguió el Instructivo para la Proyección y Ejecución

de Obras e Instalaciones Relativas a Plantas de Almacenamiento de GLP pues de acuerdo al *Diario Oficial*, estas plantas deben de ubicarse “fuera de las zonas residenciales y de lugares densamente poblados o contruidos” (Monsiváis 131). Además, la planta de gas no contaba con ningún tipo de sistema de detección de gases y los cilindros y esferas no estaban protegidos térmicamente contra el fuego. Esto último hacía posible las explosiones en cualquier momento mientras que los habitantes de San Juanico vivían en constante peligro.

El 19 de noviembre de 1984 a las 5:45 de la mañana, una serie masiva de explosiones de tanques de GLP dejó a la población de San Juanico en llamas. Técnicamente, el origen fue en la rotura de la tubería que transportaba el gas entre refinerías. Esto provocó una fuga de gas por casi 10 minutos que al ponerse en contacto con algún punto de ignición se incendió una esfera de gas a la que siguieron múltiples explosiones en cadena que se terminaron hasta las 10:00 de la mañana. La zona gasera quedó totalmente destruida, numerosas viviendas fueron arrasadas por el fuego, familias enteras quedaron calcinadas mientras dormían y más de la mitad de la población tuvo que ser evacuada.

El petróleo, desde su expropiación hasta hace unos años, había sido la fuente de ingresos más importante para México. A finales de los años 70s, el descubrimiento de nuevos pozos petroleros en el Golfo de México abrió la esperanza para la tan añorada modernidad. De este modo, el petróleo significaba el progreso para el país y la entrada sin duda a la modernidad. Este deseo conllevó a construir espacios como San Juanico donde existía una especie de pacto entre ambas partes en el que PEMEX era una fuente

de trabajo e ingresos y la población de San Juanico pasaba por alto el peligro de vivir cerca de la planta gasera y de las malas condiciones en las que ésta operaba. Así, en palabras de Lefebvre, la producción social del espacio, en este caso San Juanico, es utilizada como una herramienta para reproducir el dominio de la clase hegemónica. Pero, ¿Qué tanto está dispuesta a poner en riesgo esta clase hegemónica por el progreso y la modernidad? En la crónica, Monsiváis dice que desde hacía mucho tiempo, científicos, intelectuales y periodistas habían denunciado la contaminación, la desaparición de especies y selvas, pero que el gobierno “rinde culto al progreso” y de manera irónica simula al Estado y dice: “quien quiera vivir en una nación moderna, que no llore por una contaminación ambiental...comemos del petróleo, no de los rezos ecológicos” (137). Si la ecología no importa para el Estado, lo de San Juanico es, dice Monsiváis, “‘anécdota dolorosa’, algo que no debió ocurrir, pero que no se transforma en objeción significativa de su planes de desarrollo” (139). Así, podemos pensar que tanto la ecología como los mismos ciudadanos mexicanos son parte del sacrificio para la modernidad. Pero, ¿Cuáles mexicanos son sacrificables?, ¿Los que habitan una colonia paracaidista o los que habitan “Las Lomas”?

En la crónica, Monsiváis representa este sacrificio a través de un chiste que se vuelve común después de dos semanas de la explosión, dice que, “La señora de sociedad va con su peluquero y éste le pregunta ‘¿Qué te pareció lo de San Juanico?’ ¡Qué barbaridad! [dice ella] Si llega a pasar en Las Lomas es una tragedia’” (144). Aunque chiste, no deja de tener verdad en cuanto a la importancia de una colonia sobre la otra y en que San Juanico es sacrificable mientras que Las Lomas no. Esto se muestra en la sola

idea de pensar en que nunca se construiría una planta de gas en una colonia como esta última. La “anécdota dolorosa”, sólo por haber sucedido en una colonia como San Juanico, es un inconveniente para la política del Estado a quien la modernidad se le traduce, según Monsiváis, en “Producir mucho...producir a como dé lugar, como salga, engañando al fisco, empleando materiales deleznales y al costo humano que sea preciso” (140). Esto último lo representa el cronista incluyendo en la crónica el testimonio de un socorrista, “Había huellas de sangre por todas partes, como si hubieran salpicado el asfalto, las paredes, las fachadas de las casas. El lodo estaba revuelto con sangre y había cuerpos tirados por todas partes” (126). También cuando el cronista describe el trabajo de los socorristas “...traen heridos, muertos o solamente, en bolsas de poliuretano, restos mutilados (cuerpos sin cabeza, brazos, piernas, cenizas)” (125).

Para Monsiváis, la “anécdota dolorosa” nunca fue un accidente pues en la crónica, se esfuerza por exponer las maneras corruptas y negligentes en que se regía la planta de gas. Primero enumera las razones por las que la planta de gas de San Juanico era, usando sus propias palabras, una mera bomba de tiempo.

- 1) Concentración de muchas empresas gaseras en la misma zona.
- 2) No se tomaban en cuenta las muchas denuncias sobre lo inseguro de tener a San Juanico tan cerca.
- 3) Indiferencia a las denuncias de técnicos sobre la falta de mantenimiento a las tuberías.
- 4) No había medidor y de ahí se llenaban tanques de compañías gaseras no registradas en PEMEX, las cuales habían sido entregadas por el gobierno a políticos, artistas, funcionarios y ex funcionarios de PEMEX.
- 5) No se corrigieron los signos de anomalías de días antes como el olor a gas más de lo normal.
- 6) El sindicato había denunciado hacia dos años las malas condiciones de las instalaciones de PEMEX para garantizar las medidas de seguridad.

Además, mediante un diálogo simulado, el cronista describe cómo fue que se dejó poblar tan cerca de la planta de gas.

Aquí hay un poblacho. ¿Instalemos la planta? Seguro, nunca se quejan y por si lo hicieran, les enumeramos los beneficios: empleo para sus hijos, clientela para los pequeños comercios, mayores facilidades de transporte. Aquí vienen más precaristas y prófugos del campo. ¿Los corremos? ¿Para qué?... [...] Si les advertimos del riesgo, crece la alarma. Si crece la alarma, habrá que revisar equipos y modificar sistemas. Si a resultas de la revisión, se decide adquirir equipo nuevo, no nos tocarían a nosotros los porcentajes.

(136-137)

Al incluir un diálogo ficticio, Monsiváis logra expresar la mentalidad de estos sujetos se mediaba entre obtener beneficios, corrupción y el riesgo de habitar en las proximidades de la planta de gas. Por otro lado, los seis puntos muestran el grado de negligencia y corrupción con que se pretendía llegar a una nación moderna. Pues con tal de no gastar en mantenimiento, las plantas seguían funcionando arriesgando a los trabajadores y a la gente de San Juanico. Por otro lado, podríamos cuestionar por qué, a pesar de la planta gasera, seguía instalándose gente en San Juanico o por qué, los que ya estaban ahí, no se iban al ver los peligros. Dice Monsiváis que aferrarse a su hogar no era una “inconsciencia machista” sino que “veían en la contigüidad del peligro otra de las condiciones de la pobreza...” (132); es decir, igual que los pepenadores, la resistencia al poder que caía sobre ellos estaba ligada a su aferramiento a su vivienda, a subsistir en un sistema de opresión.

Querer ocultar lo de San Juanico también fue parte de esta negligencia y corrupción pues como bien dice Monsiváis, con el caso de San Juanico se trató de llevar una “táctica de ocultamiento”, es decir, convertir el hecho de tragedia industrial de la nación a drama de pueblo (141). En esto tuvieron que ver los medios de comunicación, especialmente la televisión.

El siguiente término que nos ayuda a entender la nación en esta crónica es “solidaridad”. Aunque este término fue usado con gran intensidad durante el periodo presidencial de Carlos Salinas de Gortari como un tipo de política populista, “solidaridad” fue usado antes con la tragedia de San Juanico. Monsiváis habla de la fórmula creada por Televisa y el gobierno: “Solidaridad + San Juanico”. Ambas partes resultaban beneficiadas de tal fórmula ya que Televisa en la “noticia” creaba espectáculo y ganaba televidentes. Esto queda plasmado en la manera en que esta cadena de televisión daba la noticia, sobre esto Monsiváis dice que, “nada alcanza la contundencia de las imágenes: los depósitos ardiendo, el llanto, la búsqueda de los familiares, las camillas que transportan restos, los heridos, la felicidad dolida de los sobrevivientes, las frases convulsas [...], los ancianos que arrastran niños y salvan algunas de sus escasas propiedades” (127). Mientras tanto el gobierno evitaba responsabilizarse de los daños, se alejaba de las causas corruptas y negligencias de las explosiones y se concentraba en la supuesta “unión esencial” del pueblo. Para esto, Monsiváis cita a algunos funcionarios de gobierno cuando dicen que: “el accidente probó la magnífica solidaridad del pueblo. Somos un país unido en lo esencial” (129). Contra esta afirmación, el cronista responde críticamente pues asegura que realmente lo que el desastre de San Juanico demostró fue la falta de solidaridad de la nación y la desunión esencial (129). Es decir, no mira cómo las clases altas han ayudado en este evento ni cómo el gobierno y Televisa lo hacen pues la fórmula “solidaridad + San Juanico” sólo había creado publicidad a ambas partes y aseguraba la imagen positiva de México que se preparaba para el Mundial de fútbol. En *El tigre*, Claudia Fernández y Andrew Paxman, sobre esta unión dicen:

...tras comentarios del reclamo –Televisa recapituló y reencauzó la cobertura a favor del sistema. Retomó el mensaje gubernamental de “la gran reconstrucción nacional”, comenzó a minimizar el desastre, reconoció la labor de los funcionarios y enfocó su información a proteger sus intereses, dedicándose a asegurar que la Copa del Mundo, a celebrarse en México en unos meses, podría llevarse a cabo sin problemas.

(263)

Además, esta alianza se puede observar en el mensaje que dio el presidente Miguel de la Madrid: “los medios –la prensa, la televisión, la radio –han mantenido informada a la opinión pública de la magnitud de este desastre. Por ello, desde las primeras horas de hoy en la mañana he estado permanentemente informado de la evolución de esta tragedia (Gobierno del Estado de Toluca, 7). Con este comentario, el presidente da validez y credibilidad a los noticieros de Televisa y a los periódicos mientras que estos medios se encargaban de limpiar la imagen tanto de la presidencia como la de PEMEX. Por lo que, según Monsiváis, este proceder, “oculta de modo creciente, un impulso extraordinario” (129).

El impulso del que habla Monsiváis es, lejos de las imágenes de televisión y fuera de los discursos gubernamentalistas, la “solidaridad” a la que el cronista entiende como “la preocupación de seres como uno, la necesidad de corresponsabilizarse con las víctimas a través de actos de amor anónimos” (128). Que defiende contra los que opinan que la solidaridad ha sido manipulada por Televisa diciendo que esto es falso ya que cree que “fue, si se quiere, la solidaridad del pueblo consigo mismo, un esfuerzo democratizador desde abajo” (128). Pone por ejemplo la reacción de la gente:

Surge de inmediato la ayuda del pueblo,...y la gente compra en los almacenes, para regarlos de inmediato, pañales, biberones, cobijas, leche en polvo. En casa y restaurantes se hierven miles de litros de agua para los pequeños. Se juntan cerros de ropa, zapatos y medicamentos...Es enorme la contribución en efectivo. En

casas y departamentos se atiende a los damnificados...gente muy pobre regala a sus anafres para hacer café y sopa.

(127)

Esta solidaridad “desde abajo” no cumple con los propósitos de Televisa y el gobierno que “reiteran la vieja idea del ‘pueblo de borregos’ (128) con su fórmula populista. Por el contrario, en esta parte de la crónica, a lo que el cronista llama “solidaridad”, es una manera de resistencia contra el poder. Para Monsiváis, esta resistencia se traduce en la lucha contra la fórmula. Primero, el cronista cita al gobernador del Estado de México en su enojado reclamo a la prensa, “le exigió rigor y freno al amarillismo para que ya no difundieran irresponsablemente la cifra ¡de 60 muertos! ¿Qué se pretendía? ¿Allegarle a Pemex despensas y ropa? ¿Medir cuantitativamente el desastre? ¿Suavizar el pánico rebajando las cifras?” (133). En minimizar los daños y los damnificados se limitaba la repartición de la ayuda y la entrada de la corrupción en cuanto a robos. Mientras “dejaban de ser noticia” y se convertían en “paisaje pintoresco” (143), las paredes de casas y comercios de San Juanico reclaman en grafiti “Fuera Pemex/ San Juanico igual que Hiroshima, en el desastre/ Pemex asesino/ Respeto a los caídos, desprecio a los culpables/ Dónde está la ayuda” (142), que denuncian el robo del dinero donado, las indemnizaciones ridículas y las amenazas a los que intentan seguir reclamando. También, a los pocos días de la explosión, se organizan las asambleas populares que entre sus demandas quieren que se rectifique el número de muertos y atención médica, psicológica y cirugía plástica para los dañados (143). Sin embargo, la respuesta del gobierno no fue amable, un organizador de mítines fue asesinado, el párroco del barrio fue trasladado por su conducta rebelde y ante la principal arma del gobierno, la burocracia, los habitantes de San Juanico ven convertirse sus

exigencias y denuncias en lo que Monsiváis llama “rezongo alegórico”. Mientras este espacio marginal era parte de la programación de televisión, cobraba cierta centralidad; sin embargo, cuando los reclamos y los grupos de resistencia se hacían evidentes, el evento se queda localizado, la manera de comunicación es grafiti y San Juanico vuelve al margen.

Colonia Rubén Jaramillo

Una de las regiones del país más pobre y con menos incentivos de trabajo para los campesinos es la que comprende al estado de Morelos y Guerrero. En Morelos, se podría presumir de tener un clima perfecto y la tierra más propicia para la agricultura. Sin embargo, la lucha por su posesión nos podría remontar hasta principios del siglo XX, cuando durante la lucha armada, Emiliano Zapata peleaba por la tierra para los campesinos. Su lema “Tierra y Libertad” encarnaba precisamente esta lucha por la tierra; pero resulta inquietante pensar que después de terminada la guerra, después de crear un gobierno con bases revolucionarias y después de las expropiaciones de tierra por el gobierno, para la década de los 70, todavía existe el problema de la tierra, pero en un marco de urbanización, capitalismo y sobre todo de corrupción. Las tierras expropiadas nunca fueron repartidas adecuadamente y los dueños siempre resultaron ser “hijos de” y ricos que miraban a este espacio como “La eterna primavera” para fraccionar y vender como residencias vacacionales mientras que los campesinos no aspiraban al acceso de estos espacios.

En *Fuerte es el silencio*, Elena Poniatowska hace el recorrido del cronista por la Ciudad de México para representar, en varias crónicas, la manera en que los marginados

del gobierno de la revolución, transitan, viven y experimentan el espacio de la nación. Es decir, en estas crónicas, los marginados parecen cuestionar, mediante su sola presencia en el paisaje urbano, la revolución mexicana, su gobierno y su nación. Entre estas crónicas aparece “La colonia Rubén Jaramillo” donde Poniatowska cuenta la toma y defensa de un terreno lideradas por el güero Medrano. Todo esto dentro de un contexto de migración, pobreza y falta de acceso a los bienes de la nación. Ésta, es representada por la cronista a través de la lucha por crear un espacio para los marginados y desde el cual, atrincherarse en una propuesta para una nueva revolución en México. La toma y defensa de este espacio se puede ver como un acto de resistencia hacia el poder ejercido en todo el país. Para esto, Poniatowska se enfoca en tres aspectos: la construcción y fundación de la colonia, el Güero Medrano y el papel de los medios de comunicación, particularmente la prensa.

Debido a los muchos asentamientos precarios que cubrían la superficie de la ZMCM, la posesión del espacio fue un tema recurrente en varias administraciones presidenciales. Para la época que nos importa, Luis Echeverría dijo: “mi gobierno luchará a fin de proporcionar habitación decente para cada mexicano, de la misma manera que aceptamos que la tierra pertenece a quien la trabaja, debemos aceptar que el espacio debe ser propiedad de aquel que lo ocupa, por lo que considero indispensable iniciar una campaña contra aquellos asentamientos donde la gente vive en condiciones inhumanas” (Montano 97). Partimos de esta cita, o de estas palabras de un gobierno populista para demostrar, primero que la tierra nunca se repartió como se presumía, si hubiese sido así, no habría cientos de campesinos migrando a las ciudades. Y segundo, la

“campana contra aquellos asentamiento” no es precisamente ayudar a mejorar la calidad de vida de estas colonias, pero si como sucedió en la colonia Rubén Jaramillo, de intentar destruir, bajo medios inhumanos, muchos de estos asentamientos.

Desde las primeras líneas de la crónica, Poniatowska representa el espacio de la Jaramillo como un enclave rebelde. Dice: “La invasión se hizo a las siete de la noche. Para la madrugada del 31 de marzo de 1973, habían tomado la tierra” (81). En esta cita, las palabras “invasión” y “tomar” aluden a entrar u ocupar por la fuerza. Es decir, aluden a un acto agresivo donde se posesiona de algo, en este caso de un espacio. Estas frases iniciales muestran la preocupación por parte de la cronista de dejar claro el carácter rebelde de esta acción y del espacio que cronicará. La colonia empieza con 30 familias, que Poniatowska describe como “aterrorizadas por su propia acción” (183), a los tres días se convierten en 300 familias y los únicos requisitos fueron fincar en 72 horas, pagar una cuota de 25 pesos y participar en las tareas comunes. Lo primero que se hizo después de la repartición fue formar una asamblea, el “Comité de Lucha” donde se expusieran los problemas de la colonia y desde donde se organizaran todas las actividades de la colonia. La cronista enfatiza el nombre del comité y dedica varias páginas a describir lo que este comité hacía. Sin embargo, solo el nombre sirve para entender el afán de señalar el carácter de lucha que se iba creando en torno a la colonia, su defensa y preservación. Una de las primeras cosas que hizo el Comité de Lucha fue cambiar el nombre de la colonia. Se llamaba Villa de las Flores, pero por ser un nombre que recordaba las intenciones que se tenían para este espacio –residencias de ricos para los fines de semana- el güero Medrano dice: “yo les propongo, compañeros que se le cambie de nombre a Villa de las

Flores y se le ponga: Colonia Proletaria Rubén Jaramillo” (191). En la crónica, Poniatowska se preocupa por explicar ampliamente quien era Rubén Jaramillo, como en un acto didáctico que pretende informar a la población. Además, se vale de la fotografía para identificar mejor y ubicar a este personaje histórico. La crónica incluye una foto en la que aparece Rubén Jaramillo al lado de Emiliano Zapata (conocido por todos los mexicanos) y al lado de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez (líderes guerrilleros) como en un intento por comparar la lucha rebelde de los cuatro y de situarlo al lado de quienes han peleado por los pobres.

Este espacio se crea como una zona que se dirigía de forma opuesta al resto del país. Es decir, lo llamaban “zona libre”, que los estudiantes llamaban “el primer experimento socialista de México” (198) por sus “Domingos rojos” dedicados a la fatiga colectiva que consistía en construir el drenaje, la iglesia, el cementerio, el campo deportivo, el jardín de niños, el local para el molino de nixtamal y los campos para sembrar frijoles de soya y arroz. Además de esto, el güero Medrano les proveía a los colonos un espacio de expresión ya que en las asambleas, podían hacer peticiones, reclamar o comentar algún asunto. También, las mujeres tenían sus grupos de apoyo en el que compartían sus historias de ser mujer, reclamaban abusos de los hombres y como sus maridos se gastaban el sueldo en las cantinas. La colonia tenía su propio modo de hacer justicia y los castigos iban desde el encerramiento hasta la expulsión de la colonia.

En este modo de establecerse, dice la cronista, la colonia planteaba la revolución y toda su base de lucha la representa a través del líder el güero Medrano. Entre las características que Poniatowska describe de él esta su dedicación por los pobres

enfocada en su ideal de revolución. Es decir, con respecto a la colonia, el güero Medrano no quería construir un espacio donde quedarse a vivir, “las tierras eran para los demás, para él seguiría la lucha” (197). El Güero Medrano pretendía “hacer de la Jaramillo la primera comuna popular de la República Mexicana” (199) pues ésta representaba el inicio de la lucha. Poniatowska expone las intenciones del Güero Medrano así:

El objetivo final del Güero, al invadir la tierra no era sentarse en ella. Más que una posesión, el Güero veía en la Jaramillo un detonador para iniciar la lucha armada. Pensaba sentar su primera base de apoyo en la Jaramillo, convertirla en territorio libre dentro del estado de Morelos y buscar después otra base, un pueblo aquí, otro allá, desde el cual partir para levantarse en armas siguiendo el esquema chino.

(197)

El güero Medrano, en la crónica, funciona como un dispositivo capaz de unir y dirigir a la gente. En él, Poniatowska pone toda la fuerza de la colonia al incluir cómo organiza la defensa contra el gobernador. Una vez que aparece el dueño de estos terrenos (el hijo del gobernador de Morelos), se deja entrar a más gente a la colonia. El Güero Medrano cree que cuanta más gente haya, mejor se pueden defender. Dice al respecto: “Entre más seamos mejor podremos defendernos de cualquier intento del exterior para sacarnos de aquí... [...] si no estamos unidos, nos van a chingar” (191). Debido a esto, forma la comisión de vigilancia que consistía de campesinos con machetes y rifles dispuestos a defender su tierra (193) y miraba a los recién llegados como “soldados para el ejercito de los pobres” (194).

Así, podemos ver que si para el Güero Medrano la colonia representaba su manera de hacer la revolución, para los colonos, que por primera vez tenían tierra y era lo único

que poseían, representaba la lucha por mantenerla. Este espacio se convierte en una trinchera que dirige el güero Medrano y que defienden los colonos.

Un aspecto muy importante que resalta Poniatowska en su crónica es la utilización de la prensa escrita. En la crónica, la prensa surgida de la colonia funciona como arma de resistencia contra el poder del gobierno. En voz de unos de los personajes, Poniatowska dice que “la tinta es perversa” sobre la prensa que escribe contra la colonia y sus líderes. Sin embargo, mientras que la prensa oficial se encargaba de desprestigiar cada movimiento guerrillero en todo el país, incluyendo a la colonia Rubén Jaramillo y a sus líderes, en este tiempo surgió una prensa que aunque débil y localizada, cumplía el papel de educar e informar.

Si la prensa de la colonia era un arma de resistencia, la oficial, en la crónica, aparece como un arma de ataque en la lucha por este espacio. Según Jorge Montano, desde un principio la prensa calificó a la colonia como “una turba manejada por agentes subversivos cuyo único objetivo es la perturbación del orden público” (189). Además, Montano también dice que un diario publicó que: “los niños reciben educación comunista. La religión es considerada opio del pueblo y se oponen al establecimiento de una iglesia. Las calles han recibido nombres de bandidos como Genaro Vázquez y Lucio Cabañas cuando tenemos un buen número de héroes que recordar...[...] por lo que se ha pedido la intervención de las autoridades” (Montano 190).

Además, cuando fueron capturados varios de los compañeros del Güero Medrano, periódicos como El Insurgente, La Voz y el Correo del Sur, los relacionaron con la guerrilla de Lucio Cabañas, Poniatowska cuenta que:

Además de la tortura física, Aquileo, Camilo, Genaro y sus dos compañeros fueron obligados a comparecer en una entrevista de prensa y los periodistas dieron después la gran noticia: la captura de los miembros más destacados de la brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres; cinco lugartenientes, cinco, de Lucio Cabañas, hombres de alta peligrosidad, buscados en toda la Republica... (230)

También esta prensa se encargó de desprestigiar y criminalizar al güero Medrano.

Poniatowska expone extractos precisos donde se puede ver esta lucha por parte del gobierno por destruir la lucha y a sus líderes dañando su imagen. Primero, sobre el güero Medrano, la cronista incluye la entrevista a Adolfo Ferrer Lutzow cuando dice:

El Güero Medrano es un cabrón maleante al que no vamos a convertir en héroe, el hijo de la chingada.

Florencio Medrano no es un guerrillero, no tiene ribetes de tal y el medio oaxaqueño no está para organizar guerrillas. Pudo asaltar, secuestrar y asesinar, pero no hacer la guerrilla, porque es un bandolero sin ideales.

(275)

Este tipo de información que se difundía por todo el país trataba de proteger la imagen de México moderno y de su gobierno. La idea de que todavía existían grupos guerrilleros eliminaba porque parte de la modernidad del país era su paz social.

Por otro lado, la defensa y resistencia de la colonia y sus líderes se da desde “*El Chingadazo*” un periódico local que Poniatowska describe como dedicado a luchas similares y que en su mismo nombre, da cuenta de a quién está dirigido. *El Chingadazo*, un periódico local de la colonia, hecho, redactado y difundido por estudiantes, buscaba “mantener a los habitantes debidamente informados de las decisiones que tomaban sus líderes y también de las luchas que se dan en otras partes del país” (Montano, 190). En la crónica, este periódico aparece descrito como “del tamaño de un paquín, en doce hojas, con un dibujo en la portada y una historieta en la contra, caricaturas en su interior y

artículos ilustrados sobre el alza de los precios, la invasión de tierras, como acabar con las chinches, como hacer una hortaliza, etc.... (201).

El periódico se vendía en las calles: “‘compre su chingadazo, a treinta centavos el chingadazo,...’” (201-2). La cronista encuentra en el nombre del periódico una especie de recordatorio de la condición de “chingados” de quienes compran este periódico. Dice: “las groserías eran arte de su vida diaria y casi no destacaban dentro de la conversación pero *El Chingadazo* impreso y voceado los destanteaba, los devolvía a su situación de chingados” (202). Si bien los colonos se incomodaban cuando escuchaban vocear el nombre del periódico, para Poniatowska, esta incomodidad va más allá de ser este una grosería. La cronista utiliza a *El Chingadazo* de dos maneras: como periódico informativo nacido del apoyo de estudiantes; pero también, el nombre al recordarles su condición de “chingados”, les inculca el deseo de dejar de serlo; es decir, una especie de resistencia de ser desposeídos al margen de la modernidad. Esto se traslada a la resistencia y defensa de su espacio.

La nación moderna en su división social y ocupación del espacio crea espacios de inclusión o exclusión a la modernidad. La construcción del espacio, según Lefebvre está regida por una clase hegemónica que ejerce su poder hacia los dominados, que a su vez, de acuerdo a Foucault, tienden a resistirse a ese poder. En el espacio de la nación mexicana estas teorías entran en juego cuando pensamos la nación más allá de la imagen de modernidad, progreso, petróleo, justicia social etc. En las tres crónicas estudiadas aquí, se representan tres espacios marginales a través de su lucha por la incorporación a la nación, por subsistir o simplemente por defender su tierra. La colonia Rubén Jaramillo

afirma un espacio para los marginados de la nación hegemónica. Desde este espacio, se cuestiona y desestabiliza la imagen y representación oficial de la nación. En cuya lógica, la modernidad y el buen estado del gobierno, era capaz de proveer vivienda para todos. Es así, al poner a la vista los rotundos quiebres de la nación, que se enuncia y se intenta una revolución diferente y con ello, un concepto de nación más amplio que realmente incorpore a este sector. En “La basura”, se puede ver uno de estos quiebres al ser este espacio marginal el desperdicio de la modernidad y encontrar que la población del basurero forma parte de un sistema político y dominante que los necesita para seguir en el poder y los ignora a la vez. Por otra parte, en “San Juanico”, el petróleo –símbolo del sueño de la modernidad –se convierte en el agente sacrificador de todo un barrio. A la nación hegemónica no le importa poner en riesgo a los más pobres y cuando ocurrió la explosión, fue incapaz de responsabilizarse y acudió a los medios de comunicación para mantener la imagen oficial de la nación y seguir ignorando las demandas de los damnificados.

Capítulo 3

La mujer mexicana en la nación del PRI

Definir la nación mexicana durante el siglo XX resulta imposible sin tomar en cuenta la Revolución, que fue el evento que moldeó la vida social, política y económica del país. Claudia Schaefer en *Textured Lives*, establece que: “la Revolución debe ser considerada como el punto de enfoque para cualquier análisis de relaciones entre hombre y mujer y entre mujer y poder en México durante el siglo XX” (xiii). Durante este periodo, la doctrina patriarcal en el México posrevolucionario formuló una sociedad en la que ni el poder ni la inteligencia eran asuntos que debían competir a las mujeres. La posición de la mujer en la historia es marginal como lo aclara Jocelyn Olcott “[las mujeres] existieron en el margen de la óptica del prestigio político y social y... [...] no formaron parte de la historia” (5). La Revolución fue un asunto exclusivo de hombres y “las mujeres formaron el fondo decorativo de confrontaciones interminables...” (Olcott 19). Ni siquiera la figura de la soldadera aludía a una inclusión histórica de participación activa, pues fue mitificada por la sociedad y sólo llegó a “forma[r] parte de la cualidad pintoresca de la Revolución” (Olcott 5). Elena Poniatowska en *Las soldaderas* dice que “las soldaderas pululan en las fotografías. Multitud anónima, comparsas, al parecer telón de fondo, sólo hacen bulto, pero sin ellas los soldados no hubieran comido ni dormido ni peleado” (14). También, cree que mientras se disminuye su intervención hasta considerarlas “simples criadas de los soldados” (21), se ha tratado de ocultar que “sin las soldaderas no hay Revolución Mexicana...” (14). Su participación no fue tomada en cuenta mientras que el pensamiento revolucionario promovía un futuro masculino en el

que el espacio de la mujer seguía siendo el hogar con muy pocas aperturas para una participación profesional en la vida del país. María del Refugio García, militante comunista y secretaria general del FUPDM (Frente Único Pro Derechos de la Mujer), citada por Olcott dijo: “las mujeres ayudaron a hacer la Revolución, el polvo de las balas nos pasaba por el pelo muchas veces sin hacernos voltear, pero el gobierno de nuestro país, cuando la Revolución terminó y se había aprovechado de nuestros servicios, nos mandó a la casa, diciendo que el lugar de la mujer está en el hogar” (223).

Un aspecto que habla mucho acerca de la relación entre la mujer y el gobierno de la Revolución es el trabajo. Es a partir del trabajo realizado que se pueden delinear las diferencias de clase y de origen étnico que segregan y marginan más a ciertos grupos en el sector femenino. La participación de la mujer se ha limitado a las actividades “propias de su sexo” (Elu 11) como en el hogar, el servicio doméstico y a veces a la enseñanza elemental. La Revolución institucionalizada en partido político, gobierno y presidencia ha organizado la sociedad mexicana y le ha impuesto a las mujeres barreras de acceso a los espacios públicos, de poder y de toma de decisiones, muy a pesar de que en sus principios básicos “se comprometía a ayudar y estimular paulatinamente el acceso de la mujer mexicana en las actividades de la vida cívica” (Hidalgo 299). El discurso oficial del PRI, en sus 70 años de gobierno, promovió una nación patriarcal, privilegiando a los hombres y marginando a las mujeres de la nación oficial. En esta nación, “la presencia de las mujeres se ha visto permeada y restringida por la ideología patriarcal que predomina en las instituciones sociales del país” (Hidalgo 300).

Durante los primeros años después de la Revolución, en el campo literario se puso en marcha una literatura fundacional en la que la Revolución era la base para pensar las identidades esenciales de la nación y la mexicanidad. El problema de identidad recaía en una identidad exclusivamente masculina debatida y definida por autores hombres. Por su lado, las mujeres escritoras quedaron fuera de estos debates y la representación de la mujer en la literatura nunca reconoció su verdadera participación en la lucha armada y se encargó de asignarle un papel sumiso ante el hombre y ante la nación que cada vez se convertía más en masculina. Por otra parte, la crónica también era objeto de sexismo pues pocas mujeres cronistas, como Antonia (Cube) Bonifant o Elena Poniatowska, trascendieron en el siglo debido a que su producción periodística estaba ligada a la cultura de masas y alejada de temas de índole político o literario. Sin embargo, no fue hasta la segunda mitad del siglo, que las mujeres pudieron responder y combatir esa ideología machista ya que tuvieron más acceso a los espacios culturales y literarios y se fortaleció una escritura literaria feminista que al recontar la historia, incluía la participación de la mujer mexicana.

En esta nación masculina, las escritoras mexicanas han luchado para insertarse en la nación creando diferentes representaciones de la narrativa tradicional masculina de la nación. Desde la segunda mitad del siglo XX se produce un proyecto feminista literario que a través de la literatura intenta deslegitimar las representaciones femeninas logradas por el discurso masculino que a finales del siglo XX todavía pesan en el imaginario nacional. En este discurso feminista, se percibe la necesidad de acabar con el estereotipo de la mujer sumisa y pasiva que en la narrativa masculina se presentaba como un modelo

de comportamiento para la mujer. Al mismo tiempo, da cuenta de las experiencias de mujeres que el discurso oficial trataba de silenciar y al contar estas experiencias, se desmitifica el discurso como a la historia oficial. La crónica literaria, igual que la ficción de mujeres, experimentó un cambio temático a partir de 1968 que le permitió realizar aproximaciones a los sectores marginales de la nación y entre ellos la mujer. Tanto la literatura como la crónica literaria escrita por mujeres han creado un discurso feminista que se ha dado a la tarea de desarticular al gobierno de la Revolución no sólo mediante asuntos concernientes a la nación, sino también, mediante la representación de las diferentes problemáticas de la mujer en el país. Las crónicas que se estudian aquí son de mujeres cronistas que desde su posición marginal como escritoras y como mujeres mexicanas cuestionan al México posrevolucionario al acercarse a la lucha de la mujer por sobrevivir en una nación que las ha marginado de su progreso y prosperidad. Se estudiará la representación de la mujer mexicana a partir de su participación en el campo laboral que la nación del PRI les ha permitido. Los ejemplos estudiados en este capítulo hablan acerca del sector pobre de la población que ejerce trabajos como la venta en la vía pública, la prostitución y la costura. Esta participación laboral muestra a una nación que ha ofrecido muy pocas opciones de trabajo a la mujer, y las que le son permitidas, son en condiciones miserables. Las crónicas que se analizan ahora son “Ángeles de la ciudad” (específicamente la parte de “las Marías”) de Elena Poniatowska que aparece en *Fuerte es el silencio*; también, “Una noche de putas” de Magali Tercero de su colección *Cien freeways al D. F.* y por último, “Los hilos de la vida: las costureras” de Cristina Pacheco incluida en *Zona de desastre*.

La literatura fundacional y la crónica

Los años que siguieron al fin de la Revolución fueron para crear una identidad nacional que llevara como fundamento la transformación social. El Estado revolucionario adquiría el máximo poder institucional y se establecía como el único camino para la igualdad social. La literatura servía de base para construir la ideología nacional y educar al pueblo sobre su respectivo lugar en esta emergente nación revolucionaria. Como el pueblo era en su mayoría analfabeto, se recurría a diversos métodos de divulgación como el cine, la música y el muralismo. A partir de 1920 se llevó a cabo un debate sobre la “literatura viril” que relacionaba lo viril con lo nacional. En su libro *Mexican Masculinities* Robert McKee Irwin dice que “los debates posrevolucionarios sobre la escritura viril emergieron desde un discurso nacionalista que reflejó un ímpetu de establecer un tipo de imagen particular que representara a México y a la mexicanidad” (150). Con respecto a esto, Ignacio Sánchez Prado en *Naciones intelectuales* dice que en este debate “...se comenzó a aducir que la Revolución había sido un logro de machos y que si la literatura se negaba a dar cuenta de eso, esto se debía a que los escritores poseían una sexualidad dudosa” (33). Podemos ver que tanto la producción literaria como lo que se representaba en la literatura estaba fuertemente custodiado por una virilidad estatal que encontraba su objeto de poder en la Revolución. Fue así como “la novela desarrolló una forma de escritura que ubicaba al heroísmo nacional en el cuerpo masculino” (Sánchez Prado 37), convirtiéndose así la masculinidad y la sexualidad masculina en componentes clave de la construcción de la identidad nacional (McKee xiii).

En estas primeras décadas del siglo posrevolucionario, se inauguró “la novela de la revolución” que se nutre de por sí de la realidad de su contexto histórico y político que proporciona la Revolución. Este tipo de novelas es predominantemente de autores masculinos que se esforzaban por representar la lucha armada que daba como origen al “nuevo” México y a los planteamientos de la tan buscada identidad mexicana. Entre estos autores destacan Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Mansicidor y otros. Cada uno muestra su representación de este acontecimiento; sin embargo, lo que nos detiene en este estudio es cómo incluyen a la mujer en dicha representación. Según el discurso oficial, la mujer mexicana no tuvo un lugar importante en la Revolución y esto queda plasmado en las novelas de esta época. Es decir, su participación es minimizada o aparece como deformación de la realidad. Por lo general, estas novelas sólo hablan de la mujer como soldadera y de una manera muy negativa borrando sus múltiples actividades y valiosas contribuciones. La novela más distribuida y quizás más leída dentro de esta novelística es *Los de abajo* (1916) de Azuela donde la representación de la mujer que hace queda totalizada en los personajes de Camila, la Pintada, la tuerta Antonia, la esposa de Demetrio Macías y la Señal Refugio. Todas ellas son débiles, sumisas e ignorantes o son seres malos o prostitutas promiscuas. Por su parte, Camila es la “histórica” soldadera revolucionaria, pero la novela, ni con este personaje ni de ninguna otra manera, destaca todo lo que estas mujeres hicieron por la lucha y por los mismos hombres. Por otro lado, la Pintada sólo muestra características negativas; por ejemplo, es envidiosa, celosa, tramposa, vulgar, corrupta y por último asesina. Este mismo patrón lo mostraron otras novelas como *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán, *Se llevaron el cañon para*

Bachimba de Rafael F. Muñoz, *Campamento* de Gregorio López y Fuentes, *El resplandor* de Mauricio Magdaleno y varias más. Se cree que con estas novelas se cierra el ciclo de la novela de la revolución; no obstante, sigue apareciendo por todo el siglo como trasfondo histórico de las tramas o simplemente como tema. Podemos pensar en novelas como *Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez, *Pedro Paramo* (1955) de Juan Rulfo o *La muerte de Artemio Cruz* (1962) de Carlos Fuentes. Cada una de estas novelas nos presenta a la mujer de maneras distintas, pero mientras que el personaje María de Yáñez o Susana San Juan de Rulfo muestran una cierta rebeldía contra el poder masculino, Catalina o Regina en *La muerte*, son personajes muy tradicionales como los de las novelas anteriores ya que son débiles, sumisas y silenciosas.

Sin embargo, sólo dos mujeres escritoras se destacan dentro de este tipo de novela en la primera mitad del siglo XX: Nellie Campobello y María Luisa Ocampo. Esta última, escribe *Bajo el fuego* en 1947 que trata sobre el lugar de la mujer ante la lucha armada en la que no puede participar por tener que estar encerrada en su casa. Mientras tanto, Campobello en *Cartucho* de 1931, logra una perspectiva muy acertada de la mujer en la Revolución a través del personaje de la madre. En ella, Campobello refleja muchas de las actividades que las mujeres de las diferentes clases sociales llevaban a cabo. Por ejemplo, la madre patrocina el movimiento armado, defiende a los revolucionarios, es amiga de los líderes y funciona como enfermera de los heridos en combate y cocinera de los soldados revolucionarios.

La escritura de mujeres empieza a tener más reconocimiento durante la segunda mitad del siglo XX. La literatura fundacional de la revolución sufrió un quiebre y una

deslegitimación cuando estas mujeres escritoras “buscan un lugar diferente de aquel que se les había asignado...lejos de los catálogos establecidos...” (Lorenzano 351). Ellas pretenden subvertir y desconstruir el orden establecido por los novelistas masculinos al incluir en sus novelas las grandes inquietudes del siglo: la nación, la identidad, la historia y la misma Revolución. Ellas escribían siempre desde un punto de vista femenino que recuenta la historia de la nación y pone en jaque a la historia oficial y a la literatura masculina. Reescriben el papel de la mujer en los acontecimientos históricos, específicamente en la Revolución y “...buscan intervenir en la discusión acerca del proyecto de nación que se estaba gestando en el periodo posrevolucionario” (Lorenzano 362). En *Plotting Women*, Jean Franco, argumenta que un grupo reducido de escritoras “intentan escribir a la mujer en la narrativa nacional” (132). Estas escritoras proponen otras historias dentro de “la novela de la revolución” con personajes femeninos que van contra los delineados por la novela fundacional masculina. Además, Franco cree que desde 1968 “se abrió un espacio para la escritura de mujeres que estas aprovecharon; primero, para contar su propio lado de la historia... [...] y segundo, para mostrar la articulación del patriarcado y del nacionalismo” (xxi). De este modo, adquirieron “un poder contestatario” (Franco xxi) y produjeron obras que cuestionan no sólo el lugar asignado a la mujer en la nación posrevolucionaria sino también a la misma literatura mexicana. Novelas como *Hasta no verte Jesús mío* (1961) de Elena Poniatowska, *Los recuerdos del porvenir* (1963) de Elena Garro, *Arráncame la vida* (1985) de Ángeles Mastretta e *Y si yo fuera Susana San Juan* (1998) de Susana Pagano, de cierta manera, reescriben la historia de la Revolución Mexicana, destruyendo el aspecto fundacional que

se pretendía en la literatura al inscribir en sus novelas la participación activa de las mujeres y mostrar que fueron pieza clave en la lucha armada y en el periodo posrevolucionario.

Por su parte, la crónica es un género practicado tanto por hombres como por mujeres, aunque a principios del siglo XX, el número de mujeres cronistas era mucho menor que el de los hombres. Sin embargo, la frecuencia de mujeres en esta práctica empieza a cambiar a partir de finales de los sesenta pues “con frecuencia, las mujeres mexicanas no han recurrido a las formas de expresión ejercidas o santificadas por estos en el poder y han buscado otros métodos de ‘performar’ sus historias (como el periodismo literario...” (“Embedded”, 65). La escritura de mujeres, como ya se dijo antes, acerca su lugar marginal al de otros sectores excluidos de la nación y la crónica tiene un lugar importante aquí, pues al escoger este género no sólo se “subvierte el discurso patriarcal, sino “la lógica de la escritura tradicional en esta reelaboración del lugar de la mujer” (Lorenzano 374). Es así que, otras formas literarias no son las más recurrentes de las mujeres escritoras y la crónica se vuelve una forma de expresión de amplia difusión para la mujer en la que se pueden ligar sus posiciones ideológicas con lo que reportan. Inclán Peréa, citada por Egan dice: “la prensa se convierte en un espacio idóneo para difundir la historia de la opresión de la mujer” (“Entrevistas”, 276). Esto se ejemplifica en el caso de Rosario Castellanos pues Schaefer dice que el uso del periodismo por las mujeres en México, se vuelve una “nueva arena de alteridad, para una escritura expositiva con una inmediatez pública para la reacción privada que la poesía o la novela, géneros que Castellanos cultivaba, no le pudieron ofrecer” (*Textured*, 38).

Mientras que para Poniatowska, siempre existe la necesidad de hacer periodismo pues afirma que “siempre hay necesidades sociales y culturales, mujeres y otra gente marginada que necesita que alguien abogue por ellos” (“Entrevistas”, 283). La crónica les provee a las mujeres escritoras inmediatez al hecho histórico y lo más importante, el carácter de urgencia de lo que se desea comunicar.

La crónica también fue objeto del sexismo emergido del discurso fundacional revolucionario. En la primera mitad del siglo XX, pocas mujeres accedían a los espacios del periodismo y si lo hacían, siempre era en columnas dedicadas a las mujeres. La difícil inserción de mujeres escritoras al campo del pensamiento político y social se puede pensar desde las figuras de Cube (Antonia) Bonifant y Elena Poniatowska. Ambas cronistas empiezan a escribir muy jóvenes en épocas diferentes y en círculos de difusión de información dominados por hombres. En 1920, Bonifant se destacó en la crónica por sus intensas críticas a los papeles asignados a la mujer desde sus columnas para mujeres. En esta época del emergente socialismo posrevolucionario en México, la participación social de la mujer era mediante la misión educadora o en aspectos referentes a la moda. Educar a la nación y estar en la moda no eran compatibles, como lo señala Bonifant en sus crónicas; sin embargo, ella adopta una posición contra esto y se convierte en una “flapper” que critica a las mujeres que sólo viven para la moda como también a las que no hacen uso de ella. Todo esto desde su columna periodística que recibió muchas críticas masculinas. Viviane Mahieux realiza un estudio sobre Bonifant en el que muestra a una mujer que en una época en donde “una intelectualidad femenina ni siquiera se consideraba” (161), utiliza la crónica para “dialogar con las formas culturales, combinar

la industria periodística (que le había abierto un espacio en la escritura) con las ambiciones literarias (que permanecieron incumplidas)” (154). Aquí se puede ver lo que se habló en el párrafo anterior, la crónica se prestó más para los intereses de Bonifant que los géneros literarios dominados por la masculinidad que segregaban a la mujer. Aunque Salvador Novo fue una figura compleja por su homosexualidad y su acceso al mundo intelectual masculino, cuando Mahieux los compara, se nota una vez más el margen al que estaba ligada Bonifant y con ella las mujeres escritoras de su época. Mahieux demuestra que “la producción cultural no abarcaba únicamente lo literario, sino que se codificó en términos de género” (164). Es decir, mientras que Bonifant queda relegada y olvidada en el periodismo, Novo, desde su actividad cronística, logra insertarse dentro del campo literario (163).

Mientras que Bonifant se alejaba del civismo oficialista posrevolucionario adoptando una identidad más metropolitana y resistiéndose a caer en la definición de la mujer nacional (Mahieux 160-161), Poniatowska logra insertar a la mujer mexicana, a través de la crónica, en la imagen del México posrevolucionario. Igual que Bonifant, Poniatowska empieza su carrera escribiendo para las columnas de sociales; sin embargo, cuenta la cronista que “de esta sección, se movió a la primera página con entrevistas a políticos y otras figuras públicas mexicanas y extranjeras” (“How I”, 37). Poniatowska entró al espacio literario cultural por medio del periodismo. En un ambiente tenso entre ciudadanos y gobierno, debido al autoritarismo gubernamental que reinaba en el país, y en el que cada vez más se quebraba el discurso revolucionario oficial con acontecimientos como el Movimiento Estudiantil y las diferentes huelgas populares. Los

intereses de Poniatowska se vieron volcados inmediatamente hacia los diferentes grupos marginales e identificó la escritura feminista o sobre mujeres, como tal. Afirma que “la actual literatura de las mujeres ha de venir como parte del gran flujo de la literatura de los oprimidos: la de los sin tierra, la de los pobres, los que aún no tienen voz, los que no saben leer ni escribir” (“La literatura de las mujeres”, 27). Logró escribir y publicar importantes novelas, testimonios, entrevistas y crónicas. Por esta razón, Ignacio Corona y Beth E. Jörgensen creen que “desde finales de los años sesenta, Poniatowska ha sido una de las escritoras más responsables de romper con la práctica [la crónica] exclusivamente masculina” (11). Ha sido seguida por otras importantes cronistas como Cristina Pacheco, Guadalupe Loaeza, Magali Tercero y otras más.

Es inquietante descubrir que hay tan pocas mujeres cronistas que aparecen en antologías de crónicas o que pueden publicar sus colecciones. Por ejemplo, en *El fin de la nostalgia. Nueva crónica de la Ciudad de México* de 1992, aparecen solamente 8 mujeres cronistas entre 35 hombres. También, en la antología de Rubén Gallo *México DF: lecturas para paseantes* del 2005, hay únicamente 4 mujeres cronistas entre 14 hombres. Por si fuera poco, en *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México* de Carlos Monsiváis y Magali Tercero de 1980, la más importante y la más citada antología de crónicas que abarca un lapso de tiempo de casi dos siglos, solamente incluye a 3 mujeres cronistas. Con el ejemplo de Bonifant y de Poniatowska se puede ver que durante la primera mitad del siglo pasado, el género de la crónica fue dominado por los hombres. Mientras que parece que la publicación y distribución de crónicas en la segunda mitad del siglo, ha marginado la creación femenina; cuestión que se evidencia en estas antologías.

Sin embargo, las que han logrado penetrar en este campo, manifiestan un compromiso con la situación de marginación que vive la mujer mexicana, desarrollando así, un discurso feminista desde su producción cronística. Estas mujeres cronistas logran un cuestionamiento del papel impuesto por la intelectualidad posrevolucionaria a la mujer durante todo el siglo XX.

Mujer y Revolución

Las precursoras feministas mexicanas aseguran que la mujer en México ha estado presente en los grandes movimientos que han modelado la nación. Sin embargo, su presencia ha estado delimitada por lo que la nación masculina le ha permitido. Las promesas de transformación social que trajo la Revolución y el gobierno de la posrevolución, “constituyeron un discurso que asociaba la virilidad con la transformación social en una manera en que marginaba a la mujer en el momento preciso de su supuesta libertad” (Franco 102). La mujer quedaba fuera de los espacios de poder de la sociedad revolucionaria pues en la pretendida equidad social nunca aparecía la de género. En el libro *La lucha política de las mujeres*, escrito y publicado por el Consejo para la Integración de la Mujer (CIM), parte constituyente del PRI, dice que “la Revolución Mexicana para la mujer, fue la fuente de legitimidad de su lucha para obtener la igualdad política, fue un reconocimiento de su participación” (13). En realidad, la mujer mexicana no fue parte de la nación del PRI porque aunque se le reconocían ciertos derechos (después de muchos años de lucha), como el del voto y el de poder gobernar, nunca se le desligó de las actividades y formas de comportamiento supuestas a su género. Por ejemplo, el presidente Miguel Alemán dijo en 1947: “abrigamos la seguridad de que la

mujer mexicana aceptará conscientemente estas condiciones que acarrea el desarrollo histórico y que la elevarán a actividades de orden público, sin dejar de ser en el hogar la madre incomparable, la esposa abnegada y hacendosa, la hermana leal y la hija recatada que siempre ha sido” (Domínguez 119). Además, en *Usted ya es ciudadana*, que es una cartilla cívica escrita por la Dirección de Acción Femenil del PRI con motivo del día cívico de la mujer, en referencia al tema dice: “el hecho de que usted [la mujer mexicana] participe en diferentes actividades y se prepare mejor para servir a su familia y a México, no quiere decir que pierda sus cualidades femeninas y su tradición como hija cariñosa, como esposa digna y como madre amorosa y abnegada cuya finalidad será el mejoramiento de su hogar... (17). En ambos casos expuestos, en palabras de un presidente y del grupo representativo de la mujer a nivel nacional en lo político y social, se le vincula fuertemente con las características impuestas a su género desde antes, durante y después de la Revolución. Es decir, la ideología oficial no mostraba cambio alguno en cuanto al orden patriarcal. Ángeles Mendieta dice que “el motivo inconfesado de una obstinada negación de los derechos políticos a la mujer consistía en que se pensaba que al adquirirlos descuidaría su hogar” (32).

En la historia oficial de México la participación de la mujer no ha sido incluida en ésta como un agente activo de los grandes eventos de la nación. Sin embargo, “la historia de las mujeres no es ajena a la del sistema político o de la sociedad en que se desarrolla” (Torres 123). Las mujeres han estado ahí y aunque los registros muestran inclusiones minimizadas o representaciones que poco tenían que ver con la realidad; el movimiento feminista ha estado presente desde antes de la Revolución Mexicana. Al tratar de

construir un panorama sobre este movimiento, se evidencian tres épocas cruciales: antes y durante la lucha armada, el periodo que comprende entre el año 1917 (año de la promulgación de la Constitución) a 1953 (año en que se obtiene el derecho al voto) y por último, el periodo a partir de 1970 a nuestros días (conocido como “la nueva ola del feminismo”). A través de estos periodos y ante las necesidades sociales de las mujeres, se construyó un proyecto feminista que reclamaba redefinir las relaciones sociales de género y con esto alcanzar igualdad y reconocimiento en la nación.

Antes de la Revolución, el descontento femenino contra la dictadura porfirista y a favor de una revolución se registró en el periodismo con Juana Belén Gutiérrez de Mendoza que editó *La voz de Ocampo*, *Vesper* y *Fiat Lux* con proclamas y manifiestos revolucionarios. También aparece la revista *La mujer mexicana* auspiciada por maestras, escritoras, doctoras y abogadas que pedían la capacitación de la mujer para poder así ser integradas al progreso del país. Durante la lucha armada se ve a la mujer participando en partidos políticos o como difusoras de las ideas revolucionarias. Había abastecedoras de ejércitos, espías, recaderas, informantes o había quienes prestaban sus casas para reuniones. Por otro lado, en el campo de batalla estaban “las soldaderas” que proveían a los soldados de alimentos cocinados, ropa limpia y cuidado a los heridos entre otras cosas mientras que había mujeres soldados que peleaban en las batallas. Sin embargo, sus esfuerzos revolucionarios no fueron tomados en cuenta por lo que Poniatowska llama el tradicional “ninguneo” de la mujer en México, y específicamente en la milicia no se reconocían sus aportes por miedo de los militares de que las mujeres se destacaran y ascendieran de puestos (*Las soldaderas*, 22). Tanto así que terminada la guerra, el

presidente Venustiano Carranza expulsó a las mujeres del ejército y las mandó a sus casas para que continuaran con sus actividades habituales. De esta manera se iniciaba la exclusión de la mujer en la emergente nación revolucionaria pues no se reconocían sus valores ni logros miliares. Debido a que en la Constitución de 1917 no se otorga el derecho al voto a la mujer, “La mujer mexicana comienza a desarrollar una conciencia y una responsabilidad mayor... forma parte de los sindicatos, asiste a congresos y reuniones...” (Jaiven 43), empieza una lucha feminista en diferentes organizaciones y militancias partidistas políticas, Consejos Nacionales de Mujeres, Frentes de mujeres y Confederaciones femeniles con el fin de llegar a la obtención del sufragio.

Pero además del voto, que les dio el reconocimiento como ciudadanas mexicanas, las mujeres también abogaban por el derecho al trabajo. En 1931 se promulga la Ley Federal del Trabajo que reglamenta el trabajo de la mujer: “Se prohíbe el trabajo nocturno en las industrias, se exime a las mujeres y a menores de 12 años a las jornadas extraordinarias, se legisla el horario de descanso pre y postnatal sin pérdida de salarios...” (Jaiven 41). El derecho a la decisión de trabajar estaba penado para las mujeres en el Código Civil que estipulaba que las mujeres no podían trabajar o desarrollarse profesionalmente contra la voluntad del marido. Aquí también se establecía el derecho del marido a oponerse al trabajo de su esposa si dañaba la moral de la familia o su estructura (López 85). Pero este código se cambió en 1932 y se concedió a la mujer la posibilidad de trabajar fuera del hogar sin el requisito del consentimiento del marido. Posteriormente, en 1935 estos grupos de mujeres creyeron encontrar en Lázaro Cárdenas la esperanza para terminar con la desigualdad; por eso, se creó el Frente Único Pro

Derechos de la Mujer que en sus puntos fundamentales incluía: el derecho al voto, hacer compatible la maternidad con el trabajo de la mujer, que las mujeres pudieran ser dotadas de tierra como los hombres y fuentes de trabajo para las mujeres desempleadas. Después de que en 1947 se aprobara el voto femenino en elecciones municipales, el 17 de octubre de 1953, el artículo 34 de la Constitución fue enmendado para considerar ciudadanos de México a varones y mujeres de 18 años y que tuvieran un modo honesto de vivir. Así fue que las mujeres pudieron votar en las siguientes elecciones federales.

Entre este acontecimiento y 1968, hubo un silencio feminista que tuvo que ver con la integración de las mujeres a la ciudadanía y a los partidos políticos; en este periodo, se institucionalizan algunos derechos, “pero también es en esos momentos cuando se generalizan nuevas propuestas culturales sobre el rol de la mujer...” (Torres 121). Varias críticas feministas relacionan el movimiento del 68 con el feminismo contemporáneo. María Luisa Torres cree que “uno de los factores que influyen directamente con el resurgimiento del feminismo en los años setenta es el movimiento estudiantil de 1968” mientras que Lourdes Arizpe en relación a su experiencia propia dice, “ el 68 nos había provocado una reacción exacerbada de rebeldía y, en muchas, de compromiso político con los marginados...” (“El feminismo”, 65). Sin embargo, esta nueva ola de feminismo encuentra su base de formación no en el Movimiento Estudiantil en sí, sino en el menosprecio de su participación durante y posteriormente a él. Torres cree que “las participantes se sienten rechazadas y no reconocidas, pese a haber formado parte de uno de los acontecimientos que marcan el fin del autoritarismo político y el comienzo de la formación de una oposición...” (126). Es así que durante la década de los

setenta se forma un discurso feminista que organiza las demandas de las mujeres y que se consolida en la Coalición de Mujeres Feministas que aglutinaba a una gran cantidad de mujeres bajo tres demandas: la maternidad voluntaria (derecho a la educación sexual, al uso de anticonceptivos y al aborto), la lucha contra la violencia sexual y la libre opción sexual (Torres 128). Junto con la socialización del trabajo doméstico, estas demandas se convierten en temas centrales en el feminismo de las siguientes décadas. A partir de entonces, se llevan a cabo diferentes Encuentros y Congresos nacionales e Internacionales que reúnen a diferentes grupos dentro del sector femenino como trabajadoras, colonas, campesinas y trabajadoras sociales que discuten temas como el trabajo doméstico, la doble jornada de trabajo, la familia, la sexualidad y la participación política femenina (Cano 53-60).

Por otro lado, en 1981 se efectuó el Cuarto Congreso Internacional de Escritoras en México donde se habló de una literatura específicamente femenina, la relación entre el cuerpo y la escritura y las aportaciones de las mujeres a la literatura (Cano 61). También, dentro del campo de la escritura, en 1975 la revista *Fem* empieza su circulación con el propósito de:

relacionar el activismo político feminista con un análisis fundamentado en la condición de las mujeres. *Fem* emprende una crítica cultural al sexismo que prevalece en la sociedad; da a conocer obras literarias y artísticas de mujeres; presenta análisis de aspectos políticos y sociales de las mujeres en México. Los temas principales de los primeros 15 números son emblemáticos de las preocupaciones centrales de la llamada nueva ola del feminismo: aborto, trabajo, sexualidad, lenguaje y sexismo, familia, escritura de mujeres, el servicio domestico... (Cano 57).

Además, en 1990 se publica el primer número de *Debate feminista* con temas como “teoría del género y sexualidad, la constitución del sujeto, el cuerpo, la política, el deseo y la inestabilidad de las identidades” (Cano 66).

Durante todo el siglo dirigido por el partido de la Revolución, la mujer mexicana se esforzó por inscribirse en la sociedad política y sobre todo en la económica mediante su derecho al trabajo. Este fue elemento constante de las diferentes acciones feministas; sin embargo, el porcentaje de empleadas, el tipo de trabajo y la remuneración por el trabajo hecho ha sido un factor determinante para su marginación de la nación. Es decir, se puede pensar que las enmiendas de leyes constitucionales o de códigos civiles en referencia al trabajo de la mujer no cambiaron mucho la verdadera condición de la mujer pues ésta nunca ha tenido un estado de igualdad económica frente al hombre.

Las opciones de trabajo para la mujer en la nación del PRI

El trabajo forma parte de uno de los campos de reflexión más importantes en cuanto al tema de género se refiere ya que le proporciona a cada persona un lugar dentro de la estructura social. Aunque cada vez más las mujeres forman parte de la fuerza laboral, lo cierto es que los trabajos que desempeñan están dentro de los parámetros de lo que la sociedad masculina les permite. En un estudio realizado por la Unidad de Equidad de Género de México, se establece que “el trabajo está relacionado directamente con los patrones socioculturales que determinan las actividades de hombres y mujeres” y que en esta división sexual del trabajo, “se ha creado una distribución desigual en los diferentes sectores de trabajo” (3). Es por esto que los sectores que se abren a las mujeres son los que van “de acuerdo a su sexo.” María del Carmen Elu dice que, “la mujer trabajadora

repite a nivel social las tareas que tradicionalmente le fueron atribuidas como: aseo, preparación de alimentos, hechura de vestido, atención a los enfermos y atención y educación de los menores” (63). También, los atributos femeninos que se construyen ideológicamente han sido tomados por la sociedad masculina como “no trabajo” y han devaluado el trabajo que la sociedad le asigna a la mujer (England y Lawson 80-81). Además, estos atributos han sido armados en oposición a los masculinos para organizar y reorganizar procesos laborales y recompensar de manera diferente a los trabajadores según el género (McDowell 26). De esta manera, en los últimos 20 años, según María Luisa González Marín en su libro *Los mercados de trabajo femeninos*, la población femenina ocupada tenía el 32% y de éstas el 42% ganaba un salario mínimo o no recibía ingreso; además, los principales trabajos en los que se desempeñaban eran de vendedoras, dependientes, vendedoras ambulantes, trabajadoras a domicilio y trabajadoras domésticas (23). Aunque estos sean trabajos y generen ciertos ingresos, la desigualdad en cuanto a la remuneración sigue siendo imperante pues el salario que reciben las mujeres es menor que el del hombre; además de esto, el poco acceso a las mismas profesiones que los hombres han influido en la marginación de la mujer económicamente. Según Liliana de Riz, “los trabajos ‘femeninos’ están peor remunerados, y parece ser que cuando una profesión se ‘feminiza’los salarios tienden a deprimirse”. De acuerdo a esto, se puede concluir que en cuanto a género, el trabajo no es neutral y que se construye según las características de la masculinidad y la feminidad.

Desde hace siglos, la servidumbre y la prostitución son los trabajos más asequibles para las mujeres; mientras que la costura y la venta se han vuelto los empleos

con más participación femenina en el siglo XX. Los trabajos que se exponen en las siguientes crónicas estudiadas son “sentarse de maría” (la venta ambulante), la prostitución y la costura. Para el primero, los estudios sociales en este campo han dicho que este tipo de trabajo se le facilita a la mujer porque puede ocuparse de sus hijos al mismo tiempo que trabaja. Al respecto, Olivia Domínguez Prieto dice que: “[la venta en la vía pública] se convierte en la extensión del hogar y al ser las encargadas del núcleo doméstico, están desempeñando una doble jornada de trabajo y de esfuerzo, ya que es en este lugar donde pasan la mayor parte del día mientras cuidan, alimentan y educan a sus hijos” (117). Por otro lado, la prostitución, que ha sido entendida como “el aspecto femenino de la criminalidad” (del Campo 102), que para este trabajo hay una predisposición fisiológica como la hipersexualidad (del Campo 102) y que ha sido muy condenado moralmente, resulta ser de los trabajos para mujeres mejores pagados en México. Por último, la costura ha sido uno de los trabajos con mayor relación con el género femenino por ser una de las labores realizadas en el hogar. Por eso mismo, sus salarios son menores pues “se considera que su salario es ‘complementario’ al del varón” (Chávez 245). Además, para este tipo de trabajo, se prefiere a las mujeres por las características atribuidas a su género como la docilidad y la laboriosidad (Chávez 246) sin contar con las malas condiciones en las que están dispuestas a trabajar para no perder su trabajo.

“Sentarse de maría”

Las crónicas recogidas en *Fuerte es el silencio* de Elena Poniatowska tienen en común la representación de un sector de la población escasamente visible en la imagen oficial de

México. Es decir, en estas crónicas, Poniatowska se esfuerza por reconstruir una imagen de México en la que entran las acciones y los personajes excluidos por el poder dirigente del país. Aunque entre los personajes que aparecen están los campesinos inmigrantes de la ciudad, los niños de la calle, los participantes del Movimiento Estudiantil de 1968 y los paracaidistas de la periferia urbana, aquí, en esta parte del capítulo nos enfocamos en las mujeres indígenas llamadas “las Marías” que tienen su sección llamada “A picotazo limpio” en la crónica “Ángeles de la ciudad”. En esta crónica, se muestra la vida precaria de los miles de campesinos que llegan cada día a la ciudad “porque siguen creyendo en la bondad de la gran ciudad que algún día les dará lo que no les ha dado la tierra” (23). En el recorrido por las calles de la ciudad en la crónica, aparecen varios grupos como “los golondrinos (hombres indígenas), los limpia parabrisas, “las criadas” y “las Marías” – todos en el subempleo. En “A picotazo limpio”, Poniatowska describe que “sentarse de maría” es uno de los pocos trabajos al que tienen acceso las mujeres indígenas migrantes de la Ciudad de México.

Aunque la Revolución Mexicana y el gobierno que le sucedió promovían una nación que incluía tanto a hombres como a mujeres, la realidad mostró por todo el siglo XX la desatención y segregación que sufrió la mujer mexicana, específicamente la mujer indígena, por falta de oportunidades laborales. Lourdes Arizpe en *Indígenas de la Ciudad de México: el caso de las “Marías”* establece que “en condiciones de gran desempleo femenino como sucede actualmente en la Ciudad de México, tanto su falta de capacitación como su identidad étnica reducen drásticamente las oportunidades de ocupación de las mujeres indígenas” (137-8). Para esta parte del capítulo, nos

enfocaremos en estudiar la manera en que Elena Poniatowska representa la experiencia de “las Marías”, el tipo de empleo y cómo con esto, logra una crítica al gobierno de la Revolución en su ineficiencia por ayudar a este grupo indígena.

Primero, es importante entender quienes son “las Marías”. En la Ciudad de México, dentro del sector marginal, “las Marías” constituyen el grupo más marginalizado. Originalmente provienen de la zona mazahua del Estado de México y migraron a la ciudad buscando una mejor vida. “Las Marías” hablan poco español, viven en pésimas condiciones y se mantienen con la venta ambulante. Arizpe dice al respecto que, “a fines de la década de los sesentas, como resurrección de un pasado que muchos creían muerto, invadió las calles de la moderna Ciudad de México una cantidad creciente de mujeres indígenas, que se dedicaban a vender en las aceras...causaron sorpresa por su identidad étnica y por la extrema pobreza que mostraban” (8). Era la primera vez que se veía por las calles a mujeres indígenas y su aparición fue el cuestionamiento a la política social del PRI y con ello de la misma Revolución. Para esta época, el campesinado y el problema de la tierra se creían tan lejanos y superados que la “extrema pobreza que mostraban” no cabía dentro de los estatutos oficiales de la nación. La respuesta del gobierno fue crear diferentes programas sociales para asistir a estas mujeres; por ejemplo, en 1971 el Departamento del Distrito Federal creó el Centro de Capacitación para Marías (Arizpe 24). A pesar de tratar de capacitarlas para desempeñar otros empleos, estos programas no han sabido entender las necesidades de “las Marías” y éstas optan por dejar los centros.

A través de esta crónica, para lograr la representación de esta problemática, Poniatowska se vale de la metáfora de “ángeles”. Con esto, vuelve visibles a los migrantes en la ciudad y con ellos a “las Marías” y su trabajo ante los ojos de la población y del gobierno; además, da cuenta de la situación indígena en la Ciudad de México en relación con el gobierno de la Revolución. Primero, la crónica abre narrando la imagen del “Ángel de la Independencia” en lo alto de la ciudad, su caída en el terremoto de 1957 y su aspecto físico. Este monumento es uno de los grandes símbolos de la nación mexicana y fue construido en los últimos años del Porfiriato. Se inauguró el 16 de Septiembre de 1910 con motivo del centenario de la Independencia de México. En la crónica, Poniatowska cuestiona la simbolización del monumento en relación con el género. Pues dice que “Raúl Prieto sostiene que México es un país tan machista que a la victoria que corona la columna de la Independencia, de incuestionables atributos femeninos, de redondeces tan rotundas que se recortan claramente en el aire, todo el mundo le llama: ‘El Angelito’ (13). A pesar de su apariencia femenina, el ángel representa el poder masculino y convierte a la independencia en un evento masculino. Es decir, aunque la fisionomía del ángel muestre un cuerpo femenino, de hecho posó para esta escultura Ana María Mazadiego secretaria de Porfirio Díaz, el ángel proclama una independencia masculina, y una nación masculina. La independencia fue más ampliamente experimentada por el sexo masculino, el futuro de la nación independiente fue para los hombres y así siguió, aun todavía sucedida la Revolución. Nadie ve que “El ángel” es femenino así como para la nación, la presencia de “las Marías” les es

indiferente. Es decir, se le ha borrado la feminidad al monumento como también se le ha segregado a la mujer de la nación.

“El ángel” se erige en la Ciudad de México a la que Poniatowska llama “Angelópolis” (33). Renombrar la ciudad es resignificarla, exponer otra ciudad, una ciudad de ángeles. La caída del monumento durante el terremoto de 1957 se relaciona entonces con la llegada de indígenas a la ciudad. Con su derrumbe, se fue todo el encanto por “el ángel” y en “ángeles” se volvieron todos los recién llegados, incluyendo a las mujeres que “se sentaron de marías” para trabajar. Es así que en esta crónica, Poniatowska utiliza “ángeles” para referirse a los migrantes de la ciudad: “hoy por hoy los ángeles de la ciudad son todos aquellos que no saben que lo son. Cada año llegan en parvadas y se aposentan en las calles, en los camellones, en las cornisas, en los alteros, debajo de algún portón” (14-15). Añade que, “allí los vemos alicaídos, tratando de pasar entre los coches, golpeándose en contra de las salpicaderas, atorándose en las portezuelas, magullando sus músculos delicados, azuleando su piel de por sí dispuesta a los moretones. Ya nada tienen que ver con aquellos ángeles de puro oro que se ríen en los altares barrocos de las iglesias del centro...” (14) o con el ángel del monumento al que todos ven y ven mal. Nos queda preguntar ¿Por qué llamar ángeles a los migrantes? La cronista habla de la condición de estos sujetos de siempre estar, pero desaparecer o no hacerse visibles: “Estos mexicanos se nos aparecen a la vuelta de cualquier encuentro...y desaparecen en un parpadeo...” (15).

Para presentar la situación de “las Marías”, Poniatowska va hacia el origen del problema y al hablar de las razones por las que este grupo indígena deja el campo por la

ciudad dice que “las Marías” “... se dedican a hacer comales y ollas de barro que los hombres sacan a la carretera o llevan a vender a Guadalajara, Guanajuato, incluso a la capital, pero cuando la miseria cala hasta los huesos entonces las mujeres salen...” (20). En estas palabras hay una crítica implícita a los fundamentos de la Revolución y su gobierno por parte de la cronista. Aquí, Poniatowska demuestra que la situación miserable del campo ha orillado a los campesinos a salir y buscar la ciudad. Por esto, estas mujeres “se vienen a la ciudad y se sientan de marías con su hijo sobre la espalda...” (20).

Ya en la ciudad, “las Marías” se vuelven un problema porque con su presencia demuestran el fracaso de la Revolución y urge “ayudarlas”. Como medida para hacer desaparecer el problema que son “las Marías”, se crearon programas para su asimilación a la ciudad. La primera oración de esta parte de la crónica dice: “El Departamento del Distrito Federal dizque se ocupa de los golondrinos [los hombres de ‘las Marías’] y de las marías” (19). La palabra “dizque” connota duda o cuestionamiento y es claro aquí que la cronista está cuestionando la labor del gobierno capitalino pues como dice Arizpe: “la preocupación ¿es hacia el problema de ‘las Marías’, o hacia los problemas de ‘las Marías?’” (26). De acuerdo a lo que Poniatowska expone, lo que quieren es que el problema desaparezca de su percepción volviéndolas a un estado de segregación donde no se puedan ver. Poniatowska cuenta que se instaló en Carreteraco, Coyoacán, un centro para enseñar a “las Marías” a bordar, “a hacer mantelitos individuales, a trazar hilos en letargo sobre fundas blancas, bastillar pañuelos de llorar en punto de cruz, ...” (20) y que a pesar de que se les daban los hilos, los estambres y las telas, “muchas marías prefieren

el camellón, la cinta plateada e ininterrumpida de los coches, la moneda a cambio del chicle que una mano indiferente les tiende...los kleenex que hay que resguardar de la lluvia más que a los propios críos” (20). Dice Poniatowska que “les resulta más entretenido, más emocionante, más novedoso, mas vida vivida que sentarse en una casa de Coyoacán, porque esa casa no es la gran ciudad que relumbra desde el camellón y en ella tampoco llegan a ganar los treinta, los cincuenta pesos diarios...” (20-21). Esto anterior muestra un deseo por participar de la ciudad, de la modernidad desde su posición marginal, pero también, la necesidad de un trabajo que pague mejor. Un ejemplo en donde Poniatowska demuestra que los supuestos adiestramientos del gobierno no funcionan para mejorar la situación de “las Marías” es con una “María” apodada “la burra de oro”. La cronista la cita cuando dice que: “leer y escribir no sé, soy bien burra, pero los números esos si me los sé” (21). Esta mujer no terminaba su jornada de trabajo en la calle en menos de cien pesos (21), que era casi el triple más que en los centros para “Marías” del gobierno.

En esta crónica, Poniatowska demuestra que, como todos los mexicanos, lo que “las Marías” necesitan es que se creen empleos con salarios más altos y que se apeguen a sus necesidades. Según Arizpe, “la mayoría espera regresar a su comunidad a menos que encuentre un trabajo permanente y bien remunerado en la ciudad” (109). Además, la representación de la experiencia de “las Marías” que hace Poniatowska deslegitima la idea de que la promesa de la Revolución se había cumplido y que los campesinos e indígenas tenían su tierra. La cronista critica la falta de eficiencia por atender la situación de “las Marías” aun con los centros del gobierno, pero sin embargo, a la crónica le falta

explorar por qué la venta ambulante se vuelve el trabajo ideal para estas mujeres que realmente no es que “prefieren” la ciudad o que la fascinación por ella las haga dejar los centros como dice la cronista, sino que la venta en la calle les proporciona mayores ingresos, les permite estar junto a sus hijos todo el día, no las sujeta ni a un horario fijo ni a un jefe, este trabajo puede dejarse y tomarse en cualquier momento y no requiere de ninguna capacitación o adiestramiento (Arizpe 138).

“La putería es un escape”

Otro trabajo al que tienen acceso las mujeres en México es la prostitución. Magali Tercero en *Cien freeways al D. F.* incluye una crónica sobre la prostitución donde entrevista a dos prostitutas. Esta colección de crónicas proyecta la Ciudad de México desde diferentes ángulos y además de tener el elemento informativo, se centra en diferentes espacios y prácticas ciudadinas. Se nos presenta una compleja Ciudad de México a través de una especie de collage de crónicas que muestran diferentes escenarios de la vida social y cultural de esta ciudad. Entre estos, están el Zócalo, las prostitutas, las calles del centro, la morgue, el taxi, la cárcel de mujeres, la lucha libre y el Tianguis Cultural de El Chopo. Para esta parte del capítulo se estudiará la crónica “Una noche de putas” donde la cronista trata de informar sobre varios de los aspectos de la prostitución mediante una visita a un centro nocturno en la colonia Roma. En esta crónica, la representación de la mujer prostituta mediante Gaby y Laura plantea un cuestionamiento importante al papel social asignado a la mujer y a sus oportunidades de participación económica. Tercero no muestra una crítica directa al gobierno de la Revolución; sin embargo, su postura feminista se deja ver en los aspectos que incluye en la crónica sobre las dos prostitutas

interrogadas aquí. En esta crónica, se enfrenta la labor del cronista con la efectividad de la literatura de representar la realidad, en este caso, la de la prostitución. Es así que la prostitución queda representada desde dos acercamientos –el indirecto-espectador-cronista y el directo-testimonial-prostituta –en un intento de proyectar una realidad más compleja y quizás más total de estas mujeres y su oficio.

En México no hay muchas opciones de trabajo con buenos salarios y buenos horarios para las mujeres. Una opción que cada vez se vuelve más común y que involucra a mujeres de todas las clases sociales y niveles educacionales es la prostitución. En 1990 se hizo un estudio entre 1000 prostitutas de la Ciudad de México y se encontró que su promedio de escolaridad era de 5 años, aunque el 8% eran profesionistas y el 2% tenían estudios de postgrado. Además, el 51.9% eran de nivel socioeconómico bajo, el 27% del medio y el 21.1% del medio alto. Según algunos estudios, entre las causas más comunes que originan la prostitución están: la falta de recursos económicos, la falta de valores morales, la desintegración familiar y el bajo nivel educativo; sin embargo, la que nos importa aquí es la primera pues está directamente relacionada con las políticas sociales y económicas que el gobierno lleva a cabo y de las que las mujeres resultan menos beneficiadas y por consecuencia, en mayor pobreza. Aunque hay quienes creen que la prostitución es una salida fácil, para estas mujeres que no quieren enfrentarse a los problemas económicos o familiares, y que buscan ser las víctimas o que piensan que se pueden realizar otros muchos trabajos antes que éste, pocos son los empleos que pagan lo suficiente como para cubrir los gastos de una familia (del Campo 97-100) . Juan Lazarte en *Sociedad y prostitución* demuestra que antes de ser prostitutas, la mayoría fueron

obreras, sirvientas o empleadas que dejaron estas ocupaciones para dedicarse al comercio sexual remunerado ya que de éste pueden obtener entre 3 y 4 sueldos mínimos mientras que los otros oficios apenas alcanzan un sueldo mínimo (31-32).

Tercero se acerca a este tipo de trabajo contando la noche en que entrevistó a varias prostitutas, entre ellas Gaby y Laura quienes le cuentan sus historias. Así, intercalando lo que las prostitutas le cuentan con su propia narración, se construye la crónica. En ésta, su principal intención es hacer que la literatura pueda contar qué es la prostitución evitando que la crónica resulte superficial y mamona (24). En las partes que ella narra, se percibe una cierta distancia hacia la prostitución y las prostitutas. La distancia del intelectual que observa, pero que no actúa, que juzga lo que ve. En este caso, lo que la cronista ve es el infierno. Es decir, “la noche de putas” es como un descenso al infierno pues primero, al guía que la acompaña a ella y al fotógrafo lo llama “Virgilio”, como al guía de Dante por el infierno. Segundo, lo describe como un lugar de cocaína, golpes, miedo, abusos y falta de protección del que sólo es espectadora. Por otro lado, se percibe un intento por parte de la cronista de acortar esta distancia con las prostitutas, pero no le resulta. Dice: “una parte mía, una Magali adolescente que persiste por ahí, se identifica con Gaby” (21). Se identifica con la rebeldía de Gaby contra las normas sociales, pero es la Gaby adolescente, no la adulta prostituta que tiene frente a sí. En esta necesidad por acercarse lo más posible a las prostitutas, teme hacer como ella dice “turismo sociológico” y para evitarlo, para que la crónica no sea superficial y de cuenta lo más y mejor posible, opta por incluir las respuestas textuales de las prostitutas.

A través de estas respuestas, se deja ver que a diferencia del infierno que ve Tercero, para ellas la prostitución es un trabajo, un negocio que al darles más dinero, también les da cierto poder contra el discurso oficial. Al contar como fue su inicio en este trabajo, Gaby dice: “a mí que no me digan que hay chavas que van a la disco y se van con uno: se van con cuatro, con cinco, y ni les cobran, y eso me pasó a mí. Y cuando te das cuenta dices: ‘voy a sacar provecho’. Si te gusta hacer el amor...pues te diviertes, te divierten” (26). Su inicio fue por el gusto a “hacer el amor”; en otras palabras, por explotar ese gusto. Y añade: “conozco muchas chavas... [...] y les encanta el chavito roquero, el junior o el señor grande, y ponerse hasta la madre de todos los vicios. Y a parte te pagan” (25). Ve al sexo y a los vicios como una actividad divertida y de mucha paga. Gana por noche entre 400 mil y 800 mil pesos por cliente y el método de Gaby para tener varios lo relata de la siguiente forma: “cómo estás mi vida, te cobro 1800 por una vez: ¿quieres o no quieres? ‘pues vamos a platicarlo’, me contestan. Y les digo que no, que yo no pierdo mi tiempo” (28). Entiende cuánto vale y entiende su actividad como trabajo; es decir, cuantos clientes puede tener por noche en relación al dinero que puede ganar esa noche. Su cuerpo es su instrumento de trabajo y “hacer el amor” equivale a una cantidad de dinero más grande que muchos de los trabajos para la mujer que provee el Estado.

Además, la prostitución es vista como una venganza social. Para Gaby, dedicarse a “la putería” es una venganza a la familia y un escape de los roles asignados a la mujer. Antes de ser prostituta, Gaby estudiaba y trabajaba, pero nunca le permitían salir con amigos. Su padrastro le decía: “te cuido para que no seas una puta” (20). Como si salir a

la calle y tener amigos equivaliera a ser “puta” reclama Gaby. Cuenta “cuando empecé en la prostitución yo me decía: me las van a pagar, si no me quisieron comprender cuando yo quería que entendieran lo que era sano, la libertad de alguien, entonces ahora van a entender y les va a doler” (20). Su decisión de entrar de prostituta fue influenciada por una venganza, dice: “me la van a pagar, voy a conocer la putería. Para mí es una forma de escape para la mujer” (28). Es un escape de las normas sociales y morales de ser esposa y madre, de sufrir violencia, pobreza y una vida sin diversión. Pues afirma que “por algunas circunstancias, últimamente, la mayoría entra a la prostitución por gusto” (25).

Por otro lado, para Laura, la otra prostituta entrevistada, la prostitución es algo que se le escapa a la literatura, pues dice: “la experiencia de puta no se puede transmitir, si la literatura no puede decir qué es” (32). Para esto dice que, “todos los libros los han escrito personas que ven las cosas desde fuera” (29). Por eso, cuestiona la labor del cronista al decir que: “lamentablemente la gente... ¿Qué es lo que busca?, proyectar realidades enteras. Tú siempre vas a ser un espectador” (30). Con esto, la función del cronista de cronicar lo que ve es siempre desde una y única perspectiva de fuera aun cuando intente incluirlo todo. La misma construcción de la crónica nos muestra esta problemática. Mientras la narración de la cronista es distante, desde fuera, las respuestas de las prostitutas son desde dentro. Así, en esta crónica, la prostitución queda expuesta desde el punto de vista de un espectador y dos actantes; ambas buscan “proyectar una realidad entera”, llegar a acercarse a esta problemática.

Aunque, no hay una crítica directa al gobierno del PRI, Tercero utiliza el caso de Laura para exponer la situación de la mujer ante una nación inclinada más hacia sus

integrantes masculinos. Tercero cuenta que Laura es una mujer graduada en antropología, pero que las opciones que tuvo después de terminar la carrera fueron mínimas. Dice Laura: “cuando acabé la carrera empecé a dar clases en el CCH y a ganar una madre... [de prostituta] llego a ganar diez mil pesos en dos meses” (31). Xavier del Campo dice al respecto que: “el incremento de los salarios no juega, pues, prácticamente, papel alguno en la progresión o regresión de la prostitución. Ninguna subida razonable de los salarios que se pagan a las mujeres en las industrias de tipo ordinario puede competir con los ingresos de las prostitutas...” (101). Basado en esto podríamos pensar en el caso de Gaby que dice que muchas prostitutas, incluida ella misma, entran a este oficio por gusto. Sin embargo, el caso de Laura contradice a del Campo porque lo que Laura reclama es que si las mujeres tuvieran mejores salarios, mejores oportunidades de participación social y económicamente en la nación, nunca hubiera entrado a la prostitución. La representación de la prostitución que logra Tercero deslegitima el discurso oficial del gobierno del PRI. Para Gaby la prostitución es un escape, pero también una venganza contra los modelos de comportamiento inculcados a las mujeres mientras que para Laura la prostitución le da la movilidad económica que la Revolución nunca logró.

“Lucha” y “Victoria”

El terremoto de 1985 en México fue un “potente revelador” de los conflictos sociales imperantes en México. Dio origen al cuestionamiento del proyecto oficial de nación pues quedaron en la superficie las condiciones de pobreza, de abusos laborales y de desigualdad social que se padecía en México. Uno de los sectores laborales más dañados fue el de la costura. Para este tiempo, había más de 700 mil mujeres trabajadoras en la

confección. Monsiváis llama a las costureras el “epíforo moral del sismo” (92) ya que se revelaron las condiciones miserables en que estas mujeres trabajaban. Por ejemplo, no tenían salario mínimo, con jornadas de nueve a diez horas diarias, sin derecho de antigüedad ni sindicatos, sin vacaciones ni horas extras pagadas, sin días de enfermedad ni aguinaldos y muy pocas con seguro social (Monsiváis 93). Sin embargo, también a partir del sismo, se evidenció la desunión del gremio y hubo conciencia de organización, como lo señala Leticia Olvera “nos dimos cuenta que teníamos derecho a un salario digno, a trabajar menos horas, a que el destajo se pagara con mejores precios y a empezar a organizarnos como movimiento” (“Situación de costureras”, 1). Después de tantas muertas atrapadas entre los escombros, de que no se les indemnizara correctamente y de que no se respetara su derecho de antigüedad a la hora de recontratar costureras, fue que empezaron a organizarse para reclamar por sus derechos.

En *Zona de desastre*, Cristina Pacheco registra y explora el espacio de la Ciudad de México después del terremoto desde una narrativa cruda y truculenta pero siempre con un compromiso honesto hacia quienes representa. Enfocándose en el sector femenino, Pacheco desentraña a la nación mexicana, reflejando las dificultades e injusticias de las mujeres en el lugar que tienen en la construcción de esta nación. En *Zona de desastre* se percibe un compromiso feminista por parte de la cronista que intenta poner en evidencia la explotación de la mujer sobre la que se construyó la supuesta modernidad del país lograda por la Revolución y el gobierno del PRI. A través de varios personajes en sus crónicas, se deja ver la historia de México desde el lado de la mujer. Específicamente en “Los hilos de la vida: las costureras,” Pacheco cronica el caso de las costureras del

centro, su muerte, su situación laboral y la formación de su sindicato. Utiliza la historia de una mujer, María de la Luz, para representar al resto de las costureras y con ello a miles de mujeres en todo el país. Construye la crónica a partir de un reacomodo de las respuestas que Pacheco le extrae a esta mujer. Es decir, la entrevista que le da forma a esta crónica se convierte en el instrumento que la cronista usa como espacio desde donde definir y canalizar su posición ideológica ante la relación entre nación y relaciones de género. Además, la cronista muestra cómo el terremoto obligó a voltear la vista y la atención hacia las mujeres costureras y con ello se descubrió la marginación y la explotación en que vivían y también; a través de la representación de la relación entre las costureras y el terremoto, se enseña una problemática más compleja en la que se involucra al gobierno, la Revolución y la participación de la mujer en la nación por todo el siglo XX.

Cristina Pacheco ha dicho que quiere sobre todo “darle voz a los pobres de México” (Egan 135) y en esta crónica lo logra al representar a este grupo de mujeres mediante la inclusión del género de la entrevista. Es decir, la crónica incluye las respuestas que María de la Luz le dio a Pacheco en su entrevista. Este gesto me parece crucial al tratar de entender el acercamiento que Pacheco desea darle a esta problemática pues de cierta forma les abre paso a estas mujeres para que expresen su malestar social. Su presencia narrativa se restringe a hacer las preguntas y la crónica está compuesta en su mayoría por lo que María de la Luz nos cuenta. Dawn Slack considera esta acción como un “stepping aside or moving back” que “opens a space wherein the subaltern can speak” (226). Sin embargo, la apertura de este espacio específicamente en esta crónica no es del

todo completa pues se debe tener en cuenta que las preguntas de Pacheco giran en torno a un propósito. Quiero decir que éstas tienen una agenda que tiene que ver con lo que la cronista desea incluir o el efecto que quiere causar en sus lectores. Pacheco le brinda el espacio narrativo a esta mujer para que cuente su historia porque ve que a través de ella puede representar a muchas mujeres mexicanas, “a esas mujeres de muy diversas edades no sólo las une el propósito de que se haga justicia: muchos rasgos comunes hacen de sus historias una sola, infinitamente repetida” (Pacheco 42). Lo que se desprende y nos interesa de estas historias es conocer el papel que han tenido las mujeres en el aspecto laboral del país.

María de la Luz, al contar su vida, narra los diferentes trabajos que tuvo. Primero trabajó en la pizca de chile, cebolla y tomate. Con los años, ya en la capital, trabajó en una tortillería y para completar el gasto lavaba y planchaba ajeno y por último, antes del terremoto ya llevaba seis años trabajando en la costura. Así, la crónica nos muestra que todos los trabajos están relacionados con las actividades predispuestas para el género femenino. La pregunta que origina esta respuesta de María de la Luz es “¿Cuándo empezó usted a trabajar?”, con ella, se espera la historia laboral de María de la Luz y así, la cronista logra demostrar que en María de la Luz se pueden ver las pocas oportunidades de empleo que el gobierno fomentó para las mujeres. Incluso en el campo, Pacheco pregunta “¿Siempre había trabajo para las mujeres en el campo? y María de la Luz le contesta que no, que cuando terminaba la pizca sólo se quedaban los hombres trabajando (44).

Las costureras son descritas por Pacheco como “...mujeres nacidas en el abandono, maniatadas por la ignorancia, urgidas por la necesidad, desangradas por la explotación y al fin asfixiadas entre las ruinas de talleres que aun antes del terremoto fueron tumbas” (42). Y “fueron tumbas” por el deterioro físico al que eran sujetas, dice María de la Luz “aquí llega una y se acaba la vista, los ojos, la espalda. A fin de cuentas parece que vale menos que la maquinaria” (49). Esto último se explica mejor cuando la cronista cuenta que de estos talleres rescatistas a sueldo primero sacaron “los rollos de tela, cajas fuertes, máquinas –más valiosas para algunos patrones que la vida de quienes con su trabajo los enriquecieron” (42). Esa riqueza de la que gozan los patrones es producto de la explotación de las costureras que se convierten en la infraestructura de la moda del vestido en México, lo que queda atrás de “‘la camisa del hombre actual, la bata de la seducción, los pantalones que son como una segunda piel, el vestido que te hará sentir más dinámica y libre’” (41). Esta descripción imita la propaganda de la industria del vestido en México y Pacheco la usa con un tono irónico para demostrar que en esta industria y en la nación, las costureras son el lado feo de la moda que nadie veía hasta el día del terremoto, “antes de ese jueves pocos pensaron en las condiciones en que trabajaban esas mujeres explotadas... [...] pocos las vieron y nadie las volverá a ver” (15).

La crónica también muestra la relación entre las costureras y la nación a través del terremoto. Éste fue sin duda el momento en que las costureras tomaron conciencia de su situación laboral y empezaron un largo proceso para reclamar sus derechos como trabajadoras. En el caso específico de María de la Luz y sus compañeras, después de que

se derrumbó el taller donde trabajaban, el patrón, cuenta María de la Luz, “nos advirtió que, debido a las circunstancias, sólo iba a contratar a 15 de nosotras y que ni siquiera a esas iban a reconocerles la antigüedad” (48). Con esta injusticia fue que empezó el movimiento, “su comportamiento, su actitud fue lo que nos hizo juntarnos aquí para ver cómo nos organizamos y nos defendemos” (48). Para esto, recibieron ayuda de estudiantes de la UNAM Azcapotzalco que les “enseñaron a formar un frente de apoyo para las costureras del centro y también a organizar una cooperativa. Con la pregunta “¿Qué defienden unidas?” (49), Pacheco intenta escrudiñar en María de la Luz una respuesta con potencial que hable sobre la lucha social pues la siguiente pregunta “¿Están aquí para protestar y para pedir que se respeten sus derechos?”, lleva una respuesta que la entrevistada únicamente afirma diciendo “exactamente” (48) y vuelve a retomar el tema de la ayuda de los estudiantes de la UNAM Azcapotzalco. Es decir, la cronista va guiando las respuestas de María de la Luz hasta conseguir que esta le responda que luchan por mejores condiciones de trabajo y seguridad, pero más aun, por el reconocimiento de antigüedad en los contratos y en caso de despido, por la indemnización correcta.

En el aspecto de relaciones de género en el trabajo de la costura, Pacheco muestra al sector masculino como un grupo con miedo de participar en las huelgas. Tras la pregunta, “...no he logrado oír el testimonio de los hombres. ¿No los hay en el gremio?” (49), María de la Luz contesta “Claro que sí. Ellos padecen lo mismo que nosotras, ganan y pierden igual...” (49). Añade más adelante que “casi todas somos cabezas de familia y por lo mismo tenemos que luchar para que las condiciones nuestras mejoren hoy...” (49).

Con esta pregunta y respuesta, la cronista expone primero, que estas mujeres tienen las mismas responsabilidades en el hogar que los hombres, aspecto que va contra la idea machista de que el hombre es quien mantiene a la familia y también, expone la valentía de las costureras por concientizarse, luchar y arriesgarse más que los hombres.

Resulta interesante que antes del terremoto María de la Luz no creyera en sindicatos y que después del terremoto, al sindicato que formaron es a lo único que le tuvieron fe. En este sindicato ven su futuro mejor porque reconoce que no hay opciones para ellas. Cuando Pacheco le pregunta si seguirá en el ramo de la costura y María de la Luz dice: “en las condiciones en las que estamos no tenemos muchas oportunidades de elegir. Comprenderá usted que lo único que quiero, que queremos todas, es trabajar en esto o en otra cosa...pero pienso que muchas seguiremos en la costura porque la mayor parte no tenemos estudios que nos abran otras puertas” (49). Con esta respuesta Pacheco muestra que ellas reconocen que la nación no cambiará la relación con ellas, que las seguirá condenando al mismo trabajo y por eso solamente luchan por mejorar lo que ya tienen.

La formación del sindicato “19 de septiembre” fue una acción alterna a la política oficial del gobierno que en lugar de preocuparse por este grupo de mujeres, las marginó y orilló a realizar este trabajo sin la menor protección. Aun con la evidencia de la explotación de las costureras, poco se hizo para ayudarlas. Irse a parar en frente de los talleres derrumbados para reclamar sus derechos, les costaba mucho dinero así que varios artistas se unieron a la causa de las costureras y diseñaron unas muñecas de trapo que las costureras cosieron y se vendieron para recolectar fondos para ellas. Las muñecas “Lucha

y Victoria” se convirtieron en el emblema de la causa de las costureras pues representaban “la catástrofe y la muerte de ciento de costureras... que reflejaban el dolor, la impotencia y el sufrimiento de las trabajadoras ante la tragedia” (Rodríguez 1).

Linda Egan cree que Pacheco en sus crónicas no le sugiere al lector ni al personaje como escapar de esa situación que viven, pero que sólo nos recuerda que eso está ahí y existe; sin embargo, Slack demuestra que Pacheco “ofrece una alternativa, una en la que el periodista se para, se queda por un rato, regresa y ayuda” (236). Más inclinada a esta última percepción del trabajo de Pacheco, sugiero que tener las muñecas como diseño de portada en *Zona de desastre* es muestra de la solidaridad civil hacia esta causa. *Zona de desastre* va mas allá de mostrar una problemática social o de dar voz a los menos representados, aquí la cronista rompe con la distancia entre escritor y el sujeto cronicado para acercarse y actuar ante una realidad.

La Revolución Mexicana nunca fue una revolución para la mujer; por el contrario, consolidó la posición superior del hombre en la sociedad mexicana posrevolucionaria. Muy a pesar de que la mujer luchó y participó de igual manera que el hombre antes y durante la Revolución, no se le liberó de sus yugos socio-culturales y peor aún, el reconocimiento de sus derechos como ciudadana ha sido un proceso largo inacabado que abarca todo el siglo XX. En este periodo de tiempo, en vez de crear una nación equitativa en donde tanto hombres como mujeres recibieran los mismos derechos y obligaciones, se formó una nación patriarcal donde las mujeres fueron parte del grupo de los más desprotegidos. Así fue que la literatura que surgió en la segunda mitad del siglo, reconoció esta posición marginal de la mujer frente a la sociedad mexicana y en la misma

literatura que se producía sobre ésta. Las mujeres escritoras, de novelas o de crónicas, lograron deslegitimar la literatura y la historia patriarcal al destacar la participación de las mujeres tanto en la lucha armada como en la construcción de la nación posrevolucionaria. La crónica se vuelve el género más asequible para las escritoras que ven en ella el elemento de urgencia y de inmediatez para hablar de sus percepciones de la nación. En las crónicas estudiadas aquí, se puede observar que a través de la representación de los empleos que la mujer mexicana más típicamente realiza, las cronistas quieren contar que después de transcurrido tanto tiempo después de la Revolución, la mujer mexicana sigue marginada de la “prometedora” nación posrevolucionaria. A estas cronistas, se les nota una profunda preocupación hacia las mujeres y cuestionan el sistema político, social y económico de la nación que las margina. “Sentarse de maría” fue una opción de trabajo para las mujeres mazahuales migrantes en la Ciudad de México; pero además, puso en crisis la imagen de la Revolución y todo lo que ésta representaba pues se suponía que los indígenas estaban bien en el campo, que la Revolución les había dado su tierra por la que habían peleado a principios de siglo. Por otro lado, la prostitución, a pesar de ser tan juzgada y rechazada como trabajo, ofrece mayores ingresos para las mujeres las que por “escape”, gusto o dinero están ahí. Por último, después del terremoto, mientras la nación conocía el abandono de las costureras, estas tomaban conciencia de su posición marginal y de sus derechos y se aferraron a un sindicato con la esperanza de mejores condiciones laborales.

Capítulo 4

El movimiento zapatista y el gobierno de la Revolución

En la última década del siglo veinte, el surgimiento del movimiento zapatista terminó con la imagen revolucionaria de México implantada por el PRI que venía en descenso desde la segunda mitad de este siglo. Su aparición hizo evidente la miseria en que este gobierno tenía a los pueblos indígenas y a otros sectores de la población. En esta época, la política del gobierno de Carlos Salinas de Gortari era cambiar la imagen del país para así atraer inversiones a México. Parecía lograrlo que hasta el Club de la Comunicación de España premia a Salinas por "...sus meritos como gobernante en el cambio de imagen de México" (Dornbierer 189). Por eso, cuando aparece el movimiento zapatista, la estrategia del gobierno para proteger esa imagen de modernidad fue minimizar los acontecimientos y reducirlos a una pequeña región geográfica y asegurarse de informar que en el resto del país las cosas no eran iguales. Pretendían manejar al movimiento zapatista como "...un asunto aislado, disminuido y prácticamente resuelto" (Trejo 62); al mismo tiempo, trataban de "desacreditar el movimiento relacionándolo con el trabajo de extranjeros que manipulaban a las poblaciones pobres y las usaban para desestabilizar al país" (Katznberger ii). Con esto querían hacer dudar a México "...de que [el movimiento zapatista] tuviera todos los motivos para justificar una acción como la que emprendían" (Dornbrerer 174).

Así fue que el primero de enero de 1994 cuando entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Estados Unidos, Canadá y México, el EZLN le demostró a

México y a todo el mundo lo lejos que estaba el país de convertirse en primermundista como pretendía hacer creer el gobierno de Salinas de Gortari. El EZLN estaba integrado por 2000 personas en su mayoría indígenas tzoltziles, zeltales que le declararon la guerra a la “dictadura monopolizada” del PRI encabezada por el “ilegitimo” presidente Salinas de Gortari (Montemayor 50). Tomaron por asalto cuatro ciudades de Chiapas: San Cristóbal de las Casas, Ocosingo, Altamirano y las Margaritas y al final del manifiesto *Declaración de la Selva Lacandona*, se incluyen las demandas del EZLN: “trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz” (EZLN 35). El EZLN es un movimiento de los grupos más marginados de la nación que han recurrido a las armas para obtener una vida digna. A partir de ese día, “la imagen de estabilidad social se derrumba y la injusticia social y la miseria extrema que el EZLN denuncia en Chiapas rompen la imagen de modernización” (Montemayor 50).

De inmediato se empezó a gestar un diálogo entre el EZLN entre el Subcomandante Insurgente Marcos y México a través de la publicación continua de comunicados del EZLN dirigidos a la nación y a los países del mundo. La crónica se volvió el género más apto para la publicación de comentarios, críticas y diálogos con el EZLN y Marcos. Se puede decir que Marcos tiene una relación directa con la crónica primero por el carácter marginal que ambos comparten. Segundo, por el carácter de compromiso social de la crónica donde el movimiento zapatista encuentra respaldo para la difusión y transmisión de sus documentos y comunicados; y tercero, porque la rápida difusión en los periódicos ayuda a la comunicación de Marcos con México y al alcance que se logra entre los diferentes públicos.

Tanto en el movimiento zapatista como en la producción literaria, la crónica o manifiesto en este caso, la figura de Marcos se vuelve el eje central a la hora de hablar, discutir, criticar o representar este movimiento. Marcos se conceptualiza como un puente entre la nación mexicana y Chiapas. Su participación pública en los medios de comunicación y su propia escritura logran que se construya una figura capaz de sacudir la atención y concientizar a los mexicanos y al mundo sobre la situación de Chiapas. De este modo, en mucha de la producción cronística, Marcos es el símbolo que representa al Movimiento Zapatista.

Uno de los aspectos que aparecen con recurrencia en la crítica al movimiento zapatista es la relación entre individuo y colectividad; es decir, entre Marcos y el grupo indígena que representa. Sin embargo, la relación individuo y colectividad resulta también interesante cuando el individuo sigue siendo Marcos, pero la colectividad es la sociedad civil (simpatizantes de movimiento zapatista). En este capítulo se estudiará esta relación a través de diferentes representaciones de la figura de Marcos en la crónica contemporánea. Las crónicas escogidas para este capítulo muestran la conexión entre Marcos, la sociedad civil y el gobierno del PRI. En la primera parte del capítulo, hablaré de la crónica “Chiapas: el sureste en dos vientos, una tormenta y una profecía” de Marcos y como éste crea un turista-lector que visita Chiapas y que a través del recorrido por las zonas turísticas del estado, acaba con la imagen primermundista de México promovida por el gobierno al exponer un Chiapas lleno de pobreza y marginación. La segunda parte del capítulo estudia la imagen pública de Marcos en las crónicas de otros autores como “El sub rompecorazones” de Guadalupe Loaeza, “Los convidados de agosto” y “El

guerrillero inexistente” de Juan Villoro y la sección “El subcomandante Marcos: la singularidad del rostro sin facciones” en “EZLN: Temas, momentos culminantes, centralidad de las márgenes” de Carlos Monsiváis. En estas crónicas, Marcos es un galán de moda capaz de atraer al sector femenino y el representante de una identidad colectiva y del México de abajo. También, la crónica de Monsiváis mencionada antes, se estudia más detalladamente en la tercera parte del capítulo. Aquí se analiza la representación que hace el cronista sobre “la toma del Zócalo” durante la marcha de los 1.111 y la relación entre los capitalinos y Marcos. Al final, Marcos resulta ser una figura capaz de llevar en sí la carga de representación de la rebeldía contra la nación mexicana construida a partir de la Revolución de 1910 y su gobierno que ha marginado a Chiapas durante todo el siglo.

Chiapas indígena

La posición geográfica de Chiapas ha sido uno de los principales factores que suscitaron el Movimiento Zapatista. En la época colonial, Chiapas no pertenecía a la Nueva España sino que era parte de la Capitanía General de Guatemala y no fue hasta consumada la guerra de independencia de México que en 1824 Chiapas se convirtió en un estado más de la Republica Mexicana. La lejanía con el resto del país se da más que nada por su topografía ya que Chiapas está formada por montañas altas, cañadas profundas, ríos muy caudalosos y la selva que hacían muy difícil el acceso a las poblaciones y las regulaciones del gobierno. De hecho, se dice que la Revolución Mexicana de 1910 no llegó nunca a este estado. Durante este movimiento armado, los terratenientes más importantes formaron el ejército mapache para defender el sistema feudal y sus

privilegios de tal manera que hicieron un pacto con el nuevo gobierno para que las reformas revolucionarias quedaran lo más posible fuera de Chiapas (“Chiapas en datos” 1). Por ejemplo, la Reforma Agraria no llegó a efectuarse mientras la tierra se quedó en posesión de algunos terratenientes.

La población indígena que representa el 26% de la población se mantuvo en estado marginal. Los grupos indígenas predominantes son Tzotzil, Tzeltal, Chol, Zoque y Tojolabal. Aunque Chiapas es uno de los estados del país con mayores riquezas naturales, los indígenas tienen muy poco acceso a ellas. Por ejemplo, Chiapas es el primer estado en el país en cuanto a la riqueza del agua pues el 30% del agua superficial del país está en Montes Azules mientras que la energía hidroeléctrica generada en la cuenca del río Grijalva provee el 54% de la energía del país (“Chiapas en datos”). Pese a esto, muchas comunidades indígenas no cuentan con luz eléctrica ni agua entubada.

En el sector de la educación, el censo nacional del 2005 mostró que Chiapas tenía el nivel de analfabetismo más alto en el país y que el 14.1 % de niños de 6 a 14 años no está escolarizado. En salud, hay un índice muy alto de mortalidad infantil ya que más del 25% de la población mayormente indígena no tiene acceso a los centros de salud. Además, Chiapas tiene el segundo lugar de desnutrición más alto del país y el 71.6 % es indígena (“Chiapas en datos” 1). Además, todo esto junto con la derogación del Artículo 27 constitucional en 1992 hizo que fuera posible la creación del movimiento armado del EZLN el primero de enero de 1994.

El Movimiento Zapatista

La Revolución había prometido a todos los mexicanos el respeto al voto, la no reelección y una reforma agraria que daría la tierra a millones de mexicanos. Para esto, había que modificar la estructura agraria de México que eliminara los latifundios y que repartiera la tierra entre campesinos e indígenas. Esto se muestra en las diferentes propuestas de cambio de los líderes revolucionarios. Por ejemplo, Francisco I. Madero en el Plan de San Luis de 1910 habla de una “reestructuración de la tierra” (Varo 109), Emiliano Zapata en el Plan de Ayala de 1911 pide “la restitución de los terrenos de que se habían despojado a los pueblos y la dotación, en plena propiedad, de nuevas tierras para los pueblos que carecen de ella” (Varo 109) y Venustiano Carranza en las reformas al Plan de Guadalupe de 1914 “se atribuyó a sí mismo la facultad de dictar ‘leyes agrarias que favorezcan la formación de la pequeña propiedad, disolviendo los latifundios y restituyendo a los pueblos las tierras de que fueron injustamente privados...’” (Varo 109). Estas propuestas se concretan en la promulgación del Artículo 27 de la Constitución Mexicana que en su Fracción X dicta:

Los núcleos de población que carezcan de ejidos o que no puedan logrear su restitución por falta de títulos, por imposibilidad de identificarlos o porque legalmente hubieren sido enajenados, serán dotados con terrenos, tierras y aguas suficientes para constituirlos, conforme a las necesidades de su población; sin que en ningún caso deje de concedérseles la extensión que necesiten.

A pesar de que como se muestra aquí, la repartición de tierra queda regulada en la constitución, este hecho se corrompe bajo los diferentes gobiernos y las reformas al Artículo 27 se vuelven comunes durante todo el siglo. Durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho, se suspende el proyecto Cardenista de expandir el sector público

industrial y se orienta la economía hacia el capitalismo, olvidando la misión revolucionaria socialista mientras que la situación de los campesinos no distaba mucho de ser como era antes de la Revolución. Los campesinos tenían la tierra, pero “enfrentaban la carencia de crédito, maquinaria, asesoría, la perversión de las instancias gubernamentales, la violencia de la burguesía agraria y de los fraccionadores voraces” (Castellanos 27).

Como resultado de estas injusticias, crece la inconformidad e irrumpen diferentes protestas en varios puntos del país. La defensa de los derechos prometidos por la Revolución es el común denominador por parte de los dirigentes campesinos como Rubén Jaramillo en Morelos en la década de los cincuenta, de los maestros Arturo Gámiz en Chihuahua, Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero además de las guerrillas urbanas de donde nacen las Fuerzas de Liberación Nacional en 1969 que origina al EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) de 1994 de militancia indígena campesina (Castellanos 19).

La imagen de estabilidad política y paz social que promovía el gobierno del PRI, sacó del panorama asesinatos políticos y levantamientos armados. En su libro *Chiapas, la rebelión indígena de México* Carlos Montemayor asegura que México “ha vivido en estado de guerra de manera casi ininterrumpida al menos desde...1965” (66) y plantea que es imposible entender la importancia del EZLN si no se considera este movimiento como una continuidad de las diferentes luchas armadas que han marcado a México durante todo el siglo XX.

El líder campesino Rubén Jaramillo participó en la Revolución Mexicana en la lucha zapatista del Ejercito Libertador del Sur por las reformas agrarias del Plan de Ayala. En Morelos, la situación en el campo estaba lejos de tomar la forma que la Revolución había prometido. Castellanos señala que a través de su lucha se puede ver “el puente para entender qué pasó en el campo y con las instituciones surgidas con la Revolución” (20). Jaramillo encuentra que se estaban dejando los principios revolucionarios y en su lucha apela a que estos sean retomados; además, exige que se les permita a los campesinos trabajar organizadamente en el ingenio de Zacatepec Morelos. Después de lanzarse a la huelga con sus seguidores, es perseguido y huye a la clandestinidad. Crea un programa político llamado Plan de Cerro Prieto donde “reivindica la esencia del Plan de Ayala” (Castellanos 36), la lucha zapatista, desconoce los poderes federales y promueve un orden político, social y económico. Dos veces se presenta como candidato a la gubernatura de Morelos en 1946, a través del Partido Agrario Obrero Morelense y en 1951, pero en ninguna de las dos ocasiones se le reconoce el triunfo y tiene que huir a la sierra para protegerse de sus perseguidores. Apoya a los campesinos que pedían tierras y al no ser escuchados por el gobierno, invaden los cerros de Michapa y El Guardín en 1961 con la idea de fundar una colonia agrícola con 6000 familias campesinas. Sin embargo, el gobierno no lo permite y él y su familia son capturados y asesinados en Xochicalco Morelos en 1962 bajo el gobierno de Adolfo López Mateos (Castellanos 24-26). Su influencia llegó a diferentes movimientos campesinos como los ocurridos en la Sierra de Guerrero una década después.

La situación campesina en el estado de Guerrero era muy similar a la de Morelos. Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, ambos maestros, “lucharon contra el cacicazgo, los fraudes electorales, la miseria campesina y las matanzas gubernamentales impunes” (Castellanos 20). Genaro Vázquez fue un maestro que se opuso al gobierno estatal de Raúl Caballero Aburto a quien acusó ante el gobierno federal de Adolfo López Mateos de despojo de tierra a los campesinos, de represión policial y de robo en su favor y de sus familiares. Fue encarcelado varias veces, pero la última vez fue liberado de la cárcel de Lecumberri en 1968 y de ahí pasó a la clandestinidad armada. Formó la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria y su programa básico era “derrocar la oligarquía capitalista, establecer un gobierno de coalición popular compuesto por obreros y campesinos, estudiantes e intelectuales progresistas e instaurar un orden social que beneficiara a las mayorías trabajadoras del país” (Castellanos 123). Por su lado, Lucio Cabañas, que también era maestro, organiza una manifestación pacífica en Atoyac que fue balaceada por la policía judicial del estado. Esto obligó a Cabañas a irse a la Sierra de Guerrero y empezar su lucha guerrillera. En 1974 tuvo el último enfrentamiento con los militares en la sierra donde lo rodearon, pero antes de ser capturado se disparó él mismo para evitar ser torturado y posteriormente asesinado. La actividad guerrillera de Vázquez y Cabañas sufrió “el despliegue militar más arrasador del México posrevolucionario” (Castellanos 104).

El Asalto al cuartel militar de Madera, Chihuahua por el Grupo Popular Guerrillero fue la primera acción revolucionaria importante de la guerrilla contemporánea en México. Este grupo estaba dirigido por el maestro Arturo Gámiz García y por

Salomón Gaytán. Su lucha se origina por la mala distribución de tierra que imperaba en el estado y las malas condiciones de trabajo y vida de los campesinos. Para 1963, existían los latifundios más extensos de México dedicados al ganado por la demanda de compra estadounidense mientras que el campo estaba abandonado. La repartición de tierra no acababa de hacerse y los ejidos no tenían el equipo necesario. Castellanos cuenta que “había más de 50 mil hombres del campo chihuahuense sin tierra; 400 solicitudes para crear nuevos centros de población permanecían ‘en trámite’ desde hacía dos décadas y el principal producto agrícola, el algodón, era explotado por la compañía extranjera Anderson and Clayton” (66). Gámiz empezó organizando a los pueblos y con el tiempo convocó a dirigentes de las normales rurales de la UGOCM y del PPS para realizar el Primer Encuentro en la Sierra donde se decidió continuar con las tomas de tierras. Inmediatamente después, el gobierno apresó a Gámiz y a otros dirigentes. Cuando éste sale de la cárcel, se interna en la clandestinidad y desde ahí convoca al Segundo Encuentro en la Sierra para redactar “Resoluciones” un texto donde “se analiza la situación nacional y mundial y se propone el camino de las armas para lograr profundas modificaciones en la lucha de clases en México” (Castellanos 78). El 23 de septiembre de 1965, campesinos, estudiantes y maestros intentan tomar por asalto al cuartel militar de Madera, pero el intento fue interceptado y casi todos los participantes fueron asesinados incluyendo a Arturo Gámiz García.

Así como estos movimientos armados tomaron lugar en zonas campesinas, también los hubo en zonas urbanas. De acuerdo a Montemayor, “los movimientos armados urbanos se nutrieron de cuadros juveniles con una sólida formación ideológica

que a menudo acentuó entre ellos las diferencias de estrategia y de concepción política, impidiendo la formación de un frente nacional que aglutinara todas las fuerzas” (68). Además, asegura que varias de estas organizaciones hicieron trabajo político en Chiapas durante casi catorce años que crearon lo que hoy es el EZLN. La organización que dio origen al EZLN fue la de las Fuerzas de Liberación Nacional formadas por Alfredo Zarate, dirigente estudiantil y magisterial de Jalapa, Raúl Pérez Vázquez de Yucatán y Cesar y Fernando Germán Yáñez el 6 de agosto de 1969 en un área situada entre los estados de Chiapas y Tabasco en plena selva Lacandona (Castellanos 243).

En una entrevista realizada en televisión, el 11 de noviembre de 1995, por Cristian Calónico, el subcomandante Marcos relata la formación del EZLN en tres etapas. La primera etapa consiste en la llegada a la selva de Chiapas en 1983 de un grupo de hombres sin armas, sin equipo y sin trabajo político, pero que estaban en contacto con algunos líderes campesinos. Estos se internan en lo más profundo de la selva, donde no hay comunidades indígenas y batallan contra el hambre, las enfermedades y el frío. En 1984, se inicia “el proceso de concientización” en todo Chiapas. Este consistía en instruir a los indígenas en la necesidad de pelear y de prepararse para eso. Mientras preparaban militarmente a los indígenas, también se les explicaba la situación en México y en el extranjero. Fue así que se estableció una relación recíproca entre el grupo militar y las comunidades indígenas en la que estos últimos facilitaban la comida y la ayuda para sobrevivir en la montaña y los primeros daban la información. La segunda etapa del EZLN se da cuando las comunidades indígenas creen en la urgencia por tener una fuerza

de autodefensa a raíz de la lucha contra los guardias blancas de finqueros y terratenientes quienes cada vez despojaban más a los indígenas de sus tierras.

La tercera etapa empieza cuando muchos jóvenes indígenas se unen al ejército zapatista. Entre 1986 y 1988, con la entrada de estos jóvenes, el Ejército Zapatista se ve en la necesidad de acercarse a los pueblos indígenas y dejar la selva. Así fue que sus integrantes se volvieron parte de las comunidades quienes los ayudaron como a los suyos y a los que ofrecieron protección. De 1988 a 1992 se llevó a cabo un proceso de conspiración muy amplio y masivo entre las comunidades indígenas las que se radicalizaron más cuando se hicieron las reformas al Artículo 27 de la constitución que daba por terminado el reparto agrario y con ello, la esperanza de miles de indígenas de obtener tierra. Con esto, a las comunidades sólo les quedó emigrar o quedarse a vivir miserablemente. Es a partir de estos eventos que se plantea que el EZLN no sólo defendiera de las guardias blancas, sino que también fuera el instrumento para exigir sus demandas. Además, la relación entre el EZLN y las comunidades se hizo más fuerte y ya no se podían tomar decisiones sin tomar en cuenta a las comunidades y sin contar con su aprobación. Se establece pues la jerarquía en la que la toma de decisiones era colectiva y horizontal, pero el mando del EZLN estaba en las comunidades indígenas, lo que llevó a que en 1991 se pasara de decenas a miles de combatientes.

Un elemento que influyó mucho en lo que fue el primero de enero de 1994, fue la celebración de los 500 años del encuentro de dos mundos en 1992. Para los indígenas este encuentro había sido brutal y era el comienzo de su resistencia contra la exterminación de la que fueron objeto. Este evento despertó un orgullo de las comunidades sobre su pasado

y una rebelión contra la idea de festejar ese acontecimiento por parte del poder. Ya para este año, las comunidades empezaban a discutir si el EZLN debía iniciar la guerra. Sin embargo, no fue hasta 1993 cuando se organizó el poder de las comunidades indígenas en lo que se llamó Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI). A partir de esto, fue se decidió ir a guerra medio de votaciones, tarea que se le encomendó a Marcos. No obstante, la guerra se aplazó hasta el siguiente año debido a que el ejército estaba entrenado para defender y no para atacar. Según Marcos, “era importante bajar a las ciudades, mostrarse y dejar en claro que se trataba de un movimiento social autentico y con base indígena” y no que eran una banda de narcotraficantes.

Otro elemento crucial para que se iniciara el movimiento zapatista en Chiapas fue la entrada en vigor del TLC. Aquí la figura de Carlos Salinas de Gortari es importante pues fue quien sin simulaciones, abandonó la ideología de la Revolución Mexicana. Quiso modernizar una sociedad tradicional y cambiar la imagen de México a la de una nación en modernización ante el mundo. Para esto, era necesario reformar el Artículo 27 de la Constitución y básicamente, esta reforma declaraba que la Reforma Agraria había terminado y no existía más el derecho a la tierra por el que se había peleado en la Revolución de 1910. Fue claro que esto no fue más que una preparación para el TLC mediante el cual, Salinas de Gortari preparaba la entrada de México al primer mundo. En teoría el TLC pretendía eliminar las barreras entre el comercio de los países participantes, en este caso México, Canadá y los Estados Unidos. Cada uno de estos países tendría el mismo acceso a los respectivos mercados y esto llevaría a incrementar el desarrollo económico de los tres países. En el caso de México, se pensó que México dejaría

Latinoamérica para formar parte de Norte América; sin embargo, los resultados fueron otros. William Orme en *Understanding NAFTA* dice que “los logros económicos que NAFTA supuestamente aceleraría y consolidaría fueron abruptamente revertidos... [...] el desempleo aumentó, el salario bajó y el dinero se movió hacia el norte, no hacia el sur” (x).

En este contexto, se inicia el levantamiento armado el primero de enero de 1994 en Chiapas con la toma de 4 municipios y se hace pública la Declaración de la Selva Lacandona donde se declara la guerra al gobierno mexicano. Después de varios días de enfrentamientos armados, se acuerda un alto al fuego y se comienzan los ajustes para el diálogo entre el gobierno y el EZLN en las Jornadas por la Paz y la Reconciliación. Al siguiente año, en febrero el gobierno anuncia el descubrimiento de la identidad de varios líderes zapatistas, incluyendo al Subcomandante Insurgente Marcos. Se ordena su captura bajo cargos de uso de armas del ejército, terrorismo y otros delitos. Durante todo el año prosiguen los acuerdos para el diálogo mientras que se organizan convenciones por la paz en todo el país. También se realiza el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo con 5 mil asistentes de todo el mundo. Para el siguiente año se firman los acuerdos sobre Derechos y Cultura Indígena donde el gobierno se compromete a reconocer a los pueblos indígenas en la constitución. Zedillo rechaza los acuerdos de San Andrés y se organiza la marcha de los 1,111 delegados zapatistas hacia la Ciudad de México. Meses después ocurre la matanza de Acteal donde 45 indígenas tzotziles son asesinados por paramilitares priistas. Desde 1988 se llevan a cabo los desmantelamientos de los municipios zapatistas donde los indígenas son objeto

de robo, saqueo, violaciones y profanación de templos. Al mismo tiempo se luchaba por que se cumplieran los acuerdos de San Andrés y se buscaba las bases para el diálogo y la paz en Chiapas.

¡Ven a Chiapas!

Desde iniciado el movimiento zapatista, tanto Marcos como el CCRI (Comité Clandestino de Revolución Indígena) han logrado una amplia difusión de textos como cartas, comunicados, documentos e historias de ficción. A través de ellos, Marcos pudo lograr un prolífico diálogo con México y el mundo. La crónica por su rápida difusión y su alcance de públicos, se vuelve el género más viable para Marcos en su afán por contar la situación chiapaneca. Uno de los primeros textos publicados de Marcos es “Chiapas: el sureste en dos vientos, una tormenta y una profecía”. Este texto contiene datos sorprendentes sobre el nivel de pobreza, analfabetismo, salud, educación, explotación de recursos naturales, corrupción de los gobernantes y racismo. Además, también cuenta cómo se organizaba y se empezaba a gestar el levantamiento armado. Para esta parte del capítulo, se tomarán solamente las tres primeras partes del texto de Marcos que describen un recorrido por Chiapas y muestran la situación en este estado del país y en México en general. En una entrevista con Medea Benjamín, Marcos dice sobre México que:

El gobierno ha tratado de mostrar México como un país del primer mundo. Quieren enseñar al World Trade Center, los centros comerciales, la Zona Rosa, las grandes y modernas ciudades –Acapulco, Cancún, Ciudad de México, Monterrey, Guadalajara. Quieren enseñarles a los turistas la encantadora cultura mexicana– los mariachis, las danzas folklóricas, la ropa y artesanías de los indígenas. Pero detrás de esta imagen está el México real, el México de los millones de indígenas que viven en extrema pobreza

(58).

El gobierno de la revolución se encargó de imponer una realidad falsa en la que la imagen de México en el primer mundo era un mero espejismo. En “El sureste en dos vientos” Marcos intenta mostrar la verdadera imagen de Chiapas y de México y se representa a sí mismo como el proveedor de información sobre la situación en Chiapas. En la introducción al texto dice:

Ahora que Chiapas nos reventó en la conciencia nacional, muchos y muy variados autores desempolvan su pequeño *Larousse ilustrado*, su *México desconocido*, sus diskets de datos estadísticos del Inegi o el Fondo o hasta los textos clásicos que vienen desde Bartolomé de las Casas. Con el afán de aportar a esta sed de conocimientos sobre la situación chiapaneca, les mandamos un escrito que nuestro compañero Sc. I. Marcos realizó... [...]

(1)

Aquí se puede notar que la relación de Marcos con México es primero una de escritor-lector pues reconoce en México a un público que lo lee y a quien puede informar/educar sobre Chiapas y segundo, que la información que él tiene supera los textos que menciona. Para revelar la verdadera imagen de Chiapas, Marcos crea una especie de turista-lector con el que pretende destruir esta realidad y pone en escena las evidencias de un México más complejo, lleno de pobreza, corrupción e injusticias. A través de la metáfora de “la bestia”, en el recorrido que hace este turista-lector, descubre un Chiapas poco turístico que el capitalismo devora y es en este recorrido que Marcos pretende concientizar a la población de lo que sucede en este estado, pero además, invita a que se dirija la vista hacia otros estados del país donde se encontrarán muchas similitudes con Chiapas.

Para la creación del turista-lector, Marcos se vale de construir un recorrido por Chiapas simulando el que los turistas hacen generalmente en sus visitas al estado. Marca y delinea los principales puntos de atracción y los aspectos por los que son reconocidos; sin embargo, en este recorrido se muestran otros elementos que conforman la realidad

chiapaneca. El turista-lector se crea a partir de un supuesto diálogo con el lector en el que desde el principio se le asigna su papel de turista, pero un turista atraído por la propaganda turística del gobierno. Marcos le dice al lector, “Suponga que habita usted en el norte, centro u occidente del país. Suponga que hace caso de la antigua frase de Sectur de ‘Conozca México primero’” (50). Después, en la primera y tercera parte, el turista-lector es apelado directamente con órdenes y sugerencias de dónde ir. En la primera parte del texto se empieza el recorrido por Chiapas con una figuración: “suponga que decide conocer el sureste de su país y suponga que del sureste elige usted el estado de Chiapas” (50). El viaje por carretera empieza en Oaxaca por la Transistmica donde el narrador sugiere no ver la garita del Servicio de Inmigración y con ello lo que hace es hacerla evidente para el turista-lector con el fin de que la existencia de la garita “...hace pensar que uno sale de un país y entra en otro” (50). La garita toma la forma de una división entre el espacio de la nación y el de Chiapas; es decir, sugiere que el espacio al que se va a entrar es diferente que el resto del país y que el turista-lector debe prepararse para lo que verá. Por otro lado, este camino toma importancia cuando se introduce la metáfora de “la bestia” pues es uno de los que utiliza “la bestia” para saquear al estado. “La bestia” es una metáfora que Marcos desplaza por la primera y tercera parte del texto para mostrar que es ésta quien “por miles de caminos desangra Chiapas” (50). Para Marcos, esta “bestia” viene a ser el capitalismo y entre los adjetivos que utiliza para describirla están: “no conforme”, “insaciable”, “petrolera” y “hambrienta”. Son adjetivos que construyen una imagen de ferocidad que devora a Chiapas y que es el capitalismo. Cada vez que Marcos alude al capitalismo en Chiapas, usa “los dientes de la bestia” para mostrar cómo

queda Chiapas en este cruel intercambio. Por ejemplo, dice "...sangre chiapaneca fluye por los mil y un colmillos del saqueo clavados en la garganta del sureste mexicano" (50). Y en seguida nos muestra que la "la bestia" succiona 92 mil barriles de petróleo y 516.7 millones de pies cúbicos de gas, más de 100 mil toneladas de café, se lleva el ganado vacuno, la madera, la energía hidroeléctrica, la miel, el maíz, el tamarindo, el sorgo, el aguacate, el mamey, el cacao y el plátano.

La segunda parte del texto titulada "¿Qué deja la bestia a cambio de todo lo que se lleva?" sirve como una introducción que prepara al lector para la tercera parte. Aquí se compara Chiapas con el resto del país y se presenta la miseria extrema que el capitalismo ha hecho en este estado. Esta parte de la crónica se aleja del aspecto literario para concentrarse en datos y hechos que le dan a la crónica un aire de verdad. Esto nos acerca a una realidad fácil de entender para un público general acostumbrado a una lectura más periodística. Marcos subraya cinco aspectos básicos en los cuales Chiapas está atrasado con respecto a otros estados del país por ejemplo: la comunicación, la educación, la industria, la salud y la alimentación. Para el primero de estos, Marcos afirma que 12 mil comunidades "no tienen más comunicación que los centenarios caminos reales" (53) y que las líneas del ferrocarril "no siguen las necesidades del pueblo chiapaneco sino las del saqueo capitalista desde los tiempos del porfirismo" (53). En la educación, la de Chiapas es la peor del país, "en primaria, de cada 100 niños 72 no terminan el primer grado. Más de la mitad de las escuelas no ofrecen más que el tercer grado y la mitad sólo tiene un maestro para todos los cursos que imparten" (53). En la industria casi la mitad es de molinos de nixtamal, de tortillas y de muebles de madera. De acuerdo a Marcos, la

salud en Chiapas “es un claro ejemplo de la huella capitalista: un millón y medio de personas no disponen de servicio médico alguno” (53) y en la alimentación “el 54 por ciento de la población chiapaneca está desnutrida y en la región de los altos y la selva este porcentaje de hambre supera el 80 por ciento” (53). Estos datos no son nuevos, han estado permanentemente, pues la explotación de los recursos en Chiapas data de varios siglos atrás. En el intercambio, lo que recibe Chiapas no es nada comparado con los beneficios que saca “la bestia”. Marcos afirma que “el sureste sigue explotando materias primas y mano de obra y, como desde hace 500 años, sigue importando lo principal de la producción capitalista: miseria y muerte” (54). El efecto que causan estas últimas palabras de la crónica son impactantes para un lector desinformado de la situación en Chiapas y esto lo logra Marcos al utilizar un lenguaje menos poético por toda esta parte de la crónica que hace su información más creíble.

Mientras esta pobreza y la explotación de los recursos seguían vigentes en Chiapas, el gobierno de Salinas de Gortari promovía una campaña para combatir la pobreza llamada “Pronasol” (Programa Nacional de Solidaridad). Este programa se planteaba como un elemento unificador en el que el Estado y la sociedad trabajaban conjuntamente para mejorar las condiciones de vida de la población. Con respecto a esto, Marcos dice: “el programa de optimización de la pobreza, esa pequeña mancha de socialdemocracia que salpica ahora al Estado mexicano y que con Salinas de Gortari lleva el nombre de Pronasol es una caricatura burlona que cobra lágrimas de sangre a los que bajo a estas lluvias y soles, se desviven” (54). Pues con este programa más que tener como centralidad eliminar la pobreza en México, lo que pretendía el gobierno con el era

tener a la sociedad en calma pues para estos años, se había llevado a cabo una transformación social en la que la gente reclamaba la parálisis del gobierno y del partido oficial ante el empobrecimiento del país, el fraude electoral de 1988. Además en esta época, nacía un partido político de verdadera oposición (PRD) que ganaba simpatizantes. Por todo el país aparecía el lema “con Solidaridad venceremos” que pretendía mostrar la imagen de un gobierno preocupado por sus habitantes; sin embargo, esto era sólo la imagen que se deseaba proyectar con supuestos programas de asistencia social mientras que las ganancias de la explotación de los recursos del país se concentraban en pocas manos mexicanas y extranjeras. Por eso, Marcos se ríe de Pronasol como medida para combatir la pobreza y expone la realidad de los indígenas bajo esta campaña gubernamental.

Chiapas es uno de los estados del país con más promoción turística por parte del gobierno que invita a visitar los parques nacionales, las ruinas mayas, las ciudades coloniales y el folklore de los pueblos indígenas y sus artesanías; sin embargo, todo esto es una cortina que deslumbra al turista-lector, pero que cubre la pobreza. La tercera parte de este texto muestra uno de los recorridos más comunes de los turistas que visitan Chiapas, pero este guía ofrece una vista del estado que termina por incomodar al turista porque en los mismos lugares turísticos que el gobierno promociona, el guía hace voltear la mirada hacia la realidad que el gobierno trata de ocultar. El título de esta parte es “¡¡Bienvenido!!...Ha llegado usted al estado más pobre del país: Chiapas”. Aquí se puede notar que el título es una burla al letrero de bienvenida a la entrada del estado pues es un letrero con el que da una breve explicación del Chiapas que el turista-lector encontrara.

También, desde un principio marca el tipo de recorrido que se hará con el guía. La primera parada es en Tuxtla Gutiérrez, la capital del estado, pero el guía le sugiere al turista-lector “no se detenga, a penas toca usted los labios de las fauces sangrantes de la fiera” (54). Pues a partir de aquí se adentra en la sierra y pregunta y responde: “¿Qué ve? Está en lo cierto, entró usted a otro mundo: el indígena” (54). Mucho se dice que los pueblos indígenas están muy lejos de parecer México, pero lo cierto es que es “otro” México, el que muy pocos conocen. Después llega a San Cristóbal de las Casas, aquí, dice el guía, “es un gran mercado” (55) pues “tzotziles, tzeltales, choles, tojolabales y zoques, todos traen algo: madera, café, ganado, telas, artesanías, frutas, verduras, maíz... Todos se llevan algo: enfermedad, ignorancia, burla y muerte” (55). El intercambio es desigual entre indígenas y San Cristóbal, esto alude a la relación entre México y Chiapas y entre México y el capitalismo. Más adelante en el recorrido, en Ocosingo, el guía ordena mantener la vista a la izquierda “porque si no, en el Km 7, verá usted otra magnífica construcción con el noble símbolo de SOLIDARIDAD en la fachada. No vea, le digo que voltee para otro lado, no se dé cuenta usted de que este edificio nuevo es...una cárcel (dicen las malas lenguas que son ventajas que ofrece Pronasol: ahora los campesinos no tendrán que ir hasta Cerro Hueco, cárcel en la capital del estado)” (55). Al mismo tiempo que el guía ordena que no se mire hacia una dirección, con un tono irónico explica por qué no se tendría que hacer y esto último es porque no es parte del paseo turístico; es decir, esa construcción no está en la imagen que se desea enseñar a los visitantes, pero en cambio, el letrero SOLIDARIDAD hace creer que a pesar de ser una cárcel, es una obra benéfica que el gobierno le da a la población.

A petición del turista-lector, el guía ofrece dar un paseo breve por Ocosingo y sugiere “los principales puntos de interés” (56) que son: prostíbulos, una cárcel, la iglesia, la Ganadera, un cuartel del ejército federal, los judiciales, la presidencia municipal y Pemex. Con esto, Marcos hace un delineamiento de cómo está construida la ciudad y sugiere que estos sitios son puntos desde los cuales se dirige y somete a la población, son espacios de poder y represión, pero al mismo tiempo de gobierno. Y antes de salir de esta localidad, el guía advierte al turista-lector que no siga por una carretera de terracería por donde se llega a San Martín, un ejido muy pobre y chico. Ahí, señala un galerón y cuando el turista-lector le pregunta qué es, el guía le dice:

Bueno, a ratos iglesia, a ratos escuela, a ratos salón de reuniones. Ahorita es una escuela, son las 11 del día. No, no se acerque, no mire dentro, no vea a esos cuatro grupos de niños rebosando de lombrices y piojos, semidesnudos, no vea a los cuatro jóvenes indígenas que hacen de maestros por una paga miserable... [...]; no vea que la única división entre un ‘aula’ y otra es un pequeño pasillo... [...] No, no vea esos carteles que es lo único que el gobierno les mando a estos niños, no los vea: son carteles para prevenir el sida...

(56)

Aquí, a través de la representación de este galerón, Marcos critica las escuelas y la educación en todo el país. Además, con esta descripción se informa de las precarias instalaciones, que también muestran la negligencia del gobierno en cuanto a la educación rural, que Pronasol no entra en estos casos y sobre todo, muestra a los niños en condiciones muy miserables.

En el texto hay varios momentos en los que el turista-lector parece pensar que el paisaje chiapaneco que le muestra el guía tiene que ver con los tiempos del porfiriato. Primero pregunta que si lo que está viendo es una hacienda porfirista a lo que el guía responde con una fingida sorpresa: “¡Pero eso se acabó hace 75 años!” (56). Esta

insistencia se repite cuando el turista-lector vuelve a referirse a las haciendas después que el guía le explica sobre el Comité de Defensa Ciudadana que: “es un grupo de ‘heroicos’ ganaderos, comerciantes y charros sindicales que organizan guardias blancas para desalojos y amenazas” (57). Y vuelve a ratificar “No, ya le dije a usted que la hacienda porfirista acabó hace 75 años” (57). Con esto, el guía alude a la economía semifeudal, a la posesión de la tierra casi inmovible desde el siglo XIX y al caciquismo, instituciones que permanecen desde el porfiriato. Es decir, Marcos muestra que hasta en el paisaje más actual y comercial, se puede notar que Chiapas quedó lejos de los ideales que iniciaron la Revolución de 1910 y que en 75 años el gobierno revolucionario no cambió nada la situación en Chiapas. En este estado, no sucedieron los supuestos cambios que se debieron ver en todo el país durante la etapa comprendida entre 1910-1920 pues este grupo de ganaderos se consolidó en el poder y los métodos porfirista se mantuvieron durante los 75 años del gobierno de la Revolución que supuestamente vigilaba el cumplimiento de lo estipulado en los ideales revolucionarios y en la Constitución de 1917.

Después de visitar Palenque, resulta que el turista-lector está cansado de caminar y de ver los sitios por los que el guía lo ha llevado. Chiapas pobre no resulta disfrutable ni atractivo para nadie. Se ofrece un diálogo entre el guía y el turista-lector: “¿Cansado? Bueno, paremos un poco. ¿No quiere ver las pirámides? ¿No? Bueno. ¿Xi’Nich? Ajá, una marcha indígena. Sí, hasta México. Ajá, caminando. ¿Cuánto? Mil 106 kilómetros” (57). Hasta aquí en este diálogo se muestra un paralelismo entre la caminata por Chiapas y la marcha indígena a la capital. Con esto se compara el cansancio físico de ambas partes

para enseñar lo insignificante que resulta el cansancio del turista-lector ante la importancia de la marcha que de antemano se sabe que no tendrá los resultados deseados. Continuando el dialogo, parece que el turista-lector quiere huir de la realidad que el guía le ha mostrado en el recorrido: “¿Cansado? ¿Quiere regresar? Bueno. ¿Otros lugares? ¿Distintos? ¿En qué país? ¿México? Verá usted lo mismo, cambiarán los colores, las lenguas, el paisaje, los nombres, pero el hombre, la explotación, la miseria y la muerte, es la misma. Sólo busque bien. Sí, en cualquier estado de la república. Ajá, que le vaya bien...” (57). Ahora el cansancio del turista-lector es sobre lo que se ha encontrado en su visita; es decir, no parece estar cómodo con el Chiapas que conoció. Aun cuando el guía le ha mostrado otro Chiapas y México, el turista-lector busca la realidad que le había mostrado el gobierno, la del México primermundista y pretende encontrar esto en otros estados. Sin embargo, el guía se encarga de asegurarle que en todo México se vive la misma situación que en Chiapas.

Marcos, el sub

La labor de Marcos dentro del movimiento zapatista ha sido uno de los aspectos más comentados y criticados. Su título de “subcomandante” ha sido cuestionado ya que su participación es la de un líder y no la de un subordinado. Sin embargo, “Marcos interviene únicamente para hacer que el mensaje de los indígenas sea comprensible para el publico externo” (Vanden 63). La respuesta que ha tenido la gente ha sido una de fascinación por el pasamontañas y la identidad de Marcos. En el género de la crónica, el pasamontañas y la propia figura de Marcos son los temas más recurrentes en cuanto a la representación del movimiento zapatista. En esta parte del capítulo, se estudiarán las

representaciones de Marcos que hacen cronistas como Guadalupe Loaeza, Juan Villoro y Carlos Monsiváis. Para los tres cronistas, Marcos es un foco colector de la atención del país. Loaeza cuenta como Marcos se vuelve atractivo para el sector femenino de clase media, en las crónicas de Villoro, Marcos es el representante de una identidad colectiva y en la de Monsiváis, es un símbolo representante del México de abajo.

En la crónica “El Sub rompecorazones” de Loaeza, Marcos se convierte en el galán del momento, pero al mismo tiempo, sirve de gancho para concientizar al sector femenino sobre la situación en Chiapas y en todo México. Mientras que algunos creen que la imagen de Marcos cobra un protagonismo que disminuye la credibilidad hacia el movimiento zapatista, en la entrevista con Medea Benjamín, Marcos asegura que él no gana nada de esto, que “las mujeres no vienen aquí por mí...no hay ningún beneficio sexual en esto para mí...no gano dinero de esta imagen. Es el movimiento el que se beneficia, porque de esta manera más gente pone atención al problema” (69). Es precisamente lo que Loaeza representa en su crónica que está formada por las respuestas que ofrecen 7 mujeres encuestadas telefónicamente. Los primeros comentarios que lanzan estas mujeres son entre: “¡Está hecho un forro! Me encanta como mira” (33), “¡Guau! Me gusta por la incógnita, por inalcanzable” (33), “¡Híjole, me encanta!” (34), “Me gusta mucho” (34), “¡Un tipazo!” (35) y “¡Es mi héroe! Yo creí que ya no había hombres como el” (35). Cada uno de estos comentarios está cargado por una explicación de lo que Marcos ha causado en sus vidas. Por ejemplo, la primera entrevistada dice: “Como que de alguna manera me está ayudando a tomar conciencia de muchas cosas. *Gracias a él* estoy conociendo una de las tantas realidades que hay en el país” (32). La

segunda entrevistada cuenta que se peleó con su marido por causa de Marcos, “Es que dije que un hombre como él debería ser el próximo presidente de la República...” más adelante dice, “...que el discurso de Marcos lo sentía mucho más sincero y menos acartonado que el de los priistas. Junto a Marcos todos se ven como muy mediocres” y continua diciendo, “quiero que sepas que *gracias a él*, estoy leyendo *Los indios de México* de Benítez y a Rosario Castellanos” (33). Ambas mujeres muestran un grado de concientización hacia la realidad indígena de Chiapas aunque sea más por la atracción hacia Marcos que por los grandes problemas que cargan los indígenas chiapanecos.

La entrevistada cuatro va más allá y no solo le hace un agradecimiento a Marcos por su cambio sino también esta mujer se lo agradece a Dios. Tras decir que tiene un poster de Marcos escondido en su closet y que compra y da dinero en las calles, dice: “para mí que Dios nos mandó a Marcos para que empecemos a pensar en los que viven en la miseria” (34). Solamente la sexta entrevistada hace alusión al movimiento zapatista y no a Marcos únicamente, “pero desde que surgió el levantamiento zapatista en Chiapas ya no veo nada claro. El gobierno de Salinas se me desplomó por completo” (35). Para ellas, Marcos es quien les ha abierto los ojos y quien les hacer ver la miseria y la corrupción política. En todos estos casos se puede notar que es la fascinación por Marcos lo que conecta a estas mujeres con el movimiento zapatista. Aunque podríamos pensar que sin la figura de Marcos tal vez estas mujeres ni se hubieran enterado del levantamiento zapatista, el resultado, concientizar a la gente sobre la situación en Chiapas, es beneficioso.

Representarse a sí mismo ante la sociedad mexicana fue una de las tácticas de guerra del EZLN en un acto de llamar la atención de la sociedad civil mexicana y del mundo. El pasamontañas de Marcos tuvo un lugar central en esta representación ya que fue el punto de mayor atracción. Juan Villoro en “Los convidados de agosto” y “El guerrillero inexistente” registra las reacciones de la gente y del gobierno sobre el pasamontañas. En la primera crónica, sobre la Conferencia Nacional Democrática, hay una cierta ambivalencia ante la figura de Marcos y su encapuchamiento por parte del cronista; en la segunda crónica, sobre el descubrimiento de la identidad de Marcos, Villoro expone la torpeza del gobierno en tratar de lidiar con Marcos y la fuerza que ganaba éste entre la gente y además, el cronista analiza el pasamontañas como la afirmación de una identidad colectiva.

En la crónica “Los convidados de agosto” Villoro empieza con un epígrafe que dicta: “Me encanta la franqueza de un hombre enmascarado” frase dicha por el Pingüino en la película *Batman regresa*. Con esto, el cronista no sólo logra distanciarse del acontecimiento que crónica a través del uso del humor, sino que muestra ambivalencia hacia la figura de Marcos. Es decir, “la franqueza” alude a la autenticidad de las palabras de Marcos en cuanto a la situación indígena en Chiapas; pero al mismo tiempo, pensar que vienen de “un hombre enmascarado”, tiene que ver con la idea de la máscara como algo inauténtico que cubre una realidad que se desea ocultar y que por lo tanto inspira desconfianza.

Para Villoro, el pasamontañas o máscara de los integrantes del EZLN es solamente una parte de todo el disfraz, aspecto que se convierte en un arma de lucha. El

cronista cuenta que “el levantamiento se anunció en la tienda de ropas...” (260) cuando un cliente se aparece y compra 30 pasamontañas y encarga 300 más, después llegan otros clientes por pantalones verdes y camisa café y por último el paliacate. El disfraz es la imagen del EZLN que se va construyendo poco a poco y con esto evidencia la marginación de los pueblos indígenas, la mentira del México primermundista y la corrupción del gobierno. Al respecto dice Villoro : “Aunque los días de combate y los muertos fueron reales, la principal función de la guerrilla ha sido representarse a sí misma, poner en escena gestos, disfraces, textos políticos” (262). En otras palabras, lo que ha logrado la guerrilla es evidenciarse ante la nación y con esto, evidenciar también la marginación de los pueblos indígenas, la mentira primermundista y la corrupción del gobierno. Villoro dice que éste era un ejército “...cuya preparación se notaba más en el uniforme que en las armas” (261), pues como amenaza militar no representaba ningún peligro porque “el EZLN tiene una estatura promedio de 1.55, una edad media de 20 años y obsoletos rifles de cacería” (271) o hasta de madera. Por eso, llama a este levantamiento “la más casera de nuestras rebeliones” (271).

Al final de la crónica, Villoro narra que entre las preguntas que le hicieron a Marcos en la Convención, le preguntaron cuándo se iba a quitar la máscara, éste respondió con otra pregunta a la audiencia, “¿Me quito el pasamontañas?” (276). Villoro describe el momento como “un pavor de fin de mundo que recorrió a los asistentes. La votación se hizo en forma de alarido: ¡No!” (277). Termina diciendo que ante la negativa a quitarse la máscara, “su disfraz se había transformado: la máscara es ya su identidad” (277). Para los asistentes está claro que Marcos sin pasamontañas ya no es Marcos y lo

necesitan; para Villoro, el disfraz había dejado de ser sólo eso, la máscara y el uniforme eran el Subcomandante Insurgente Marcos representante de un grupo que lucha por incluirse en la nación.

Este tema de la máscara de Marcos se repite y se expande en la crónica “El guerrillero inexistente”. Aquí, la crónica gira en torno al descubrimiento de la identidad de Marcos por parte del gobierno de Zedillo y a la situación económica del país. Para el cronista, la sociedad mexicana vivía en un sueño, en una imagen falsa con “...centros comerciales con jardines interiores,... [...] el Price Club, un local de venta al mayoreo donde la clase media mexicana descubría inventos como el papel higiénico perfumado, el agua insípida francesa o la leche sin lactosa” (280). Una imagen de modernidad, de primer mundo que promovía el gobierno del PRI y que ocultaba la realidad de pobreza que padecía el país. Villoro dice: “En 1994 la rebelión zapatista nos sacó del sueño” (281); es decir, enseñó a México que detrás de esa imagen impuesta y falsa de modernidad, la pobreza, la injusticia y el racismo aparecían y mostraban otro México.

Al cabo de unos meses, la guerrilla dejó las armas y los medios de comunicación fueron el espacio donde tomó lugar la rebelión. En estos, la máscara de los zapatistas fue de gran importancia. Villoro cuenta al respecto que: “una de las estrategias centrales de esta escaramuza virtual fue el pasamontañas, la identidad fugada de los rebeldes, su condición de vengadores anónimos, a la manera de Batman o los encapuchados del *Popol Vuh*” (281). Es decir, específicamente en Marcos, los medios construyeron un personaje que llamaba la atención de la gente y para Villoro, Marcos es un tipo Batman que oculta su identidad mientras lucha por los mexicanos desprotegidos.

Para vencer la guerrilla zapatista, el gobierno federal pensó que eliminando al líder acabaría con todo y su estrategia fue desenmascarar a Marcos lo que Villoro llama “luchar contra la máscara” (282). Vanden dice que “la fascinación que el secreto de la identidad del Subcomandante ejercía sobre el pueblo mexicano así como la esperanza de poder deshacer hicieron que algunos altos funcionarios políticos se obstinaron en descubrir esa identidad...” (59). El “destape” (283) se veía como un modo de desprestigiar y debilitar a Marcos, a lo que Montemayor comenta que “la descalificación es el primer arma que se esgrime contra un levantamiento popular, urbano, campesino o indígena; la segunda es la policiaca o la militar” (61). Sin embargo en este caso, Villoro ridiculiza la estrategia del gobierno contra Marcos a través de la representación que hace del “destape” de Marcos hecha por televisión. Villoro registra este evento siguiendo su línea de humor pues lo compara con un concurso de “Adivine quién es” (282). En tono de burla cuenta que, “un funcionario le ponía y le quitaba el pasamontañas a la foto de un hombre con barbas, de treinta y tantos años” (282). Descubren que Marcos es: “Rafael Sebastián Guillén Vicente, nacido en Tampico en 1957” (282). Con esta táctica de guerra se pretendía “normalizar al líder mítico para convertirlo en delincuente del orden común” (282). Villoro muestra la torpeza del gobierno y sus asesores aludiendo a Pancho Villa y la Revolución de 1910, pues dice, “curiosamente ningún asesor de Zedillo reparó en la condición indeleble de los apodos de guerra: Pancho Villa recorre nuestra historia sin que nadie recuerde al autentico Doroteo Arango” (282). Uno de los héroes nacionales más populares también ocultaba su identidad, aunque sin máscara para luchar contra el gobierno federal, aspecto que olvida Zedillo y por lo tanto ignora la más segura reacción

de la gente. Marcos para este momento ya era un héroe popular, desmascararlo, normalizarlo equivalía a terminarlo; sin embargo, en una sociedad necesitada de héroes y acostumbrada a adorar a los héroes históricos como Villa, no iba a quedarse sin acción. La reacción de la gente fue eminente aun cuando ya empezaban a “hartarse de los chistes y los arrebatos líricos del sub” (283), pues el 11 de febrero se llenó la Plaza de la Constitución con una multitud que no dejaba de gritar “Todos somos Marcos” como una manera de defender la máscara de Marcos y lo que ésta ocultaba. Vanden cree que “el seudónimo Marcos había calado tan hondo en la imaginación popular que las revelaciones apenas logaron desprestigiarlo” (59). Para tratar de entender o de explicar este suceso, Villoro recurre a la ficción en un afán de comprender la máscara, al héroe y su identidad. Compara a Marcos, “el guerrillero inexistente”, con el protagonista de la novela de Italo Calvino *El caballero inexistente* para expresar que así como la armadura del personaje de Calvino representaba ciertos valores humanos deseados por esta armadura sin cuerpo, “el pasamontañas no oculta sino aire” (284). Es decir, no existe más el individuo, a nadie le importa Rafael Sebastián Guillén Vicente como a nadie le importa Doroteo Arango, no hay un rostro definido detrás de la máscara, detrás de Marcos existe una colectividad. Marcos es la gente que lo reclama encapuchado, la misma gente que salió a afirmar ser Marcos.

Para Monsiváis, Marcos es más que “el líder más visible del EZLN”, Marcos es un símbolo más del movimiento zapatista que representa al México de abajo y su lucha por construir una nación para todos. Loaeza y Villoro encuentran que el pasamontañas o la identidad de Marcos oculta, despiertan una especie de fascinación en la gente; sin

embargo, en esta crónica para Monsiváis “el poder de fascinación,...radica en la combinación de ironía, emotividad y una vida en riesgo continuo” (455). Es decir, la atracción que ejerce Marcos en la población está más en su modo de abordar la realidad en sus documentos y comunicados, en su producción literaria. Según Monsiváis, “del discurso de filo profético, de los golpes de espectacularidad, del desarrollo inesperado de las comunidades, de los comentarios y juicios con frecuencia certeros sobre la realidad nacional, se desprende una actitud que lo convierte... [...] en uno de los interlocutores de la nación...” (455). El pasamontañas y el problema de la identidad de Marcos queda fuera de la percepción de Monsiváis sobre éste y se centra en darle una función representativa a Marcos. En esta crónica, Marcos representa al sector más pobre de la nación.

La “vida en riesgo continuo” que resalta Monsiváis de Marcos se debe al protagonismo que cobra en el movimiento zapatista y entre otros líderes indígenas y sociales. El cronista cree que “la originalidad de Marcos radica en su integración con el mundo indígena...” (456) y además en su “adhesión a los desconocidos de siempre” (456); es decir, al México de abajo. Para Monsiváis, Marcos representa las luchas de los diferentes grupos más oprimidos de la sociedad mexicana. Monsiváis cree que la lucha zapatista está llena de símbolos, “la rebelión es lo fundamental, pero los símbolos duplican el sentido moral de la rebelión” (458) y para el cronista Marcos viene a ser el símbolo más visible de la lucha zapatista, “el rostro de nadie y de todos” (458), la colectividad que ve Villoro y el México de abajo que encuentra Monsiváis detrás del pasamontañas:

El México de abajo tiene vocación de lucha, es valiente, es solidario, es banda, es barrio, es palomilla, es raza, es cuate, es huelga, es marcha y mitin, es toma de tierras, es cierre de carreteras, es “¡no les creo!”, es “¡no me dejo!”, es “¡órale!” El México de abajo es maestro, albañil, plomero, obrero, chofer, empleado, estudiante de metro-autobús-pecera, barrendero, camión materialista y dialéctico, ama de casa, pequeño locatario, vendedor ambulante, agrarista, mini y microcomerciante, minero, colono, campesino, ejidatario, provinciano aun siendo capitalino, trabajador agrícola, estibador en los puertos, pescador y marinero, ropavejero, carnicero, artesano, es los etcéteras que uno encuentra en cualquier camión, en cualquier esquina, en cualquier rincón de cualquier lugar de cualquier México...de abajo. El México de abajo es carne de presidio, de despojo, de embargos, de razzias, de despidos, de desalojos, de secuestros, de torturas, de desapariciones, de bronca, de muerte [...].

(457)

“No están solos”

Los numerosos textos publicados escritos por el EZLN quedaron recogidos y organizados cronológicamente en cinco volúmenes titulados *EZLN: Documentos y comunicados*. Los primeros tres fueron compilados y prologados por Antonio García de León mientras que los últimos dos fueron compilados y seleccionados por Guiomar Rovira. El tercer volumen, que es el que nos detiene aquí, abarca textos del 2 de octubre de 1995 al 24 de enero de 1997, periodo bastante abatido por una crisis económica y política que culmina con la descomposición de un sistema político nacido de la Revolución de 1910. García de León en el prólogo expone la situación de México regida por la violencia, las torturas y las ejecuciones mientras que el país se convierte en el tercero de América Latina en invertir más en el armamento militar desde 1994. En estos 16 meses, mientras el gobierno daba la imagen de querer terminar con el conflicto en Chiapas firmando los acuerdos de San Andrés, estos no se cumplían y se tendía un cerco militar en la zona de conflicto y poco a poco se disolvían las posibilidades de entendimiento entre el gobierno y el EZLN.

Los acuerdos de San Andrés se firmaron el 16 de febrero de 1996 entre el EZLN y representantes del gobierno. En estos se quedaba estipulado que el gobierno federal se comprometía a modificar la Constitución Mexicana de tal forma que se otorgaran derechos, incluyendo la autonomía a los pueblos indígenas de todo México; también, debería atender las demandas de justicia e igualdad para estos pueblos. Sin embargo, ya en acuerdo las dos partes, el entonces presidente Ernesto Zedillo envió al Congreso una propuesta muy diferente de la firmada en San Andrés que nada o en muy poco recogía lo firmado originalmente. En consecuencia, el EZLN anunció la Marcha de los 1,111 zapatistas hacia la Ciudad de México. Así, del 8 al 12 de septiembre se detuvieron en varias poblaciones de concentración indígena como Juchitán, Huajuapán y la ciudad de Oaxaca, en Tepoztlán, Morelos y en Xochimilco terminando en el Zócalo capitalino. Según Marcos en el comunicado fechado el 22 de agosto de 1997, en esta marcha, “el Ejército Zapatista de Liberación Nacional demanda el cumplimiento de los acuerdos de San Andrés y [es] en contra de la militarización de las zonas indígenas...” (*EZLN* 4, 86); además, termina diciendo que esta marcha es para demandar “...un México con democracia, libertad y justicia” (*EZLN* 4, 87). El 12 de septiembre miles de simpatizantes esperaron la llegada de los zapatistas a una ciudad recién ganada en elecciones por el partido opositor, el PRD, con Cuauhtémoc Cárdenas como jefe de gobierno del Distrito Federal.

La llegada de la Marcha de los 1,111 al Zócalo queda registrada en la crónica “EZLN: temas, momentos culminantes, centralidad de las márgenes” de Carlos Monsiváis que aparece al final del *EZLN* 3. Esta crónica está dividida en 6 partes que

cuentan la dinámica que se dio entre la sociedad civil, el EZLN y Marcos desde los inicios de la vida pública de este movimiento. Monsiváis examina varios momentos en los que se logra la relación entre la sociedad civil y el EZLN como fueron el 2 de enero cuando todo México se entera de la situación indígena en Chiapas y quizás en todo el país, la creación de “Marcos, el sup” por los medios, la opinión pública y la lucha indígena, el apoyo de la sociedad civil al EZLN, la revelación en televisión de la identidad de Marcos por Zedillo, el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo y por último, los 1,111 delegados en el Zócalo. A través de la crónica, es evidente que el cronista abraza la causa zapatista. La nación mexicana, profunda e históricamente racista, de repente se politiza sobre el tema indígena y en esta crónica, específicamente en la última parte sobre los 1,111 en el Zócalo, la representación de Monsiváis es que la sociedad civil se une y se identifica con el movimiento en una mezcla de emotividad con responsabilidad social donde, como anuncia el título de la crónica, las márgenes cobran el centro en lo que Monsiváis, citando a Marcos, llama “la toma del Zócalo” (470).

La Ciudad de México, en este año (1997) específicamente, se convirtió en el ejemplo democrático a seguir para todo el país. El 6 de julio se llevan a cabo las primeras elecciones para jefe de gobierno del Distrito Federal en las que Cuauhtémoc Cárdenas del PRD resultó triunfante. Fue un evento extraordinario, primero porque, antes de estas elecciones, el gobernante del DF era designado por el presidente del país y segundo, porque a través de la gran participación civil en las votaciones, se pudo imponer el

partido de oposición al Estado en la jefatura de gobierno. Esto significó una ventana abierta para derrotar al PRI en las elecciones para la presidencia.

Debido a esto, la “toma de la ciudad” es muy diferente a la que se efectúa en 1914 durante la Revolución. Para resaltar la gran participación democrática y los logros contra el racismo mexicano, Monsiváis hace una comparación entre estos dos momentos históricos: la “toma de la ciudad” por la División del Norte y el Ejército del Sur el 6 de diciembre de 1914 y la “toma de la ciudad” por el EZLN el 12 de septiembre de 1997. Dice que si de algo sirven las comparaciones inevitables es porque “actualizan la idea del pasado” (468); es decir, ambos grupos rebeldes buscaban, entre sus múltiples motivos de lucha, revolucionar México dando justos derechos a los indígenas. Y aunque ambos fueron objeto de críticas como la identificación del grupo de 1914 con el Apocalipsis y su reputación de “criminales que prodigan la barbarie campesina” (468), al EZLN “en no escasos artículos y comentarios, numerosos intelectuales dan la voz de alarma: el EZLN y el subcomandante Marcos, provocan la inestabilidad nacional” (468). Pero la gran diferencia entre estos dos momentos históricos es, según Monsiváis, el recibimiento que les da la ciudad y así ahí en donde el cronista reconoce que “la ciudad se rescató a sí misma el 6 de julio” (469) y el EZLN tomó la ciudad. Mientras que en 1914 “el miedo se filtraba en la bienvenida” (468) pues asegura el cronista que antes del EZLN, la ciudad “...sólo les reservaba miedo y desprecio a los contingentes indígenas; en 1997 la ciudad se aglutina en el Zócalo de la ciudad para saludar la causa zapatista. Y es que también, como lo expone Monsiváis, los actos públicos de cada grupo repercuten en los observadores. Esta diferencia el cronista la representa exponiendo la relación de estos

grupos con los capitalinos. Es decir, en 1914, los zapatistas y villistas invaden el restaurante Sanborns, allanan hoteles y residencias burguesas; por el contrario, los zapatistas de 1997 desbordan de euforia a la ciudad mediante el uso de la palabra. Este acto fue admirado por el cronista quien desde el principio del movimiento en 1994 se expresó a favor de la paz en Chiapas.

“Tomar la ciudad”, llegar al Zócalo, fue una de las órdenes bélicas del EZLN en la “Declaración de la Selva Lacandona”; sin embargo, este acto toma otra dimensión con la Marcha de los 1,111 en el Zócalo. Este espacio ha representado, en toda la historia del país, el corazón de la ciudad por concentrar la fuerza de sus instituciones políticas, económicas y religiosas en la arquitectura que rodea la plaza cívica. Es decir, el Zócalo está rodeado por la Catedral Metropolitana, por el Palacio Nacional sede del poder Ejecutivo Federal y por el edificio del Gobierno del Distrito Federal sede del poder Ejecutivo Local. Además, este espacio se ha convertido en el sitio donde los mexicanos se manifiestan y se enfrentan con el poder de las instituciones del gobierno que dirigen a la nación. Llegar al Zócalo o “tomar el Zócalo” se vuelve la metáfora que cubre la crónica que registra este hecho. La Marcha de los 1,111 es la “toma del Zócalo” pero es una toma pacífica, lejos de lo que en un inicio anunciara el EZLN, que es lo que conmueve a Monsiváis.

El género de la crónica es una narración subjetiva de los eventos y en este caso, el registro de los hechos queda marcado por la emotividad que la Marcha de los 1,111 despierta en el cronista. Monsiváis se pregunta “¿Por qué conmueve o, para ser más específicos, por qué me conmueve la marcha del EZLN?” (468) y con esto, el cronista

borra la distancia que pudiese existir entre autor y objeto narrado para volverse un miembro más del Zócalo y un mexicano más que espera a los zapatistas entre:

...indígenas y los estudianes, los mazahuas, los chavos de Neza, los profesores, las madres de familia que llevan a sus hijos, los triquis, los burócratas súbitamente conscientes de su autonomía mental, los tzeltales, los obreros, los artistas, los hijos del desempleo y la familia tribal, las feministas, los gays (469)

que es la diversidad de público que se ha buscado y que ha ganado el EZLN. Además, como un testigo más de la “toma del Zócalo” y bajo esta lupa de la emotividad con la que observa, Monsiváis defiende que el EZLN une a los mexicanos, no divide a México. Esto ante los argumentos del gobierno de que el EZLN quiere formar otro México” y que pretende “fragmentar la Nación” (467). Para Monsiváis, México se une en un solo cuerpo al decir que: “por sólo aquella tarde la sociedad civil dispuso de un cuerpo único” (469).

Más adelante, el cronista afirma que: “todo aquí es ocasión del contento visual” (469) privilegiando su posición de ser testigo de la unión de México con sus comunidades indígenas. Pues al cronista, lo que realmente lo mueve sentimentalmente es “el carácter declaradamente antirracista del acto, quizás el primero de esta índole en la historia de la Ciudad de México” (468). Deja claro que lo que ha mantenido a México dividido por los últimos 500 años es la discriminación racial contra los indígenas y en este evento, este racismo desaparece porque “...ahora el país se integra en la diversidad” (469). Para Monsiváis, esta es la marcha más importante que ha atestiguado. Al respecto dice:

Si vale el testimonio personal, en pocas ocasiones me ha importado tanto una marcha. De seguro, en 1952 al arribar al Zócalo los huelguistas de Nueva Rosita y Cloete; sin duda en 1958 cuando los profesores jubilados del Movimiento Magisterial desafiaban a los granaderos; desde luego, el día de la Manifestación del Silencio en 1968. Pero lo de hoy es singular porque mundos por entero distintos se descubren y se integran (469).

La integración es primero con la causa zapatista, pero que ante los ojos del cronistas, se vuelve una sola lucha. Al evento asistieron diferentes grupos con diferentes demandas, pero ahí, se cede el paso a la lucha indígena porque “se pierden los movimientos individuales y todo se vuelve un solo ser densificado que es la alegoría inmejorable de lo que sucede” (469). Y el mejor ejemplo de esto que ofrece Monsiváis es la frase que la gente grita “¡No están solos!”, la consigna más arraigada según él, y que se repite a coro después del discurso de Marcos, “¡No están solos!”, pero lo más importante es la tercera vez que aparece esta frase en la crónica ya que no viene de una descripción de lo que hace la gente en el Zócalo sino del mismo cronista. Es decir, utiliza la frase “¡No están solos” como una manera de contestar a las críticas sobre el movimiento acerca de su desgaste y los pocos simpatizantes que le quedaban para demostrar que México y él sigue con el movimiento zapatista.

La intención de intensificar esta idea de la unión de México con el EZLN, se muestra clara en los fragmentos que Monsiváis cita del discurso de Marcos por ejemplo, “los hermanos y hermanas del Congreso Nacional Indígena marchan juntos con una sola bandera. La bandera que exige que ya no, que nunca más un México sin nosotros” (470). Aquí, Marcos alude a la exclusión que han vivido los indígenas de la imagen de México que ha promovido el gobierno y que ha aumentado el racismo de los mexicanos, pero lo que Monsiváis rescata de esta cita es que gracias al EZLN, esto no es una realidad más en el país. México ha incluido a los indígenas a la imagen de la nación, pareciera decir el cronista. Al final de la crónica, utilizando otra cita de Marcos, Monsiváis deja escrito la idea de la concientización de la gente. Es decir, la cita dice: “la paz está lejos” (471), pero

con la última frase con que termina la crónica, Monsiváis dice: “la sociedad civil que recibe a los zapatistas responde: ‘si de nosotros depende, la paz está cada vez más cerca’” (471). Con esto, la gente responde no sólo que quiere paz sino que quiere la integración indígena a la nación pues para que haya paz, se deben cumplir las justas demandas del EZLN.

Marisa Belausteguigoitia en su artículo “Descarados y deslenguadas: el cuerpo y la lengua india en los umbrales de la nación” sobre la mujer indígena dice: “en general las vemos como vimos a Ramona en la Ciudad de México peregrinar para recordarnos qué cuerpos se tienen que coser a la bandera para no olvidarlos, y que rajadas tienen” (68). En este caso, los indígenas zapatistas, a través de su lucha han buscado su integración a la nación, coserse a la bandera nacional y con ello, modificar la imagen del México promovida por todo el siglo XX por el gobierno de la Revolución. Los levantamientos indígenas, aunque sofocados en sus diferentes momentos, hoy día demuestran que la imagen de modernidad, de estabilidad y justicia social eran superficiales. Desde el espacio más marginal mexicano, donde se concentra la mayor población indígena chiapaneca, se acabó con lo que quedaba de la imagen de México impuesta por el gobierno y con el silencio sobre las injusticias indígenas. Los diferentes cronistas estudiados aquí, muestran las estrategias con que los zapatistas lucharon para evidenciarse dentro de la imagen de México. A través de un guía de turistas, Marcos destruye la imagen del Chiapas turístico para mostrar un Chiapas de hambre y miseria. Loaeza, Villoro y Monsiváis, cronican a Marcos como un puente entre la sociedad civil y

los indígenas representante de una colectividad. Por último, Monsiváis representa el “no están solos” como un recibimiento de los mexicanos a los indígenas en la nación.

Conclusiones

A lo largo de este proyecto intenté demostrar que las representaciones que hace la crónica contemporánea sobre diferentes momentos históricos y sectores marginales de la población mexicana delinean la fractura y el declive de la nación oficial del PRI. Como parte de mi estudio, exploré las diferentes luchas entre el sistema político nacido de la Revolución Mexicana de 1910 y los grupos marginales expulsados de la imagen de modernidad de este sistema. Mi acercamiento al estudio de la nación es a través de la crónica literaria que, como genero marginal, cuestiona y confronta la imagen de estabilidad social y económica que diseminaba el Estado al representar diferentes aspectos de la sociedad mexicana.

Cada capítulo, contiene un análisis sobre un momento histórico o una situación social en México representado en la crónica. Estudiar la nación a través del concepto de Homi Bhabha fue crucial para entender las dos fuerzas que atraviesan la nación, cómo se separan, cómo interactúan y cómo se confrontan. La nación en el primer capítulo se plantea como “un territorio en disputa” entre el discurso oficial del poder y los grupos de oposición que han quedado fuera de la nación construida por este discurso a través de la historia. Momentos decisivos en la historia de México muestran esta lucha como son el Movimiento Estudiantil, el Terremoto de 1985 y las elecciones presidenciales del 2006. Además, eventos deportivos como el Campeonato Mundial de Fútbol muestran una falsa unión nacional donde ambos elementos en lucha interactúan y participan entre sí; sin

embargo, esta unión es fugaz porque termina junto con el partido de fútbol cuando cada miembro de la nación vuelve a su posición de poder o de dominado.

Hacer un estudio sobre el espacio y sus representaciones resulta difícil sin los conceptos espaciales de Henri Lefebvre. La idea del espacio como una herramienta de dominación y de poder resultó importante a la hora de estudiar la nación pues al mismo tiempo que se creaban espacios modernos para las clases altas, también se creaban espacios marginales en la periferia urbana. Las luchas espaciales se traducen a luchas por la integración a la nación. En el segundo capítulo, las crónicas “La basura”, “San Juanico” y “La colonia Rubén Jaramillo”, muestran por un lado una nación que permite la construcción de una colonia en el basurero, que por negligencia y corrupción deja morir a cientos de personas en una explosión de PEMEX y que no es capaz de proveer vivienda creando sujetos como los “paracaidistas” y dando así el incentivo para la lucha por la posesión del espacio.

La nación también se analiza a través del estudio de género para demostrar que la nación emergente de la Revolución, es una inclinada hacia el sector masculino. Durante el siglo XX, bajo el gobierno del PRI, las oportunidades de desarrollo intelectual y económico para las mujeres fueron mínimas en comparación a los hombres. Al estudiar crónicas que representan la participación de mujeres en el campo laboral en el tercer capítulo, se pudo ver la relación entre la nación, la Revolución y la mujer donde ésta ha quedado segregada del supuesto progreso del país y su modernidad. Tanto Poniatowska como Tercero y Pacheco, logran proyectar el papel de la mujer en la nación del PRI a través de representar la participación de la mujer en la economía y sociedad del país. La

venta en la vía pública, la prostitución y la costura son trabajos siempre ligados a la mujer; pero en las crónicas estudiadas aquí, vemos como la mujer pudo combatir el discurso oficial y resignificar su papel en la nación.

El fracaso de la Revolución quedó más evidenciado con el surgimiento del EZLN en Chiapas. La Reforma Agraria fue uno de los pilares de la lucha durante la Revolución y uno de los fundamentos esenciales de la Constitución de 1917. Sin embargo, el EZLN pone de relieve que Chiapas durante más de 70 años quedó segregada de la nación y que sobre todo la población indígena todavía seguía en lucha por la posesión de la tierra. El EZLN demostró que hacer una guerrilla como las anteriores ya no era factible en México y la lucha de este grupo se concentró en los medios de comunicación, en una serie de actos masivos y un dialogo continuo con la ciudadanía mexicana. Marcos se vuelve la figura central de este movimiento y las crónicas en el cuarto capítulo, demuestran su relación con la sociedad civil y llaman la atención hacia la situación indígena en Chiapas. A más de 17 años de su surgimiento, el movimiento zapatista sigue vigente para recordarnos lo profundamente racista que ha sido la nación mexicana contra los indígenas, aspecto que todavía cala en la conciencia de México.

La destitución pacíficamente y democráticamente del PRI en el 2000 creó la esperanza de un verdadero cambio en México. Este momento histórico representaba la oportunidad de corregir los errores del pasado y construir una nación que incluyera a los marginados. Sin embargo, la desilusión llegó pronto cuando el nuevo gobierno resultó abúlico ante los problemas como el de Chiapas y siguió una doctrina semejante a la del gobierno anterior en cuanto a sus políticas económicas y sociales. La nación oficial

seguía constituyéndose en las mismas bases que había creado el PRI; por ejemplo, la celebración del aniversario de la Revolución con el desfile deportivo cada 20 de noviembre siguió efectuándose. Más aun, el año 2010 se convierte en una fecha importante que el gobierno aprovecha para crear una especie de reconciliación entre los mexicanos, su gobierno y su nación. Históricamente, el 2010 conmemoraba y celebraba 200 años de Independencia y 100 años de Revolución. Esto creó mucha controversia entre quienes aplaudían los esfuerzos del gobierno y quienes los criticaban argumentando cómo se podría celebrar a un gobierno que por casi todo el siglo XX fue la oposición al gobierno de la Revolución y que ahora la celebra; y que además, los 100 años de Revolución habían creado una nación fundada en la represión, el autoritarismo, la corrupción y la falsa imagen de modernidad y paz social. A 10 años del cambio de gobierno, estudiar la nación mexicana tendría que incluir la guerra del gobierno contra el crimen organizado, las causas de inmigración de miles de mexicanos a los Estados Unidos, la represión contra indígenas en estados como Oaxaca y Guerrero y todavía, los problemas presentados en este estudio que México sigue teniendo.

Obras citadas

- Acción Femenil del PRI. *Usted ya es ciudadana*. México: PRI. 1957
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origen and Spread of Nationalism*. New York: Verso. 2006
- Arizpe, Lourdes. *Indígenas en la Ciudad de México: el caso de las "Marías"*. México: SEP. 1975
- "El feminismo: del grito de los setenta a las estrategias del siglo XXI". *Feminismo en México: revisión histórico-crítica del siglo que termina*. Ed. Griselda Gutiérrez. México: PUEG, UNAM, Programa Universitario de Estudios de Genero. 2002, 63-70.
- Azuela, Antonio. "Las políticas de regularización en la Ciudad de México". *El acceso de los pobres al suelo urbano*. México: Instituto de Investigaciones Sociales de UNAM. 1997
- Bencomo, Anadeli. *Voces y voceros de la megalópolis: la crónica periodístico-literaria en México*. España: Vervuert. 2002
- Bhabha, Homi K. "Dissemination: Time, Narrative, and the Margins of the Modern Nation". *Nation and Narration*. New York: Routledge. 1990.
- Bielsa, Esperanza. *The Latin American Urban Crónica, Between Literature and Mass Culture*. United States: Lexington Books. 2006
- Blanco, Enrique José. *Futbol y conciencia nacional*. Argentina.
- Camarillo, María Teresa. *Memoria periodística del Terremoto*. México: UNAM. 1987
- Castellanos, Laura. *México armado (1943-1981)*. México: Ediciones Era. 2007
- Chávez Hoyos, Marina. "El trabajo de las mujeres en la industria de la confección en Aguascalientes y Yucatán". *El dilema de la industria del vestido en México: los casos de Aguascalientes y Yucatán*. Eds. Isabel Rueda Peiro, Nadima Simón Domínguez. México: Porrúa. 2006. p. 243-283
- Chiapas en datos. www.sipaz.org. 2005
- Comité Ejecutivo Nacional del Partido Revolucionario Institucional. *La lucha política de las mujeres*. México: PRI. 1990

- Cornelius, Wayne A. *Los inmigrantes pobres en la Ciudad de México y la política*. México: Fondo de cultura económica. 1980
- Corona, Ignacio and Jorgensen, Beth E. Introduction. *The Contemporary Mexican Chronicle. Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*. Eds. Ignacio Corona and Beth E. Jorgensen. United States: State University of New York Press. 2002, 1-21.
- Del Campo, Xorge. *La prostitución en México*. México: Editores Asociados. 1974
- Domínguez Prieto, Olivia. “El comercio en la vía pública desde la perspectiva de género. Las vendedoras y las lideresas en las calles de la Ciudad de México”. *Una mirada de género a la Ciudad de México*. Ed. Alejandra Massolo. México: Editorial de la red nacional de investigación urbana. 2004. p. 115-144
- Dornbierer, Manu. *El PRInosaurio: La bestia política mexicana*. México: Editorial Grijalbo, 1994
- Eckstein, Susan. *The Poverty of Revolution: The State and the Urban Poor in México*. Princeton: Princeton University Press. 1977
- Egan, Linda. *Carlos Monsiváis: Culture and Chronicle in Contemporary México*. United States: The University of Arizona Press. 2001
- “The Souls of Silence: Voices of the Marginalized in Cristina Pacheco’s Narrative. *The Other Mirror: Women’s Narrative in Mexico, 1980-1995*. Ed. Kristen Ibsen. London: Greenwood Press. 1997. p. 133-147
- “Entrevistas con periodistas mujeres sobre la prensa mexicana”. *Mexican Studies* 9 (1993): 275-294.
- Elu de Leñero, María del Carmen. *El trabajo de la mujer en México*. México: Galves. 1975
- England, Kim y Victoria Lawson. “Feminist Analysis of Work: Rethinking the Boundaries, Gendering and Spatiality of Work”. *A Companion to Feminist Geography*. Eds. Lise Nelson and Joni Seager. USA: Blackwell Publishing. 2005, 77-92
- EZLN. “Declaracion de la Selva Lacandona”. *EZLN Documentos y comunicados*. Vol 1. México: Ediciones Era, 1994. 5 vols.
- Fernandez, Claudia y Andrew Paxman. *El Tigre: Emilio Azcarraga y su imperio Televisa*. México: Grijalbo. 2000

- Ferras, Robert. *Ciudad Netzahualcóyotl, un barrio en vías de absorción por la Ciudad de México*. México: Centro de Estudios Sociológicos, Colegio de México. 1977
- Flores, Cipriano. *El nacionalismo revolucionario mexicano*. México: Partido Revolucionario Institucional. 1987
- Florescano, Enrique. *Etnia, estado y nación: ensayo sobre las identidades colectivas en México*. México: Aguilar. 1997
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Trans. Aurelio Gazón del Camino. España: Siglo veintiuno. 1981
- Franco, Jean. *Ploting Women: Gender and Representation in México*. New York: Columbia University Press. 1989
- Garcia-Canclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos*. México: Grijalbo. 1995
- González, Aníbal. *La crónica modernista hispanoamericana*. Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, S. A. 1983
- Gonzalez Marin, Maria Luisa. *Los mercados de trabajo femeninos*. México: Porrúa. 1998
- Gordon, Colin. *Power/Knowledge: Selected Interviews and other Writings 1972-1977 by Michel Foucault*. United States: Pantheon Books. 1980
- Guillermoprieto, Alma. *Al pie de un volcán te escribo*. México: Plaza Janes. 2000
- Hartley, John. "The Constructed Viewer". *Television Studies*. United Kingdom: British Film Institute. 2002
- Hernandez, Francisco L. *Televisión en México: un recuento histórico*. México: Universidad de Guadalajara. 2007
- Hidalgo Ramírez, Antonieta. "Mujeres priistas destacadas algunas estrategias de ascenso y legitimación política". *Mujeres, ciudadanía y poder*. Ed. Dalia Barrera Bassols. México: El Colegio de México. 2000. p. 295-340
- Jaiven Lau, Ana. *La nueva ola del feminismo en México*. México: Planeta. 1987
- Katznberger, Elaine. Introduction. *First World, Ha, Ha, Ha: The Zapatista Challenge*. United States: City Lights Books, 1995, i-vii

- Kuhlmann, Úrsula. "La crónica contemporánea en México: apuntes para su análisis como praxis social". *Revista de Crítica Literaria latinoamericana*. 1989. p. 199
- Lazarte, Juan. *Sociedad y prostitución*. Argentina: Librería Ruiz Córdoba.
- Lefebvre, Henri. *The Production of Space*. United States: Blackwell Publishing. 1991
- León Martínez, Enrique. *Los medios masivos de comunicación en el proceso político de México*. México: Instituto Politécnico Nacional. 1998
- Loaeza, Guadalupe. *La factura: el poder y la derrota del sistema político*. México: Plaza & Janes, 2001
- López, María de la Paz. "La mujer en el umbral del siglo XX". *Miradas feministas sobre las mexicanas del siglo XX*. Ed. Marta Lamas. México: FCE y CNCA. 2007, 79-112
- López Obrador, Andrés Manuel. *La mafia nos robó la presidencia*. México: Grijalbo. 2007
- Lorenzano, Sandra. "Hay que inventarnos. Mujer y narrativa en el siglo XX". *Miradas feministas sobre las mexicanas del siglo XX*. Ed. Marta Lamas. México: FCE y CNCA. 2007, 349-384
- Mahieux, Viviane. "Cube Bonifant: una escritora profesional en el México post-revolucionario". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 66 (2007): 153-172.
- Massolo, Alejandra. "Los temas de la ciudad desde la perspectiva de género". *Una mirada de género a la Ciudad de México*. Ed. Alejandra Massolo. México: Editorial de la red nacional de investigación urbana. 2004. p. 7-32
- McDowell, Linda. *Capital Culture. Gender at Work in the City*. Great Britain: Blackwell Publishers Ltd. 1997
- McKee Irween, Robert. *Mexican Masculinities*. United States: University of Minnesota Press. 2003
- Medea, Benjamín. "Interview: Subcomandante Marcos". *First World, Ha, Ha, Ha: The Zapatista Challenge*. United States: City Lights Books, 1995
- Mendieta, Ángeles. *La mujer en la Revolución Mexicana*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. 1961

- Michel, Marco Antonio. "El proceso habitacional en la Ciudad de México". *Procesos habitacionales en la Ciudad de México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana. 1988
- Mignolo, Walter. "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana.
- Monsiváis, Carlos. *Entrada libre: crónicas de la sociedad que se organiza*. México: Ediciones Era. 2001
- Foreword. When Gender Can't Be Seen amid the Symbols: Women and the Mexican Revolution. *Sex in Revolution. Gender, Politics, and Power in Modern Mexico*. Ed. Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan, and Gabriela Cano. United States: Duke University Press. 2006, 1-20
- "EZLN: Temas, momentos culminantes, centralidad de las márgenes"
EZLN Documentos y comunicados. Vol 3. México: Ediciones Era, 1997
- *Días de Guardar*. México: Ediciones Era. 1970
- *Entrada Libre: crónicas de la sociedad que se organiza*. México: Ediciones Era. 2001
- No sin nosotros: los días del terremoto 1985-2005*. México: Ediciones Era. 2005
- Montalvo, Enrique. *El nacionalismo contra la nación*. México: Grijalbo. 1986
- Montano, Jorge. *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos: poder y política*. México: Siglo XXI editores. 1987
- Montemayor, Carlos. *Chiapas: La rebelión indígena de México*. México: Grupo Editorial Planeta, 1997
- Olcott, Jocelyn. "The Center cannot Hold: Women on México's Popular Front". *Sex in Revolution. Gender, Politics, and Power in Modern México*. Ed. Jocelyn Olcott, Mary Kay Vaughan, and Gabriela Cano. United States: Duke University Press. 2006
- Pacheco, Cristina. *Zona de desastre*. México: Océano. 1986
- Poniatowska, Elena. *Fuerte es el silencio*. México: Ediciones Era. 2004
- How I Started Writing Chronicles and Why I Never Stopped. *The Contemporary Mexican Chronicle. Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*. Eds. Ignacio Corona and Beth E. Jorgensen. United States: State University of New York Press. 2002, 37-45.

----- “La literature de las mujeres es parte de la literatura de los oprimidos”.
Fem. 23-27

----- *Las soldaderas*. México: Ediciones Era, INAH. 2003

----- *Amanecer en el Zócalo: los 50 días que confrontaron a México*. México:
Editorial Planeta. 2007

Rabinow, Paul. *The Foucault Reader*. United States: Pantheon Books. 1984

Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política
en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económico. 1989

Rodríguez, Ana Mónica. “Convocatoria a recuperar las muñecas”. *La Jornada*.
www.jornada.unam.mx

Rodríguez, Octavio A. *México en vilo, 2006: partidos, candidatos, campañas y
elecciones*. México: JORALE editores. 2006

Romero, José. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo veintiuno editores.
1976

Sanchez Prado, Ignacio. *Naciones intelectuales: las fundaciones de la modernidad
literaria mexicana (1917-1959)*. United States: Purdue Press. 2009

Schaefer, Claudia. *Textured lives*. United States: University of Arizona Press. 1992

----- “Embedded Agendas: The Literary Journalism of Cristina Pacheco and
Guadalupe Loaeza”. *Latin American Literary Review* 19 (1991): 62-76

Schteingart, Martha. “Producción habitacional en la zona metropolitana de la Ciudad de
México”. *Espacio y vivienda en la Ciudad de México*. México: El Colegio de
México. 1991

“Situación de costureras no ha cambiado desde 1985: Leticia Olvera”. *El Universal*.
www.eluniversal.com.mx/notas/539759.html

Slack, Down. “Cristina Pacheco’s Narratives: Multimedia Chronicles”. *The
Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal
Genre*. Eds. Ignacio Corona y Beth E. Jorgensen. United States: State University
of New York Press. 2002. p. 221-242

Subcomandante Insurgente Marcos. “Chiapas: el sureste en dos vientos, una tormenta y

- una profecía”. *EZLN Documentos y comunicados*. Vol 1. México: Ediciones Era, 1994. 5vols.
- Tercero, Magali. *Cien Freeways: D.F. y alrededores*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México. 2006
- Toledo Olascoaga, Mario. *La corriente democrática del PRI: una historia por contar*. México: Edición del autor. 1999
- Torres, María Luisa. “Discurso y acción política feminista”. *Miradas feministas sobre las mexicanas del siglo XX*. Ed. Marta Lamas. México: FCE y CNCA. 2007, 113-148
- Trejo Delarbre, Raúl. *Chiapas: la comunicación enmascarada. Los medios y el pasamontañas*. México: Editorial Diana, 1994
- Unidad de Equidad de Género. *El trabajo y las mujeres en México*.
- Vanden Berghe, Kristine. *Narrativa de la rebelión zapatista: los relatos del Subcomandante Marcos*. España: Iberoamericana, Vervuert, 2005
- Varo, Rosario. *La reforma agraria en México desde 1853*. México: Universidad de Guadalajara, 2002
- Vázquez, Josefina. *Nacionalismo y educación en México*. México: Colegio de México. 1975
- Villoro, Juan. *Los once de la tribu*. México: Ediciones Santillana, 1996
- “Una izquierda que funja como tal”. 2006, *El año de la izquierda en Mexico*. México: Colibrí. 2006
- Villena, Sergio. “Gol-balización, identidades nacionales y futbol”. *Futbologías: futbol, identidad y violencia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO. 2003
- Vogeley, Nancy. *Lizardi and the birth of the Novel in Spanish America*. United States: University Press of Florida. 2001
- Williams, Raymond. *Culture and Society*. New York: Harper and Row Publishers. 1958
- Yáñez Reyes, Sergio. *Industria y pobreza urbana en la Ciudad de México: Antropología social de los pobres de Álvaro Obregón*. México: Porrúa. 2003
- Zamora, Guillermo. 2006 *El año de la izquierda en México*. México: Colibrí. 2006

Zarur Osorio, Antonio E. El estado y el modelo de televisión adoptado en México (1950-1988). México: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. 1996